

DIÁLOGO
CON EL APÓSTOL JUAN

EDITA:

Stichting In de Rechte Straat

Fundación En la Calle Recta

Prins Hendrikweg 4

6721 AD Bennekom

Holland

Fax: +31 318 431395

E-mail: irswartburg@wxs.nl

Website: www.enlallerecta.com

ISBN 90-803906-5-8

- 2002 -

Ilustración de la cubierta:

© de Banier - Utrecht

DIÁLOGO
CON EL APÓSTOL JUAN

AUTOR:
Fco. Rodríguez P.

ÍNDICE:

Lo más íntimo de Dios Mismo	6
No soy yo, es Cristo en mí	9
Petición de María	12
Jesús: el testigo fiel y verdadero	16
Cristo es la medida del amor de Dios	19
El pozo de Jacob en el hombre	22
¿Quieres ser sano? Cree en el Señor Jesús	27
¿Cuentas con tu dinero o con Jesús?	31
Esta es la obra de Dios	36
Cristo es el pan de vida	39
¿Cómo conocer, si la doctrina es de Dios?	43
Jesús no condena, salva al pecador(a)	47
Una señal inequívoca	51
Yo he sido ciego y ahora veo	54
La puerta no es tu “yo”	57
Levántate de prisa y ven a Jesús	60
El que ama su vida	63
El amor no se humilla cuando ama	66
El Camino es una Persona	69
Si no tienes el Espíritu no eres de Cristo	72
Juan 15:1-17	75
Tu nombre le suena a anatema	79
El Espíritu mora y está en vosotros	81
Es hora de conocer a Cristo	84
Jesús ante la muerte dice: Yo Soy la Vida	88
Cristo nuestra Pascua	91
El incrédulo Tomás	95
El amor de Dios = Agape	98

INTRODUCCIÓN DEL ESCRITOR

Diálogo con el apóstol Juan, es una serie de artículos que han sido publicados en la revista En La Calle Recta. Estos artículos, la mayor parte de las veces, respondían a preguntas muy concretas de nuestros lectores, por eso nos pareció oportuno publicarlos ahora bajo este título. Ya que en el fondo de ellos late ese diálogo mantenido a través de muchas horas con las dudas y las preguntas, que muchos de nuestros lectores nos han ido planteando.

Estos artículos son fruto de una lectura sencilla y pausada, tratando de escuchar al Maestro hoy y ahora. Con total libertad, sin la más mínima presión doctrinal o religiosa.

Muchas de las preguntas nos han llevado a responder a ciertas actitudes doctrinales de la Iglesia Católica Romana. Nuestra respuesta es sólo desde la Biblia, sin intención de menospreciar ni herir a nadie, pero al mismo tiempo dejando muy claro, qué es, lo que nos dice la Palabra de Dios.

Ante todo pretendemos que cada uno se vea a sí mismo escuchando personalmente a Jesús. Por una vez sé capaz de prescindir de tu religiosidad o arreligiosidad, y escucha con atención lo que Jesús te quiere decir a ti hoy.

Sé muy bien que tú has oído hablar de la Biblia e incluso la has leído, pero ¿has escuchado a ese Jesús del Evangelio hablarte a ti personalmente?

Estos artículos son un intento de hacértelo más fácil. Para que veas a ese Jesús despojado de toda religiosidad, como tu único y perfecto Salvador, el amigo fiel y verdadero; no como Alguien que fue sino como Alguien que es.

El apóstol Juan ni te presenta una doctrina para aprender, ni una forma de ética-moral para practicar el bien. Sólo te presenta a una PERSONA, a Jesús el Hijo de Dios, para que creas en Él y tengas vida eterna.

Francisco Rodríguez P.

LO MÁS ÍNTIMO DE DIOS MISMO

Juan 1:1-18

El Espíritu nos presenta a Cristo, como lo más íntimo de Dios mismo, el unigénito Hijo en el seno del Padre. Nos certifica que todas “las cosas fueron hechas por Él y sin el nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (v. 3). “Él es la imagen del Dios invisible... y todas las cosas en Él subsisten” (Colosenses 1:15,17). La Apocalipsis le llama: El Todopoderoso.

Es necesario pararse en lo que el Espíritu nos revela de Aquel a quien el Padre ha puesto como nuestro Salvador. Debemos tener muy claro en quien depositamos nuestra confianza. Porque no hay nadie más sublime e íntimo para el Padre, que Su unigénito Hijo, Jesucristo; por tanto nuestra fe en Él nunca se puede sentir frustrada. Él es Todopoderoso para hacer en nosotros la voluntad del Padre, y es el íntimo de Dios para manifestar en nosotros mismos el amor del Padre.

Él es la Vida...

y “la Luz verdadera que alumbra a todo hombre” (v. 9).

Este es el testimonio de Dios, el que tiene al Hijo tiene la vida. ¿Qué le ha pasado al hombre para preferir las tinieblas a la Luz, la muerte en delitos y pecados a la vida íntima con el Hijo en Dios? Es el misterio de la iniquidad que le encadenó al pecado de su carne. Le cegó de tal manera que fue incapaz de reconocer a su Hacedor, ya que está escrito: “En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció” (v. 10).

El Hacedor no se desentiende de su obra, de su mundo hecho por Él, pero el mundo sí se desentiende de su Hacedor. Es un completo desconocido para el mundo. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (v. 11). Incluso, dentro de ese mundo, el pueblo de Israel, como su pueblo elegido, tampoco le recibió.

Este mundo que tan dado es a aplaudir a sus líderes, no se entera, no recibe al Rey de reyes, Hacedor de todo cuanto existe y sin Él nada subsiste. El hombre es tan dado a ver la vanagloria de sí mismo, que no ve la gloria de su Hacedor que le rodea.

La Palabra de Dios nos dice que unos pocos le recibieron. ¿Y cómo le recibieron? Creyendo en Él por Su Palabra. Le aceptaron como su único Salvador de todos sus pecados y miserias. Y “Él les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (v. 12).

Él es el único que da esa potestad, ese poder ser hijos de Dios. No lo consigues porque seas de sangre real o noble, como muchos titulan su propia sangre. Ni porque sacrifiques tu carne con penitencias y disciplinas, y hagas más noble tu propia carne. Ni por tu voluntad ni por voluntad de otros, que te dicen: si haces esto y lo otro eres hijo de Dios.

Los hijos de Dios son engendrados de Dios (v. 13)...

Ni la sangre, ni la carne, ni la voluntad de varón hace hijos de Dios. Por tanto mienten, quienes dicen que todos somos hijos de Dios. Todos somos criaturas de Dios,

pero sólo son hijos de Dios, los que son engendrados de Dios por la fe en Su Hijo, Jesucristo. Si no recibes a Cristo como tu único y perfecto Salvador, con qué potestad te llamas hijo de Dios.

Recibe primero a Cristo, y después verás que en ti se ha realizado ese nacer de Dios. No serás tú, entonces, el que te titules hijo de Dios, sino que el Espíritu mismo da testimonio a tu espíritu, de que eres hijo de Dios, ... y también heredero de Dios y coheredero con Cristo (Romanos 8:16-17).

¿Tendrás tú derecho alguno por tu sangre, por lo que hagas en tu carne o por tu propia voluntad a ser heredero de Dios y coheredero con Cristo? No te engañes a ti mismo ni te dejes engañar, por los que te animan a poner tu confianza en las buenas obras de tu propia carne para ser heredero de Dios.

“La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios” (1 Corintios 15:50).

Por eso el apóstol Pablo afirma: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

Si no vives en la fe del Hijo de Dios, jamás vivirá Cristo en ti y tampoco serás hijo de Dios, ni heredero de Dios.

Nadie se puede llamar cristiano de verdad, si Cristo no vive en él. Cristo dice: “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16). “El que permanece en Mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Nadie puede llevar frutos para vida eterna, si Cristo no está en él; nada puedes hacer que sea grato ante el Dios Eterno, si no permaneces en Cristo.

“De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (v. 16).

Tú nada puedes ofrecer a Dios, sino recibir con corazón contrito y humillado la ofrenda que Cristo ha hecho por ti al Padre: “Porque de Su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”. No hay ninguna otra persona por medio de la cual puedas obtener gracia alguna ante Dios. Ni por ti mismo, ni por sacerdotes, ni por “santos” ni vírgenes. Sólo Cristo es la fuente de la vida de la cual tu puedes beber hasta saciarte. Sólo Él calma tu sed. Todos los demás son cisternas secas, charcas de espejismos humanos, que sólo sirven para ocultar la fuente de agua Viva, Cristo, “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”.

Aquellos que no toman de la plenitud de Cristo toda gracia, pretenden adornar sus propias fuentes con el cumplimiento de la ley. Pero esa ley fue para un tiempo, “antes que viniese la fe” (Gálatas 3:23).

“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (v. 17).

Es un error funesto tener a los hombres bajo la ley, como si no estuviésemos en el tiempo de la gracia. “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gálatas 2:16).

La “gracia y la verdad” vinieron por **medio** de Jesucristo, y no hay ningún otro mediador o mediadora de la gracia que sea conforme a la verdad de Dios. Las palabras, “gracia y verdad”, están unidas a Jesucristo por voluntad del Padre Eterno. Y nadie que una, gracia y verdad, a otras personas, aunque se llamen vírgenes y santos, esta-

rá de acuerdo con la verdad de Jesucristo.

El hombre por la fe en Cristo recibe la gracia del perdón de todos sus pecados, penas y miserias, y la vida eterna; pero jamás será mediador de la gracia para otros. Porque sólo de la plenitud de Cristo tomamos todos, y gracia sobre gracia (v. 16).

Vista la actitud de la Iglesia Católica, parece que no tiene suficiente con la plenitud de Cristo para toda gracia, ya que recurren a María y la proclaman medianera de todas las gracias, cayendo así en total contradicción con la Palabra de Dios. Entiendo que se apoyan en razonamientos filosóficos, pero estos razonamientos llevan a sus fieles a la idolatría, y a apartarse de la plenitud de la gracia de Cristo.

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer” (v. 18).

Cristo es el único que conoce la voluntad del Padre para con nosotros y todos sus propósitos respecto de nosotros. Todo aquel que contradiga, lo que Cristo nos ha revelado del Padre y de Su salvación por la fe, está suplantando a Cristo.

Nos quieren demostrar que su fantasía y razonamiento es más de fiar que, lo que el unigénito Hijo vio y convivió en el seno del Padre. Por eso Cristo nos dice: lo que sé eso os hablo, y lo que he visto, éso os testifico (Juan 3:11).

Hay muchos que sin saber, porque nunca estuvieron en la intimidad de Dios; y sin haber visto, porque jamás vieron a Dios ni recibieron su amor, sin embargo quieren que recibamos su testimonio. ¿No es esto lo que hacen muchos líderes religiosos e incluso iglesias, en especial la iglesia papal?

¿Qué garantía nos ofrece el líder o el Papa, que habla desde la tierra acerca de Dios y su Plan de salvación, cuando contradicen la Palabra del Unigénito Hijo de Dios que vio y convivió en el seno del Padre?

¿Qué puede añadir o quitar el Papa, de lo que nos ha dado a conocer Cristo, que “está en el seno del Padre”?

¿No es una pura fantasía religiosa y humana hablar como infalible, de lo que no vio ni conoció? Y máxime cuando esas afirmaciones niegan lo que Cristo afirma haber visto y conocido, y que confirma Su Palabra.

Todo esto nos lleva a recapitular diciendo que sin Cristo el hombre nada puede saber ni conocer de Dios. Y sin Cristo no puede salvarse. Cristo es la Luz verdadera que alumbrá a todo hombre que cree en Él. Estad firmes en la fe y la Luz de Cristo os alumbrará.

Ni mundo, ni el que es del mundo, recibirá a Cristo. Un día ese mundo llevará el castigo de su desprecio al que tiene todo poder en los cielos y en la tierra. Y nosotros, los que le recibimos, seremos manifestados con Él en gloria (Colosenses 3:4).

Mientras ese día llega, permanezcamos por la fe en Cristo, para recibir de su plenitud, día tras día, gracia sobre gracia, sin apartarnos de este Camino de Santidad, porque en Él por torpe que seas no te extraviarás (Isaías 35:8).

Cristo es el camino a la casa del Padre, Él ha ido a preparar lugar para nosotros (Juan 12:2).

NO SOY YO, ES CRISTO EN MÍ

Juan 1:19-51

*“¿Tú, quién eres? ... ¿Qué dices de ti mismo? ...
Yo soy la voz de uno que clama...: Enderezad el camino del
Señor...”*

Testimonio de Juan el Bautista

En este testimonio sencillo y nítido, el mensajero no se ve a sí mismo, sino como la voz del que le envió.

Cristo nos da testimonio de Juan diciendo: “Entre los nacidos de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista” (Mateo 11:11). El mayor entre los nacidos de mujer, al preguntarle: ¿Tú, quién eres?, se considera como la voz del mensajero del Mesías.

Lo importante para el Bautista, no era él mismo, sino Aquel a quien pregonaba. Él se consideraba como nada. Sabía muy bien, que su razón de ser era Cristo. Por eso a la pregunta: ¿Tú, quién eres?, responde: yo no soy, es Él.

¿Qué dices de ti mismo? ... “Que no soy digno de desatar la correa de su calzado” (v. 27).

Qué diferente resulta el testimonio de muchos “cristianos”, cuando le preguntan: ¿Tú, quién eres? ¿Qué dices de ti mismo? Se deshacen en elogios para su iglesia, sus líderes, su confesión de fe, su forma de culto y disciplina...

La respuesta de un verdadero creyente tiene mucho de parecido con la respuesta del precursor: **No soy yo, es Cristo en mí**. Toda respuesta que no tenga como centro vital a Cristo, será una respuesta puramente religiosa.

El creyente puede dar esa respuesta de fe: “no soy yo, es Cristo en mí”; porque acepta que Cristo es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (v. 29). Esto significa que Dios ha aceptado la muerte de Su Hijo para borrar los pecados de todos, los que aceptan este sacrificio por sus pecados.

Cristo es el que quita el pecado del hombre creyente, por eso el hombre creyente nunca habla de sí mismo, sino de Cristo, como el autor de la vida eterna.

A veces muchos hacen hincapié en sus pecados, y lo que les cuesta superarse, pero no hacen la más mínima referencia a Cristo, como el único que quita el pecado del hombre. Consciente o inconscientemente se quieren hacer aceptos para acercarse a Cristo. Lo único que pide Cristo de ti es que le reconozcas a Él, como el único que quita tu pecado y te hace acepto ante el Padre.

Si crees, ¿qué puedes decir de ti mismo, sino que Cristo es el todo en ti, y tú sin Él nada puedes hacer? Por ti mismo estás muerto en delitos y pecados, en tu propia religión, sólo Cristo te puede arrancar de esa situación.

Cristo bautiza con el Espíritu

Algo esencial que el Bautista testificó de Cristo, es que Cristo bautiza con el Espíritu.

Juan dice: “y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, Aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre Él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo” (v. 53).

Este mismo hecho lo confirman los apóstoles, entre ellos Pedro al decir al pueblo de Israel: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Pablo habló a ciertos discípulos en Éfeso, y les dijo: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos respondieron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? (Hechos 19:1-3).

Para Pedro y Pablo el creer en Cristo está unido al bautismo en el Espíritu. Así Pablo dice en la carta a los Corintios: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13).

El que realiza la obra salvadora de Cristo en cada creyente es el Espíritu. De ahí, la expresión del Bautista: “Cristo es el que bautiza con el Espíritu Santo”.

Fue y es una realidad, desde pentecostés, el bautismo con el Espíritu para todo hombre, que al escuchar el mensaje de salvación, arrepentido, acepta a Cristo su único y perfecto Salvador.

Por eso Pablo dice: “A todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Y muchos se preguntan: ¿cómo es posible tomar esa bebida? Cristo mismo nos da las instrucciones: “El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva; esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El” (Juan 7:38-39). Cristo nos advierte que se hace “como dice la Escritura”. No es algo al margen o contra la Escritura, como algunos pretenden formular. Así se confirman las palabras del precursor; Cristo bautiza con el Espíritu a todo el que cree en Él. Y lo puede hacer porque es el Hijo de Dios.

Así lo afirma el Bautista: “Yo le vi, y he dado testimonio de que Éste es el Hijo de Dios” (v. 34).

Este mismo testimonio lo confirma Jesús, después de su resurrección, a sus discípulos: “Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo” (Hechos 1:5).

Todo esto lo vemos confirmado a lo largo de todo el Nuevo Testamento en aquellos, que aceptaron a Cristo como Mesías, ungido por el Espíritu para quitar el pecado del mundo y darles vida eterna.

He aquí el Cordero de Dios

Cuando Juan pronunció estas palabras por segunda vez ante sus discípulos, dos de ellos tomaron la decisión de seguir a Jesús. Esa decisión nace del testimonio fiel que da Juan.

Ahora es el momento de encontrarse con Jesús, y les pregunta: ¿Qué buscáis?

Ellos responden: “Maestro, ¿dónde moras?” (v. 38). Está claro para estos dos hombres que su decisión era morar con Jesús. Ya no se preocupan de la morada propia, sino morar con Aquél, que era el “Cordero de Dios”.

Jesús quiere que comprueben por sí mismos tal realidad, por eso les dice: "Venid y ved" (v. 39).

El que va a Cristo, ve por sí mismo la realidad de su salvación. Ya que Cristo dice: "Al que a Mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37).

Es algo esencial en todo el que va a Cristo, el ver por sí mismo y en sí mismo, que Cristo le limpia de pecado y le unge con Su Santo Espíritu, para poder tener comunión con el Hijo y con el Padre. De ahí que Cristo dice: El que cree en Mí, el también vivirá por Mí, como Yo vivo por el Padre (Juan 6:57).

El argumento más poderoso para un creyente que ha encontrado a Cristo, cuando trata de comunicárselo a otra persona, es éste: VEN y VE. Este fue el argumento más sencillo y cierto que Felipe pudo ofrecer al verdadero israelita Natanael: ven y ve.

Natanael fue a Cristo, y vio realmente, que era el "Hijo de Dios, el rey de Israel" (v. 49).

Eso es lo que pide de ti Cristo, que vayas a ÉL, para que veas por ti mismo, lo que sabes por la lectura de las Escrituras o porque otros te lo han dicho de ÉL. Jesús quiere que veas por ti mismo en un encuentro personal con ÉL. En el diario morar con ÉL y ÉL contigo. Ya que ÉL dice: "El que me ama, mi Palabra guardará, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan 14:23).

¿Qué vale, que tú conozcas y defiendas la verdadera doctrina, si no conoces a Cristo? ¿Qué ganas con llamar verdadera a tu iglesia, si tú no conoces a Cristo? Pues Cristo dice: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Juan 6:47).

¿Y tú qué tienes: quizás un papa infalible, o un Lutero, o un otro líder religioso más o menos infalible para ti?

Así toda tu vida la pasas sin Vida, sin Luz, sin la Verdad, fuera del Camino.

Porque sólo Cristo es el Camino, la Verdad, y la Vida (Juan 14:6).

Déjate de defender doctrinas, papas, líderes o religiones. El mensaje de Cristo es mucho más sencillo que todo eso: Ven y ve.

Si te encuentras con Cristo verás que no necesitas de nadie más, para que en ti se cumplan las promesas del pacto de gracia, que el Padre, Señor de cielos y tierra, da a todos los que aceptan a Su Hijo, como único y perfecto Salvador.

¿Quieres comprobarlo?: VEN y VE.

PETICIÓN DE MARÍA: HACED TODO LO QUE JESÚS OS DIGA

Juan 2:1-25

Este capítulo nos presenta tres tipos de personajes. En la primera parte vemos a la madre de Jesús en una boda, a la que asistió también Jesús con sus discípulos. La segunda parte nos muestra a Jesús en Jerusalén y el templo hecho una casa de mercados. La tercera y última parte nos presenta a muchos que creyeron en Jesús viendo sus señales, pero Jesús no se fiaba de ellos.

“Haced todo lo que (Jesús) os dijere” (v. 5).

La situación difícil que se les presenta a los organizadores de esa boda era embarazosa, se les había terminado el vino.

La madre de Jesús preocupada por esta lamentable situación, se lo dice a Jesús, pero Jesús le muestra, llamándola mujer, que no es su relación familiar el motivo de su actuación.

Enterada María de esta actitud, dice a los sirvientes: “Haced todo lo que os dijere”.

María todo lo deja en las manos de Jesús, y así se lo hace saber a los sirvientes.

María no les indica lo que tienen que hacer, sino que hagan lo que Jesús les diga.

Quiero hacer hincapié en la actitud de María, tantas veces deformada por la falacia de hombres religiosos amadores de sí mismos y sin escrúpulos para interpretar erróneamente la Palabra de Dios. El deseo principal de la madre de Jesús es: “Haced todo lo que os dijere”. Este deseo es tan válido hoy como entonces. Todos los que pretenden dar otro protagonismo a María, al margen de lo que está escrito en la Palabra de Dios, mientan y ponen mentira en la

boca de María. Ella desde ese momento no tuvo, ni tiene, nada más que decir, sólo Jesús nos puede decir lo que tenemos que hacer.

Ese era el deseo de María, todos los otros deseos o proposiciones, que le atribuyen a la madre de Jesús, son puras falacias de las mentes entenebrecidas por la dureza de los corazones.

Hasta tal punto ha llegado esa obscuridad, que hacen de María una diosa, llamándola reina de los cielos. Esto es una burla al Hacedor de cielos y tierra, “el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad, y cuyo nombre es el Santo” (Isaías 57:15).

María, “la esclava del Señor”, como ella se autotitula, no tiene nada que ver con esos títulos pomposos y religiosos, que los hombres le otorgan envanecidos en sus mentes carnales.

Todos esos grandes prelados y hombres de su religión no hacen lo que María dice, ni lo que Jesús dice. Ya que su ruego a todo hombre es únicamente este: **“Haced todo lo que El os dijere”**.

Ella no tiene nada más que decir ni hacer. Esa obra sólo la puede hacer Jesús, “porque a Éste señaló Dios el Padre” (Juan 6:27).

“No hagáis de la casa de mi Padre, casa de mercado” (v. 6).

Este capítulo nos sigue narrando que Jesús subió a Jerusalén. Allí encontró el templo hecho un mercado, con toda clase de animales, cambio de moneda etc. Nadie pone en duda que el fin de este mercado era profundamente religioso, estaban al servicio de

los fieles, que de otras latitudes llegaban a Jerusalén.

Pero esas aparentes buenas intenciones no ocultan la maldad del corazón del hombre ante los ojos del Hijo de Dios; para Él era claro, que estaban haciendo de la casa de su Padre una casa de mercado.

Qué repugnantes resultan para el Cordero de Dios nuestras buenas intenciones religiosas. Un azote de cuerdas pone fin a esa situación: “echó fuera del templo a todos”. ¿Pero no es esto lo que ha hecho Roma, convertirse en un gran mercado de “salvación”, con sus títulos, privilegios, indulgencias, penitencias, bulas, ofrendas y ritos por los difuntos? Al lado de todo esto lo que Jesús vio en el templo de Jerusalén era insignificante. En el templo de Jerusalén se especulaba con animales para el sacrificio según el sacerdocio de Aarón.

Pero Roma especula con el sacrificio del Hijo de Dios, “que tiene un sacerdocio inmutable, por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por El se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:24-25).

Cristo no necesita de mediadores, porque sólo Él es el Mediador entre Dios y los hombres. Él vive para interceder por ellos ante el Padre, y no tiene necesidad de ningún otro. “Él se ofreció una vez para llevar los pecados de muchos; una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:26-28).

Lo que Roma hace con sus sacerdotes y misas es negar el único y verdadero sacrificio de Cristo, al cual se llega por la fe; no por ritos y ceremonias de los hombres, que Roma destina al sacerdocio de su propio mercado de salvación, pero que nada tiene que ver con la salvación de Cristo, que es única e intransferible, que alcanzan todos aquellos, que aceptan en plena certidumbre de fe a Cristo como su único y personal Salvador.

Roma que tanto se jacta de María, sin embargo toda su actitud religiosa es una negación de lo que María pidió: “haced todo lo que (Jesús) os dijere”. Roma no hace lo que Jesús dice. Su propia filosofía y teología oculta el nítido mensaje de salvación en Cristo. Roma se gloria en su propio poder, sus hombres preclaros, su aparente piedad cristiana de sus buenas obras, pero no se gloria en el sacrificio perfecto e inmutable de Cristo en la cruz, como su único y perfecto Salvador.

El católico cree justificarse por sus buenas obras bendecidas por los sacerdotes, pero no acepta la justicia de Cristo que es por la fe.

El católico piensa merecer con sus obras algo ante Dios, esto es un fatal engaño: “Porque ningún ser humano se justificará delante de Dios por las obras de la ley” (Romanos 3:30); y tampoco el católico aunque se lo diga el cura, el obispo o el papa. Porque la Escritura dice: “Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso; para que seas reconocido justo en tu Palabra y tenido por puro en tu juicio” (Romanos 3:3; Salmos 51:4).

Dios es veraz y dice: “Nos hizo aceptos en el Amado (Jesucristo) en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:5-7). Y nos dice también: “Al que no conoció pecado (Jesús), por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Corintios 5:21). Dios veraz nos dice que por la fe en su gracia nos acepta en Su Hijo amado, y nos perdona todos nuestros pecados y maldades por medio de la sangre de Su Hijo en la cruz. El cargó con nues-

tros pecados y Dios mismo nos viste con la justicia de Su Hijo. Para esto no hacen falta mercaderes, ni sacerdotes, ni mediadores ni mediadoras, sólo hace falta fe en el único mediador y Salvador, Jesucristo.

¿Cuánto se ha alejado Roma de la verdad de Dios en Su Hijo, Jesucristo!

¿Pero, yo me pregunto, dónde están también esas otras iglesias, que se estrechan en un abrazo ecuménico con Roma? Ya que la Palabra de Dios nos pregunta: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Corintios 6:14).

¿Puede haber compañerismo entre la justicia que es de Dios por la fe (a la que aspira todo cristiano reformado), y la “injusticia” de las propias obras por las cuales Roma conduce a sus fieles?

¿Puede darse comunión alguna entre la Luz que emana de las Escrituras (en la que la Reforma tiene su rostro), y las “tinieblas” que emanan de la filosofía y teología consensuada en los concilios de la Iglesia Católica?

Si Cristo levantase hoy en su mano el azote de cuerdas, ¿cuántos quedarían dentro de muchas iglesias que andan en compañerismo y comunión con Roma?

En el templo de Jerusalén echó fuera a todos, unos por mercaderes y otros por permitirlo, todos fuera: “No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado”.

La salvación en Cristo no es un mensaje ético-moral

Roma y todas aquellas iglesias que la complacen, hacen de la salvación de Cristo un mercado especulativo sobre la posibilidad de salvación por las propias obras.

Roma no es portadora del mensaje de salvación de Dios en Cristo Jesús por medio de la fe en el sacrificio de la Cruz.

Roma es portadora de un mensaje ético-moral de confusión. Cuando Jesús levantó el azote de cuerdas contra aquellos mercaderes, los judíos le preguntaron: ¿qué señal nos muestras ya que haces esto?

Jesús les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (v. 18-19).

Los judíos se asombran porque su templo había sido edificado durante cuarenta y seis años. Se sentían orgullosos y seguros de su templo, pero Jesús les habla del templo de su cuerpo, de su muerte y resurrección. La única que tenía valor para el judío y para el gentil.

Roma también está segura y orgullosa de su pirámide de poder, de tantos años de historia. Pero eso no le da derecho alguno a ser el templo del Señor, porque esto sólo está reservado para aquellos que aceptan la muerte y la resurrección de Cristo personalmente. A estos se les cerciora interrogativamente: “¿No sabéis que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). Este era el templo que el Padre de nuestro Señor Jesucristo quería que Su Hijo levantase con su muerte y resurrección en cada hombre o mujer, que por la fe aceptan el perdón de los pecados en Su sangre. Porque los adoradores que busca el Padre son en Espíritu y Verdad, para eso nos ha dado el Espíritu de Su Hijo. Y el único que levanta este templo es Jesucristo. El hombre sólo puede levantar templos de piedra o de otros materiales, embellecidos con sus propias fantasías, envueltos en un ambiente de futuro y de misterio con sus ritos, ceremonias y rezos de largas oraciones.

“Jesús mismo no se fiaba de ellos, pues Él sabía lo que había en el hombre” (v. 24-25).

Pero al llegar al caso concreto que somos tú y yo, debemos de tener muy en cuenta, que el Señor Jesús de muchos de los que creyeron en su nombre, “no se fiaba de ellos, porque conocía a todos..., pues Él sabía lo que había en el hombre” (v. 23-25).

Para el Señor, que es la Luz, nada de nuestro corazón está oculto. Si tú te acercas a Él, hazlo con corazón sincero, y si algo no está claro en ti, Él te lo mostrará.

Este pasaje nos dice que Jesús no se fiaba de aquellos, que habían creído en su nombre, “viendo las señales que El hacía”.

Eso puede suceder, que uno acepte todos los milagros que el Señor hizo, incluso el hecho de su muerte y resurrección, y sin embargo no aceptas a Cristo Jesús en tu corazón como tu personal Salvador; Quien te limpia de pecado con Su propia sangre derramada en la Cruz. Y a la vez te unge con su Espíritu, para que no vivas más según la carne, sino conforme al Espíritu (Romanos 8:9).

Hará de ti una nueva criatura en El, con el mismo poder con el que transformó el agua en un buen vino. Así sucede en el que le acepta personalmente. Cambia tu viejo hombre que vivía conforme a la carne, por el nuevo hombre “creado según Dios en justicia y santidad de verdad” (Efesios 4:24).

Pero todo esto es obra del poder de Dios mediante la fe en Su Hijo. No es obra de hombres.

Fíate de Cristo y verás que El es fiel en su Palabra. Porque “Él es el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios” (Apocalipsis 3:14).

JESÚS: EL TESTIGO FIEL Y VERDADERO

Juan 3:1-15

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.

Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?”

“¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?”

Jesús reconoce que Nicodemo es un maestro de Israel, y como tal debería conocer el plan salvífico de Dios con su pueblo, y la regeneración en el tiempo del Mesías. El pueblo de Israel guiado por sus maestros no fue capaz de reconocer a Jesús, porque escrito está: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

Nicodemo deduce por sus razonamientos que Jesús ha venido de Dios, “porque nadie puede hacer estas señales, si no está Dios con él” (v. 2). Esta actitud de conocimiento racional puede ser también nuestra lógica a la hora de acercarnos a Cristo. E incluso muchos que están como maestros en la iglesia -esa era la actitud del maestro Nicodemo- su saber de Cristo no es más que una deducción de la historia de la salvación anunciada por los profetas.

Pero con este saber nadie puede ver el reino de los cielos. Jesús dice que es necesario nacer de nuevo. Esto es algo que muchos “maestros” del pueblo de Dios no alcanzan a comprender. Por eso se unen a Nicodemo en la pregunta que hace a Jesús: “¿Cómo puede hacerse esto?”. ¿Maestro en Israel... o en la iglesia, y no sabes esto?.

Un grave error es creerse maestro por el gran saber que uno tiene de la letra de la Escritura. Pero el que tiene el verdadero conocimiento, es aquel que es enseñado por el Espíritu a conocer el Cristo de las Escrituras.

“El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (v. 3).

Nicodemo en su diálogo con Cristo, a pesar de ser maestro, no va más allá de lo que alcanzan sus ojos y su mente.

Para nacer de nuevo no conoce otro camino, que el de regreso al seno de su madre. Pero Jesús le ataja, cortándole ese regreso, al afirmar: “Lo que es nacido de la carne, carne es”.

El hombre religioso, nacido de su propia carne, se siente desvalido ante un encuentro con Cristo. Siente que lo que tiene no le vale, pero tampoco acierta en el camino de ese nacer de nuevo.

Jesús, sin embargo, afirma con toda contundencia: es necesario nacer de nuevo, pero este nacimiento no lo alumbró la carne, sino el Espíritu. Cristo habla de nacer del agua y del Espíritu.

El bautismo de agua, símbolo de la muerte del viejo hombre, en la muerte de Cristo. El agua significa la purificación del hombre en el sacrificio de Cristo; y a la vez el hombre reconoce la necesidad de ese agua como bautismo en la muerte de Cristo, para limpiar su pecado.

De ahí que la Escritura nos pregunte: “¿No sabéis que todos los que hemos sido bau-

tizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Romanos 6:3). Pero toda esta obra vivificadora la realiza el Espíritu. Todo esto para el hombre natural es incomprendible. Pero yo me pregunto: ¿qué comprende el hombre de sí mismo? ¿Sabe cómo puede ser la visión de sus ojos, la purificación de la sangre en los pulmones o cientos de funciones, que realiza su cuerpo, sin que él se entere ni comprenda nada? ¿Por qué, pues, quiere entender ese nacer del Espíritu o la obra misma del Espíritu?

“Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificamos” (v. 11).

Por eso Jesús se lamenta de la incredulidad y de la soberbia del hombre para creer al Arquitecto Supremo de todas las cosas. Jesús nos asegura que habla de lo que sabe y da testimonio de lo que ha visto. Pero Jesús se lamenta diciendo: no recibís nuestro testimonio” (v. 11).

¿Qué razón tenemos tú y yo para no creer el testimonio de Jesús, que sabe lo que habla y testifica de lo que ha visto? ¿Puede haber testimonio más fiel y verdadero que el testimonio de Jesús?

El libro del Apocalipsis en 3:4 lo presenta como: “El Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”.

¿Qué hombre podrá tener excusa alguna para no creer el testimonio del Hijo de Dios, Jesucristo?

Dejemos nuestros propios razonamientos, y aceptemos la necesidad de nacer de nuevo, del Espíritu, porque este es el testimonio de Jesús. Demos crédito al testimonio de Jesús, y veremos que ese nacimiento es una realidad en cada uno que tiene el testimonio de Jesucristo.

La explicación que Jesús da a Nicodemo no va más allá de una comparación con el viento, que ni sabes de donde viene ni a donde va, “así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (v. 8).

“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario...”

Ahora nos sitúa ante la serpiente que Moisés levantó en el desierto. Toda persona del pueblo de Israel que era mordida por una serpiente sólo tenía que mirar a la serpiente de bronce, y vivía (Números 21:9), no tenía otro antídoto contra el veneno de aquellas serpientes; el que no miraba, moría.

Y Jesús nos dice: “Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (v. 14-15).

Todos nosotros hemos sido mordidos por la serpiente antigua, satanás, y nuestros cuerpos están emponzoñados por el veneno del pecado en nuestra propia carne. Esto nos lleva a la muerte eterna. Pero Dios en su infinita misericordia nos ha dado sanidad en Su Hijo, Jesucristo.

Por eso Él se presenta como la necesidad salvadora, y única posibilidad de vida eterna para todo hombre.

Si los israelitas en el desierto no tenían otro lugar adonde mirar para ser librados de la muerte venenosa de las serpientes, hoy nosotros no tenemos otro lugar adonde mirar para ser librados de la ley del pecado y de la muerte, sino la cruz de Cristo: “para que todo aquel que cree en Él... tenga vida eterna” (v. 15).

Ese mirar es creer en Cristo

Los israelitas no tenían otra solución ante el veneno de las serpientes que mirar a la serpiente de bronce. Aunque era algo tan sencillo como una mirada, en ello le iba la vida. Así también a nosotros el mirar o no mirar a la cruz de Cristo, en ello nos va la vida eterna o la muerte eterna. Y no vale buscar otras soluciones, porque “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Ese mirar es aceptar a Cristo como mi personal Salvador; el que quita el pecado de mí. Así nos lo muestra la Escritura: “sabéis que Él apareció para quitar nuestros pecados. Y todo aquel que permanece en Él, no peca” (1 Juan 3:5-6). Cristo es la única solución de vida eterna, para todo aquel que cree en Él.

CRISTO ES LA MEDIDA DEL AMOR DE DIOS HACIA el hombre

Juan 3:16-36

“Ha dado a Su Hijo Unigénito. . . “ (v. 16).

Esto es lo que Dios ha hecho como señal irrefutable de su auténtico amor y firmeza inquebrantable de sus promesas para todo aquel que cree en Cristo Jesús.

Cuando uno escucha del Espíritu estas palabras escritas, la fe de uno se aúpa hasta la convicción plena del amor de Dios en Su Hijo, y hasta la certeza de sus promesas garantizadas en la entrega de Su Hijo Unigénito.

El resultado de esa convicción y certeza en Cristo es la vida eterna. Este es el único mensaje de salvación para todo hombre de hoy y de siempre. Porque Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre.

Dios mismo ha dado a Su Hijo para salvar al hombre. ¿Quién, pues, puede dudar o negar el testimonio de Dios en su infinito Amor? ¿Qué excusa podemos poner tú y yo para no aceptar el gran don de Dios, que es Su Hijo, Jesucristo?. Y todo aquel que acepte a Cristo como su Salvador personal, dado por el Padre, jamás necesitará de otros mediadores terrenales o celestiales. Este es el núcleo del Evangelio de Jesucristo. Así lo indica Pablo a la iglesia de los Gálatas, 1:8: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”.

Qué poco valoramos lo que Dios ha hecho en Su Hijo, cuando nos entretenemos en nuestra propia religiosidad, pensando ofrecer algo a Dios de nuestra propia cosecha, y nos negamos a aceptar al Hijo dado por Dios para rescatarnos de “nuestra vana manera de vivir”(1 Pedro 1:18). El que anda en su propia religiosidad, intenta con sus propias obras justificarse ante Dios, y desconoce totalmente a Cristo como su Salvador. Con esa actitud de autojustificación está negando y despreciando al Hijo Unigénito dado por Dios para justificarnos y darnos vida eterna. Esta es la voluntad de Dios para con nosotros, que creamos en Cristo, como Su Amor reconciliador para todos nosotros.

“Para que todo aquel que cree en El, no se pierda” (v. 16b).

¿Por qué, pues, quieres perderte, si Dios no quiere que te pierdas?

Si buscas la salvación en tu iglesia papal o no papal, en otros hombres o en ti mismo, entonces te quieres perder. Dios no quiere que te pierdas, por eso te ha dado a Su Unigénito, Jesucristo.

Vuélvete a Cristo, déjate del “hombre que es semejante a la vanidad; y sus días son como la sombra que pasa”(Salmos 144:4). “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación”(Salmos 146:3). La salvación sólo la hay en el Hijo de Dios, Jesucristo. Él nos da testimonio de lo que vio y oyó, por eso ninguno de nosotros tiene excusa para no creer en Él. Mas el que cree en Él tiene vida eterna. Y atestigua que Dios es veraz en Su Amor (v. 33), y en sus promesas.

Porque la finalidad de enviar a Su Hijo al mundo no fue para condenar al mundo, sino

para que el mundo sea salvo por Él (v. 17). Cristo es el único que tiene esa misión de salvar, y nadie más. Él se basta y se sobra para hacer su obra salvadora, porque le ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra, y “sobre toda carne para que le dé vida eterna”(Juan 17:2).

“El que no cree ya ha sido condenado” (v. 18).

La falsa piedad religiosa presenta a Cristo como un personaje lleno de lástima e impotencia, por lo cual esa piedad religiosa intenta presentar sus propias obras como desagravio de propia justificación ante Dios. Pero esto, lo que demuestra, es un total desconocimiento del Amor y de la obra de Dios en Cristo. El hombre no tiene por sí mismo poder para salvarse, ni tiene poder sobre su propia carne. Sólo Cristo nos puede librar con su poder de este cuerpo de muerte, si le aceptamos a Él como nuestro Libertador. Él no nos va a fallar, porque para eso lo envió Dios. Y no lo envió para condenarnos sino para salvarnos, si de verdad creemos en Él.

A veces, o casi siempre, culpamos de nuestra condenación a las otras personas, a las estructuras sociales o a la corrupción galopante de este siglo, pero los únicos que nos podemos autocondenar somos nosotros mismos, por nuestra incredulidad, por no aceptar a Cristo como nuestro personal Salvador. Los falsos salvadores quieren cambiar todo lo que rodea al hombre, o predicán que el hombre cambie su entorno para realizarse en libertad. Cristo en Su Palabra nos dice que ese cambio se tiene que dar dentro del hombre por Su Santo Espíritu mediante la fe en Él. Y el único que hace del hombre de fe, ese nuevo hombre, es Cristo y nadie más.

Los hombres incrédulos intentan de distintas maneras o formas llegar a ese hombre perfecto, pero al final de cada modelo, que ellos forman, está la más perversa y refinada corrupción. Mas el hombre que cree en Cristo “es creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24).

Pero ninguna sociedad, ninguna religión, ningún grupo religioso o arreligioso, ningún ser humano puede crear ese hombre nuevo “en la justicia y santidad de la verdad”, sólo Dios por medio y en Su Hijo, Jesucristo. De ahí que todos los intentos de los hombres por hacer un hombre más justo, sabio y libre son simples sucedáneos del hombre espiritual creado según Dios en Cristo mediante la fe.

Muchos de los que les gusta llamarse cristianos no son más que sucedáneos religiosos creados por los hombres con sus principios, normas y moral. Estos rehúsan creer en el Hijo de Dios y “no verán la vida sino que la ira de Dios está sobre ellos”(v. 36). Estos tratan de incompetente a Dios, al substituir la fe en Cristo, por principios, normas y ceremonias religiosas, con los cuales piensan salvarse.

Cristo es la medida del Amor de Dios hacia el hombre

La medida del Amor de Dios hacia los pecadores, viene dada por la entrega de Su Hijo, Unigénito. Este Amor excede a todo conocimiento, pero no por eso es menos real y auténtico. Desde este infinito Amor de Dios comprenderás y verás que “el que

cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna” (v. 36).

En ti estará la certeza absoluta de que Dios es veraz en el Amor mostrado en Su Hijo. Porque ves esa realidad en ti mismo, esa realidad de vida eterna que es Cristo en todo aquel que en El cree. Los que han aceptado a Cristo se gozan y se alegran en esta gran salvación, y se apartan de las tinieblas de la religiosidad fabricada por el hombre y de toda forma de impiedad. Van gozosos a la Luz que es Cristo, y El alumbra toda su vida, disipando todo resto de tinieblas en ellos, para que sean hijos de Luz.

“Si andamos en Luz, como Él está en Luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Este es nuestro anhelo con todos nuestros lectores, esa comunión en Espíritu, andando en la Luz que es Cristo, y en la certeza de que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. Si permanecemos en Su Palabra, cuando Él venga no nos apartaremos de Él avergonzados, sino que seremos manifestados con Él en gloria (Colosenses 3:4).

EL POZO DE JACOB EN EL HOMBRE

Juan 4:1-42

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23).

Jesús da el agua viva

El capítulo anterior narra el encuentro en la noche del “maestro” Nicodemo con Jesús. Este capítulo nos presenta el encuentro, a plena luz del día, de Jesús con una mujer pecadora.

El encuentro tiene lugar en una ciudad de Samaria llamada Sicar. Allí manaba el pozo de Jacob, junto a él se sentó Jesús, cansado del camino.

Nicodemo tenía prejuicios para ir a Jesús a plena luz del día, donde los hombres lo pudieran reconocer como simpatizante de Jesús. Pero Jesús no tiene prejuicio alguno para encontrarse con cualquier pecador a plena luz del día. Así le vemos dialogando con esta mujer samaritana de difícil reputación. El Señor sin escrúpulos, pues Él sabía lo que había en el corazón de aquella mujer, le pide de beber. Ésta se sorprende del atrevimiento de este judío que le pida de beber siendo ella una mujer samaritana. No tenía que ser desconocido para Él la enemistad, que existía entre judíos y samaritanos. Jesús lo sabía muy bien, pero Él no estaba allí para confirmar enemistades, sino para hacer la voluntad del Padre, “para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Allí estaba cansado junto al pozo, alumbrando el amor de Dios a esa mujer pecadora. Esta se creía poseedora del agua necesaria para el cansado Jesús; sin embargo esta mujer no conocía el don de Dios, ni Aquel que demandaba de ella agua, porque sino ella le pediría a Él, y Él le daría agua viva (v. 10).

Qué contraste más profundo. La disponibilidad del pecador hacia Jesús es de no darle ni agua; mas Jesús a la petición del pecador le dará siempre agua viva; a la ingratitud del hombre pecador responde con la gratitud del agua de vida: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). Cuando el pecador conoce el don de Dios, utiliza la fe para sacar aguas en abundancia de la fuente de la vida. Jesús dice: “El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:38).

Es incomprensible para el hombre, y sobre todo para el hombre religioso, que Jesús revele estas cosas tan profundas y grandes a una mujer de vida fácil y de insignificante preparación.

¿Cuánto tiempo dedicarían los maestros religiosos de nuestro tiempo para preparar ética y moralmente a sus alumnos antes de entregarle una revelación tan exquisita, como la que dio Jesús a la mujer samaritana?

Ese agua de vida es el Espíritu Santo

Jesús nos sorprende siempre a la hora de acercarse al hombre pecador. No tiene secre-

tos para el hombre que se reconoce pecador, se da totalmente y le revela lo más íntimo de Dios, Su Amor.

Por eso Jesús dice: “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (v. 14). Esa agua se bebe por la fe en Jesucristo. Esa fuente de agua que brota en todo el que cree, es el mismo Espíritu Santo. Nosotros somos la tierra, el agua que mana cae del cielo.

El Señor no tiene en cuenta las excusas de la mujer para no darle agua. Sabe muy bien que del hombre no sale nada bueno. Pero el Señor está siempre dispuesto para dar el agua de vida a quien se la pida. Un agua permanente que sacia completamente al que la bebe. A veces, el acercarnos al Señor, no pasa de ser, un tratar de calmar nuestra inquietud religiosa, o una simple búsqueda de solución a una situación complicada, ya sea material o psíquica.

Esa solución buscaba también la mujer samaritana: “Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla” (v. 15).

Realmente no conocía el don de Dios, no pasaba de lo puramente material y rutinario. Sin embargo, Jesús abre esa puerta en el corazón de esa mujer, para que reconozca la necesidad de “esa agua de vida”. Para ello, el Señor le dice: “Ve, llama a tu marido, y ven acá” (v. 12). Jesús la enfrenta con su propia vida real, y ella responde abiertamente tal como es: “No tengo marido” (v. 17). Jesús reconoce la precisión de su respuesta, “porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido” (v. 18). Esta mujer se muestra ante Jesús con toda franqueza sin ocultar nada; reconoce que su vida no es lo que aparenta, por eso en su respuesta se hace candidata al “agua de vida”, que antes había pedido a Jesús, un tanto frívolamente. Pero el Señor sabe poner al pecador en el lugar apropiado para que beba el “agua de vida”. Y ese lugar no es otro, que reconocerse pecador y necesitado de “esa agua de vida”.

Adoradores en espíritu y en verdad

La mujer reconoce a Jesús como profeta y trata de buscar respuesta a su tradición religiosa: “Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (v. 20). Esta mujer con su vida no hacía caso a la ley de Dios, que se contenía en lo que su pueblo admitía como Palabra de Dios, el Pentateuco; pero sin embargo le preocupaba la licitud de su lugar de culto. Esta es la religiosidad típica del hombre; olvida lo que Dios personalmente dice en su ley y en Su Palabra, y trata de buscar licitud a su liturgia o a su forma de culto personal. Mas el Señor rompe con la religiosidad mezquina del hombre.

No son los lugares, ni las normas, ni las formas, que el hombre se impone, lo que Dios busca en el hombre. “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (v. 23).

Jesús con toda contundencia anuncia la voluntad de Dios para el hombre de ahora: “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”. No dudo de que hoy en el mundo existen cientos, millones que dicen adorar a Dios. Pero yo me pregunto, ¿son realmente adoradores en espíritu y en verdad? Mas bien son adorado-

res de sus propias costumbres, ritos y ceremonias de hombres carnales, guiados por mentes carnales, que nunca estuvieron en la mente de Dios ni buscaron a Dios. Porque si Dios mismo les hubiese traído a Cristo, serían adoradores en “espíritu y en verdad”. Jesús nos dice: “Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44).

Una vez más nos sorprende Jesús con esta revelación tan sublime hecha a una mujer pecadora, inculta y ordinaria. Probablemente ninguno de los líderes, que se creen adoradores de Dios por sí mismos, se acercarían a esta mujer para anunciarle algo tan bello y grande de parte de Dios nuestro Padre. Pero el Señor que es la misma encarnación del Amor de Dios hacia nosotros pecadores, quiere demostrarnos que no hay barreras sociales, culturales o morales a donde no pueda llegar su Amor redentor.

El Señor Jesús se da totalmente aun antes de que el pecador tenga ese conocimiento por la fe. Así hizo con todos nosotros entregándose a la muerte de Cruz, y cuando estábamos muertos en delitos y pecados el nos dio vida (Efesios 2:1).

No es, pues, extraño que Jesús le revele a esta mujer pecadora, lo que el Padre buscaba del hombre, que le adore en “espíritu y en verdad”, no en la carne, porque Dios es Espíritu; “y los que le adoren en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (v. 24).

Jesús no se preocupa de la capacidad de esta mujer, para entender algo tan nuevo como maravilloso. El Señor sabe que su Palabra tiene poder, para hacer lo que dice, en todo el que cree esta Palabra. Además Él es quien va a obrar en el creyente; no es el creyente el que obra, sino Cristo en el creyente. Así todo el que cree en Jesucristo comprueba personalmente que su Palabra es verdad, y que Jesús es el único, que nos hace adoradores del Padre en espíritu.

Nosotros sin Cristo somos carnales, vendidos al pecado, y nuestra carne “no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede... porque los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7).

En esta situación se encontraba esta mujer samaritana, como todos nosotros antes de creer en Cristo, y por medio de la fe en Jesucristo hemos recibido perdón de pecados y el don del Espíritu Santo.

Y desde esta certeza de la fe, la Escritura nos pregunta: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Corintios 6:19). Pero la causa y artífice de este hombre espiritual es Dios por medio de Su Hijo.

Cristo es el único que, por su muerte de cruz y resurrección, hace hombres y mujeres espirituales mediante la fe, capaces de adorar al Padre en espíritu por medio de la verdad de Cristo.

Jesús al hombre, que le acepta como su Salvador personal, le hace esa nueva criatura, ese hombre nuevo, justo y santo, conforme a la imagen del que lo creó, espiritual porque Dios es Espíritu. Capaz en Cristo de rendir adoración al Padre en Espíritu.

Los hombres de fe en Cristo no viven, pues, según la carne, sino según el Espíritu. Esta es la vida que Cristo da a todo hombre, que cree en El. Jesús dice: “El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47). “Separados de Mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Tu encuentro personal con Cristo

Jesús en el diálogo con esta mujer le abre la puerta para ser adoradora del Padre en espíritu. Ante la afirmación de la samaritana: “ sé que ha de venir el Mesías, cuando él venga nos declarará todas las cosas” (v. 25), Jesús le dice: **“Yo soy, el que habla contigo” (v. 26).**

Este es el momento crucial en la vida de cualquier pecador, cuando el Señor te dice, como a la samaritana: Yo soy tu Salvador, el que habla contigo. A la samaritana se lo dijo cara a cara, a nosotros por medio de su Espíritu con su Palabra, pero la vivencia es la misma; y Jesús te enfrenta a una respuesta sincera, para que puedas beber el agua de vida.

La samaritana dio ese paso, dejó su cántaro, y se fue a su ciudad para anunciar el gran hallazgo de su vida, Cristo Jesús.

Por fin había encontrado el agua viva. Su cántaro, el viejo hombre, ya no le valía para llevar el agua viva, lo deja y va gozosa y perpleja a dar la nueva a sus conocidos. Ellos dan testimonio de que no sólo creyeron por lo dicho por ella, sino “porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (v. 42).

El encuentro personal con Cristo te lleva a la certeza plena de que Él es tu Salvador. Es esencial para la vida del creyente, no sólo que haya oído de otros que Jesús es el Salvador, sino que él mismo sea capaz de decir como aquellos samaritanos: yo mismo he oído del Espíritu y sé que Jesús es mi Salvador. Esta vivencia en Cristo por la fe es vital para todo hombre del Nuevo Pacto en la sangre de Cristo. Este hombre no es un hombre religioso sino espiritual; no es un hombre enseñado por el hombre sino por el Espíritu: “ Hemos recibido el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido... no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu...” (1 Corintios 2:12).

No sustituyas al Espíritu de Dios por la sabiduría humana

Estamos en unos tiempos en que el hombre todo lo quiere explicar con palabras enseñadas por la sabiduría humana, e incluso líderes que se llaman “cristianos” se encuentran en esa corriente de la sabiduría humana, y dejan a un lado las palabras que enseña el Espíritu. Actualmente hay un ansia de saber humano, que muchas veces entra en las iglesias, y trata de apagar y negar lo que enseña el Espíritu de Verdad. Con el paso del tiempo esas “iglesias” están muy bien formadas en la cultura y sabiduría humanas, comenzando por sus líderes, pero se ha dejado de escuchar al Espíritu de Dios.

¿Cómo serán, pues, adoradores en espíritu y en verdad? ¿Cómo van a acomodar lo espiritual a lo espiritual? Mas bien como hombres naturales no perciben las cosas que son del Espíritu de Dios... porque se han de discernir espiritualmente (1 Corintios 2:14). En todo esto es maestra la Iglesia Papal.

Sería un error funesto que las iglesias formasen a líderes competentísimos en la sabiduría de los hombres y en su propia teología para sustituir al Espíritu de Dios.

A veces parece que la sabiduría humana da más prestancia y honra, que la sabiduría

proveniente del Espíritu. Pero no olvidemos que la Palabra nos dice: “La sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios” (1 Corintios 3:19).

El Padre, Señor de cielos y tierra, busca adoradores en espíritu y en verdad. No intentes servirle de otra forma, por muy preparado o sabio que seas: “Porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender” (1 Corintios 2:14).

Este hombre natural somos tú y yo sin Cristo. Yo lo he vivido en mis años de sacerdocio. Toda mi preparación no me sacó de ser un hombre natural religioso, que “no percibía las cosas que son del Espíritu de Dios”.

Pero cuando el Señor tuvo a bien revelarme a su Hijo por la fe, comencé a entender y a ver clara Su salvación en mí; y a saber lo que Dios me ha concedido, como a todo el que acepta a su Hijo como Salvador.

La sabiduría que yo había adquirido no me valía, para hablar de las maravillas y misericordias que Dios había hecho conmigo. Pero a la vez entendí lo que Su Palabra nos dice: “Hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2:13). El Señor Jesús que habló con la samaritana, sólo conocía la sabiduría del Espíritu, de la que se admiraban los sabios de Israel; y esa misma sabiduría es la que da a sus discípulos por su Espíritu; “y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él” (Romanos 8:9).

¿QUIERES SER SANO? CREE EN EL SEÑOR JESÚS

Juan 5:1-30

¿Quieres ser sano?

Al hombre que Jesús hace esta pregunta llevaba 38 años enfermo, imposibilitado para llegar por sí mismo al agua de sanidad. Este hombre reconocía su incapacidad, su estado de soledad e impotencia. Pero Alguien, un desconocido para él, le pregunta: ¿quieres ser sano? Este paralítico no pensaba en el deseo de ser sano, sino en la muy difícil posibilidad de llegar a conseguirlo. Por eso le da a conocer a Jesús su lamentable situación para alcanzar esa sanidad, que corroboraban 38 años de espera. Lo que menos pensaba este hombre es que se encontraba ante el autor de la vida, porque “todo fue creado por medio de Él y para Él...y todas las cosas en Él subsisten” (Colosenses 1:16). Así no es extraño que Jesús le diga: “Levántate, toma tu lecho, y anda” (v. 8).

A veces el hombre se pasa años y años buscando sanidad de sus males (o dicho en términos bíblicos salvación), y día tras día sigue en el mismo quebrantamiento de siempre. Hasta que un día, alguien pasa a su lado, y le dice:

¿Quieres ser sano? Cree en el Señor Jesús. Y la vida de esa persona, harta de buscar remedios en todas partes, de pronto, se siente llena de paz, de luz y de vida. Tiene la sensación de haber nacido de nuevo. Un nuevo amanecer hay en su turbada existencia.

Así también este paralítico a la palabra de Jesús, “fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo” (v. 9).

No pensemos que la Palabra de Jesús tiene menos poder en nosotros hoy, que en el paralítico de Betesda; ya que “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35).

Jesús hoy te dice: Cree en Mí, toma tu cruz, y sígueme. Porque el creer en Jesús es sanidad de vida eterna para nosotros.

El paralítico una vez sanado, tomó su lecho, por mandato de Jesús, para que no se le olvidase que sobre ese lecho había estado 38 años. Jesús después de darnos vida nos manda que llevemos la cruz de cada día, para que jamás olvidemos que el mismo Jesús estuvo en esa cruz por nosotros hasta la muerte.

No vamos a merecer nada con la cruz de cada día, como el paralítico no merecía la sanidad por llevar el lecho, pues ya había sido sanado por Jesús. Así nosotros somos sanados (salvos) por la muerte de Cristo en Su Cruz. “El castigo de nuestra paz fue sobre El, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Por lo cual las tribulaciones de cada día (la cruz) no tienen para nosotros otro significado que purificar nuestra fe, al recordarnos los sufrimientos salvíficos de Cristo en su muerte de Cruz por nosotros.

Cuando los fariseos vieron a ese hombre llevando su lecho, le reprochan tal actitud, porque era día de reposo. Mas este hombre se apoya por completo en Aquel, que le había dicho: “Levántate, toma tu lecho y anda” (v. 11). Y así responde, “el que me

sanó, El mismo me dijo: Toma tu lecho y anda” (v. 11).

Para este hombre la Palabra de su Sanador estaba por encima de cualquier apreciación personal o religiosa de otras personas. Jamás pueden estas personas, desde su anquilosada religiosidad, anular el poder salvífico de la Palabra de Dios, confirmada por Su Hijo Jesucristo en todos aquellos a los que Él quiere darles vida eterna, depositando en sus corazones la fe necesaria, para que le acepten como su único y perfecto Salvador.

Si uno no quiere creer en Cristo, aun la misma Palabra de Dios, le vale como excusa para afianzar su estúpida incredulidad. Estos judíos formados en las Escrituras no entendían el profundo significado del día de reposo, sólo conocían la letra de esa Palabra, pero “la letra mata, mas el espíritu vivifica” (2 Corintios 3:6). Estas palabras salieron de la boca de uno de los fariseos más preclaros de todos los tiempos, el apóstol Pablo. Pero a pesar de esta contundente sentencia sigue habiendo muchos, que sólo se acercan a Dios por la letra de Su Palabra, la cual manipulan a su antojo, en pro de su propia muerte, y de aquellos que se deleitan en sus manipulaciones.

Jesús a este hombre le dice: “Mira has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (v. 14). Aquellos que hemos tenido la gran dicha de haber sido sanados por creer la Palabra de Dios; y hemos visto en nosotros mismos esos efectos maravillosos de su poder, debemos permanecer fieles a esta Palabra, dejando a un lado de una vez por todas a los manipuladores de esa Palabra, porque cuando les hicimos caso, ningún bien nos han traído, sino muerte. Si hemos sido sanados, no pequemos más, dudando del poder salvífico de Su Palabra en la fe de Jesucristo.

“Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo trabajo” (v. 17).

Esta es la razón del éxito de su Palabra, el mismo Padre y Su Hijo Jesucristo obran por medio de Su Palabra. Esto es algo que deja fuera de juego, a los que simplemente se quedan con la letra de la Palabra, como les pasaba a los fariseos, que “procuraban matar a Jesús” (v. 16), porque no conocían de la Palabra más que la letra.

Pero Jesús les mostraba el verdadero poder de Dios en Su Palabra, y esto era inaceptable para ellos, porque eso significaba que Dios era “Su propio Padre, y Él era igual a Dios” (v. 18).

Hoy han aparecido grupos que niegan que Jesucristo es el Hijo de Dios, y Jesús dice: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre” (v. 23). ¿Por qué, pues, se llaman testigos de Jehová, si niegan a Dios en Su Hijo Jesucristo? Son testigos de mentira, no de la verdad, que es Cristo. Si no honran al Hijo, no pueden honrar al Padre.

Otros añaden una nueva revelación, haciendo del nombre de Jesucristo un simple camuflaje para vender su sórdido error.

¿Por qué se llaman iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días, si niegan lo que Jesucristo nos reveló del Padre, substituyéndolo por una falsa revelación nacida del hombre de mentira? No son de Jesucristo, porque “no perseveran en la doctrina de Cristo, no tienen a Dios” (2 Juan :9v); por tanto no son santos, están puestos para juicio en el último día.

Otros de antiguo dan más importancia a sus definiciones papales o de iglesia, que a

la Palabra de Dios y de Su Hijo Jesucristo. ¿Por qué, pues, se llama una, santa, católica, apostólica y romana, si no permanece en la Palabra del único Santo, ni es fiel a la doctrina de los apóstoles? Roma no permanece fiel a la Palabra de Dios, su nombre auténtico es infidelidad, Madre de las ramera, la ciudad que se asienta sobre siete montes (Apocalipsis 17).

Todos estos trabajan para su humana organización, pero no admiten, hoy y ahora, el obrar del Padre y del Hijo.

Todos estos no se pueden maravillar de las obras que el Padre muestra por medio de la fe en Su Hijo, porque han sustituido la obra del Padre en Su Hijo, por métodos de religión humana.

Qué tremendo error dejar la obra de Dios, en la que Dios muestra su amor al Hijo (v. 20), obrando el Padre en aquellos que creen en Su Hijo. Así vemos que el Padre obra y el Hijo obra igualmente, en los que creen.

“Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (v. 25).

Esta es la gran obra de Dios por medio de Su Hijo Jesucristo, ahora es, “cuando a los que estábamos muertos en delitos y pecados nos dio vida juntamente con Cristo... por medio de la fe” (Efesios 2).

Este, ahora es, se actualiza para todo hombre o mujer que quiera ser sanado por Jesucristo, y ver así como el Padre y el Hijo obran en el creyente, hoy y ahora. Los judíos, que nos muestra este capítulo cinco, no se pudieron maravillar de estas obras de Dios, porque no oyeron la Palabra de Jesús, y no creyeron al Padre que hablaba en el Hijo, por eso siguieron en su condenación, no pasaron de la muerte a la vida. Estos hombres perdieron su “ahora”, no seas tan insensato que desprecies tu oportunidad de “ahora”; porque aún es tiempo de que los muertos (en delitos y pecados) oigan la voz del Hijo de Dios. Mas ese oír es para vida, como fue para el paralítico sanidad, el oír la voz de Jesús.

Con toda contundencia Jesús dice: “El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (v. 24). ¿Cómo van a creer en Dios y en Su Hijo, cuando no se le presenta la verdadera Palabra de Jesucristo, y lo que oyen son fórmulas o consideraciones de hombres, que ocultan la Palabra de Dios?

Pero los que tal cosa hacen están privando a los oyentes de la vida eterna. Tan grande responsabilidad nos tiene que hacer firmemente fieles a la Palabra de Dios; y a la vez contundentes en refutar con amor a los que tergiversan la sana doctrina de Jesucristo.

Si ponemos tanto empeño en mantener esta vida física perecedera, ¿cuál no debe ser nuestro empeño en guardarnos para vida eterna? ¿y si tanto esfuerzo parece hacer la humanidad, para tratar de conservar vidas humanas, cuál no debe ser nuestro celo por llevar la pura Palabra de Dios; para que oigan la voz del Hijo de Dios, y creyendo tengan vida eterna?

El Señor Jesús nos dice que, este “ahora”, es el tiempo de pasar de muerte a vida por la fe en Él. Pero también nos habla de otra “hora”.

“No os maravilléis de esto; porque vendrá “hora” cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (v. 28).

Jesús anuncia cosas maravillosas que pasarán al final de los tiempos, la “hora” que el Padre tiene señalada. Los muertos de los sepulcros o de cualquier lugar que se encuentren (o nos encontremos) oirán su voz. Si ya era maravilloso, lo que Jesús decía a las gentes, de que el que creyese en Él tendría vida eterna, cuánto más, si los mismos que están en los sepulcros han de resucitar.

Esta es una de las verdades que, tal vez, los llamados creyentes tengan más diluida en su modernismo consumista. Pero no por eso deja de ser menos cierta, y a la vez maravilloso, capaz de eclipsar todo lo alucinante de nuestro mundo actual. En el rostro de los hijos de Dios se nota esa certeza de resurrección de vida, capaz de suscitar en los otros el interrogante, ¿qué saben éstos, para que sus rostros reflejen esa seguridad?

Sí, esa es la seguridad de las promesas de Jesucristo, “el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a Sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21). Pero sólo alcanzarán esta resurrección de vida, aquellos que ahora vivan por el Espíritu y en el Espíritu mediante la fe.

La garantía de esta resurrección es Cristo mismo. Porque el mismo murió y resucitó para que todos aquellos, que creen en El vivan por Él, y un día sean manifestados con Él; cuando Él se manifieste en gloria como el Juez de vivos y muertos.

¿Quién, pues, acusará a los que creen en Cristo, si Cristo mismo los justificó con su muerte de Cruz?

¿Quién les va a condenar, si Cristo los da por inocentes lavándolos en Su propia sangre?

Los que vivimos “AHORA” en Cristo, seremos en aquella “HORA” manifestados con Él en gloria.

Mantengamos esta esperanza viva, salvos en Él.

¿CUENTAS CON TU DINERO O CUENTAS CON JESÚS?

Juan 6:1-26

En el capítulo anterior encontrábamos a Jesús en Jerusalén, sanando a un parálítico, que llevaba más de treinta años en esa situación, pero la Palabra de Jesús, “levántate, toma tu lecho, y anda”, fue suficiente para sanarlo. Jesús lo que quería con todo esto, es que oigamos su Palabra, creamos en Él, y así tengamos vida eterna.

Jesús en el silencio de la montaña

En este capítulo el Señor se encuentra con sus discípulos en las cercanías del lago de Galilea, en un monte que parece ser muy conocido para los discípulos. A este lugar “le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos” (v. 2). Jesús trataba de estar a solas con su Padre y los discípulos, pero una gran multitud rompió ese silencio de la montaña buscando algo nuevo o especial en Aquel que hacía tantas señales en los enfermos. El Señor no se siente contrariado por la presencia de esta multitud, que irrumpe en su reposo y sosiego; antes bien, “cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a Él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos?” (v. 5)

El Señor no se preocupa por Él, sino por ellos, y por ese pan necesario para su alimentación. Esa multitud salió en su busca, sin saber con precisión los riesgos del momento; uno de los riesgos era el encontrarse sin pan por lo inhóspito del lugar. Mas el Señor enseña al que le busca, a fiarse de Él con todo el corazón. Aquí Jesús por medio de unos panes de cebada prepara, a los que le da el Padre, para comer el verdadero “pan vivo que descendió del cielo”.

El Señor sabe siempre lo que tiene que hacer, aunque a veces nos prueba a nosotros como hizo con Felipe, preguntándole: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?”

Contemos con Jesús

Felipe queda sorprendido por la pregunta del Maestro, y así exclama: “Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco” (v. 7). Un denario era el jornal de un día de trabajo (Mateo 20). Para Felipe la más mínima posibilidad resultaba irrealizable. No veía solución. Pero, ¿por qué?, **porque Felipe sabía contar dineros, aunque él no los tuviera, sin embargo no contaba con Jesús, a quien sí tenía.** Esta actitud de Felipe se hace muchas veces realidad en nuestra propia vida. El Señor sabe de que cosas tenemos necesidad. El quiere probar nuestra fe, y ver así nuestra capacidad de respuesta a su promesa. Cuántas veces cuentas con tus posibilidades, que no te dan capacidad para solucionar un problema, y te olvidas de contar con Aquel que sí tiene todo poder en los cielos y en la tierra. Pero, ¿te lo crees?.

¿Qué es esto para tantos?

Muchas veces el Señor te da una pista por medio de otra persona, como hizo con el discípulo Andrés: “Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?” (v. 9). El Señor les demuestra que “ésto” -

cinco panes y dos pececillos - es igual para un muchacho que para “tantos” que estaban allí. No comió más el muchacho ni comieron menos los “tantos”, ya que todos se saciaron. ¿Qué vamos añadir nosotros a su poder, cinco panes, dos peces? “El llama las cosas que no son, como si fuesen” (Romanos 4:17). Lo único que nos pide, que añadamos, es fe para ver Su poder. En esa fe manda recostar a la gente, sobre ese lugar ameno lleno de hierba.

“Tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; así mismo de los peces cuanto querían” (v. 11). ¿Qué han hecho estos comensales, para participar de esos panes y de esos peces? Nada más que obedecer, y recostarse sobre la hierba. Esto concuerda con lo que el Señor dice tantas veces: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmos 46:10). “En quietud y confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15). El Señor reprende a Israel porque no quisieron estar en esa quietud y confianza, y ser salvos en descanso y reposo.

Jesús en la quietud y confianza del Padre da de comer a esta multitud que reposa sobre la abundante hierba. Mas Jesús lo que busca en nosotros es que le reconozcamos como nuestro reposo en quietud y confianza, para reposar de las propias obras de la carne, y ser Cristo quien obre en nosotros (Hebreos 4:10). Todas sus señales nos llevan a que depositemos nuestra confianza en Él, incluso en lo referente a nuestra comida y a nuestro vestido. Porque si Dios hace crecer la hierba y la viste, “¿cuánto más a vosotros hombres de poca fe?” (Lucas 12:28). Pero el hombre siempre quiere reducir a Dios a sus propias categorías mentales, cuando su obligación es someterse y acogerse a lo que Dios dice y pide del hombre.

Mira bien, no te apoderes de Jesús

Así estos comensales de Jesús, al margen de lo que Dios dice por su Espíritu en las Escrituras, quieren apoderarse de Jesús para hacerle rey conforme a sus propios pensamientos religiosos, pero que en absoluto estaban de acuerdo con el plan de Dios, expuesto en su Palabra. Es algo innato en todo hombre apoderarse de todo, incluso del Hacedor de todo, Dios Eterno. Una muestra la tenemos en estos hombres, que guiados por sus propios pareceres e intereses religiosos intentan apoderarse de Jesús. Cuántas veces ha sucedido a través de la historia, y sucederá mientras el Señor no venga, que distintos grupos han querido apoderarse de Jesús; de ahí los nombres que se dan: los únicos, los verdaderos, los apostólicos, los testigos, los de los últimos días.

Pero el Hijo de Dios está por encima de todo pensamiento humano o definición de hombre. **El no salva como el hombre quiere, sino a quien El quiere.**

“Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca” (Romanos 9:15). No depende del hombre, ni de sus títulos absolutos que se ponga: “Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16); y Jesús mismo dice: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16).

Los hombres a veces son mezquinos en sus apreciaciones de salvación. Piensan que uno no puede salvarse, si no atiende al método de salvación diseñado por ellos. Incluso piensan que Dios se va a someter a sus métodos, en contra de lo diseñado por

Dios mismo y revelado en Su Palabra, la Biblia. Pero hasta aquí llega la insensatez de esos hombres, que acomodan los textos de la Biblia a sus propios métodos de salvación, que nada tienen que ver con el Salvador, Jesucristo. En concordancia con los comensales de la montaña, también quieren apoderarse de Jesús, para hacer del nombre de Jesús un ídolo que salva como ellos quieren. La actitud de Jesús, ante esta conducta arbitraria del hombre, es: “Jesús volvió a retirarse al monte Él solo” (v. 15).

El Señor Jesús no admite iniciativas personales al margen del plan de salvación diseñado por Su Padre en las Escrituras. De ahí que El se retira, sin la compañía de nadie, al monte a orar a solas con Su Padre. “La salvación es un don de Dios” (Efesios 2:8), no es una consecuencia de las obras del hombre, ni de sus métodos de salvación, ni de la aceptación de su propia doctrina religiosa, por muchos títulos que le ponga de verdadera y única. La salvación sigue siendo un “don” de Dios por medio de la fe en la sangre de Jesucristo; el único que nos acerca a Dios, nos hace conciudadanos de los santos (y no de una organización religiosa) y miembros de la familia de Dios (Efesios 2:19), y no miembros de una determinada familia doctrinal sea tridentina o semirreformada.

El encuentro personal con Cristo por la fe es para vivirlo en la comunión del Espíritu con los demás, nunca para apoderarse de Él excluyendo a los demás.

Cuando oigo a miembros de “iglesias” o de “asociaciones” religiosas decir: “Nosotros somos la única iglesia verdadera, la única iglesia de Jesucristo, la única iglesia de hermanos, la iglesia de los verdaderos bautizados, los únicos testigos de Dios, los auténticos hijos de Dios”, entiendo que todos ellos se han apoderado de Cristo, pero Cristo no es el apoderado de ellos, porque Cristo no representa la salvación de ellos sino la del Padre, que es “don de Dios”, no de hombres.

Seamos sensatos, aceptemos a Jesús conforme a las Escrituras para vivir por fe; pero nunca nos apoderemos de Jesús y su Palabra para vivir esclavizados de nuestras propias sensaciones, ya sean estas doctrinales o religiosas.

“Al anochecer descendieron sus discípulos al mar... Estaba ya oscuro y Jesús no venía a ellos” (v. 16,17).

Jesús permanece Él solo en el monte orando, mientras sus discípulos en una frágil barca, al atardecer, van cruzando el lago hacia Capernaum. Anochecía, y Jesús no se siente acuciado por tal circunstancia, para dejar ese estar a solas con Su Padre, y volver junto a sus discípulos. Los que sienten esa ausencia son los discípulos al decir: “Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos”. Estos estaban intranquilos, ya que la única barca que allí había la tenían ellos. ¿Cómo, pues, se iba a reunir con ellos en la oscuridad de la noche, y sin barca? Imposible. La actitud de Jesús desborda todas las posibilidades de sus discípulos.

Y lo mismo sucede hoy a los que quieren encuadrar a Jesús dentro de sus propias posibilidades de humana salvación, no siendo ningunas. Jesús está por encima de cualquier definición dogmática, que intente apoderarse de la posibilidad salvadora de Cristo. Esto es como encerrarse en una frágil barca surcando el mar en la tempestad

de la noche. Cuando los discípulos se ven superados por el poder incondicional de Jesús: “Vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo” (v. 19).

Yo soy, no temáis

Al no coincidir lo que ellos pensaban de Jesús con lo que veían sus ojos, tienen miedo. La vida de Cristo, fuera de la fe, supera y contradice toda la lógica de la mente humana. La oscuridad, la tempestad sobre el mar, el miedo a lo inexplicable dentro de estas circunstancias adversas, se transforma en alegría al escuchar la voz del Maestro: “Yo soy, no temáis” (v. 20). Esta es una de las frases que Jesús repite con frecuencia. El creyente no tiene que temer nada estando en Cristo y con Cristo. Esa alegría de su presencia la refleja el rostro del creyente, como el rostro de los discípulos al recibir a Jesús en la barca, “la cual llegó enseguida a la tierra adonde iban” (v. 21). Jesús no es llevado por las circunstancias, sino que Él conduce las circunstancias, para bien de aquellos que le aman. En todas tus circunstancias puedes escuchar por medio de la fe, la voz de Jesús que te dice: ¡Yo soy, no temas!

Sanos en la fe

La gente que vivió esa señal de la multiplicación de los panes:

“Al día siguiente...vio que no había habido allí mas que una sola barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que estos se había ido solos (v. 22).

Según los cálculos de estas gentes Jesús se tenía que encontrar en el mismo lugar del día anterior, porque Él no había partido con sus discípulos, y ellos se habían llevado la única barca que había. Sí, era cierto que Jesús no se había embarcado con sus discípulos y sólo había una barca, pero Jesús ya no estaba allí. El hombre es muy limitado en sus recursos y fuera de esas condiciones no encuentra salida lógica. Pero el Señor Jesús es el que ha hecho y sustenta todas las cosas (Colosenses 1:16; Hebreos 1:2-3).

Cristo está por encima de todo condicionamiento que limita al hombre. Sólo el hombre de fe puede superar en Cristo todas esas limitaciones y contradicciones. Ya que Jesús nos dice: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23). Pero el hombre prefiere tomar sus propias iniciativas y seguir el camino que concibió su mente, antes que aceptar en fe al único que es el Camino conforme a las Escrituras, Jesucristo. Así no nos sorprenderá que Jesús diga a los que le buscaban: “Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (v. 26). Traducido a nuestro lenguaje coloquial se podría decir: No Me buscáis a Mí, sino a vuestros estómagos. ¡Qué confusión más tremenda, pensar que uno busca a Jesús, y lo único que se busca es a sí mismo. Tanta fatiga, tanto esfuerzo, tanta religiosidad para al final descubrir por la Palabra de Jesús, que todo eso sólo tenía un móvil, nuestra propia satisfacción. ¿No es esta una advertencia seria para que seamos sanos en la fe?

Aprendamos a no camuflar nuestros propios intereses egoístas bajo el nombre de Jesús. Porque esa es una actitud repugnante y de lo más vil. Uno de los obstáculos más difíciles, que tienen que superar los creyentes en Cristo, es la escoria religiosa

que por todas partes fluye del volcán del infierno intentando atrapar a los que se saben purificados de todos sus pecados en la sangre de Jesús, “su gran Dios y Salvador” (Tito 2:13).

ESTA ES LA OBRA DE DIOS: QUE CREAMOS EN JESÚS

Juan 6:27-45

“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a Éste señaló Dios el Padre” (v. 27).

De las palabras de Jesús se desprende que estas gentes de Galilea buscaban a Jesús, más por su necesidad material, la “comida que perece”, que por la “comida que a vida eterna permanece”.

El Señor hace una total distinción entre la comida perecedera por la que el hombre tanto se afana, y la comida que a vida eterna permanece de la que el hombre tanto se despreocupa.

Pero hay algo que nunca debemos olvidar, “la comida que a vida eterna permanece” sólo nos la puede dar el Hijo de Dios. Nadie más se puede arrogar este poder sin hacer mentiroso a Dios, porque el Padre al único que ha señalado, sellado, para esta misión es a su Hijo Jesucristo.

Esto echa por tierra a todos esos que se proclaman dadores del alimento de vida eterna, y sólo usan el nombre de Cristo como una simple referencia histórica.

El único que tiene ese sello indeleble de garantía divina es Cristo, ayer, hoy y siempre. Todos los demás que se presentan como sellados, son sellos falsos del padre de la mentira, satanás. Por eso, hoy más que nunca, se hace necesario “probar los espíritus si son de Dios, y no creáis a todo espíritu” (1 Juan 4:1).

Una de las señales de esos falsos dadores de religión es que hablan de las propias obras, y **nunca de la obra de Dios**.

Jesús les dijo: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que El ha enviado” (v. 29).

Cuando el hombre obra no deja obrar a Dios. Cuando cree deja que Dios obre. Lo que Dios nos pide por Su Hijo es que le aceptemos a Él como nuestro personal Salvador. No es que tu fe sea una obra meritoria, sino que al creer aceptas a Cristo con toda su obra de gracia sobre ti. Esta es la inmensa obra del amor de Dios para todo aquel que acepta a Su Hijo, el Cristo.

Los interlocutores de Jesús habían comprendido lo que El les pedía, que le aceptaran como Mesías. Por eso ellos le piden una señal mesiánica. No era suficiente que unos pocos panes fuesen multiplicados en muchos, al fin y al cabo, eran panes comunes. Más que esto había hecho Moisés: “Nuestros padres comieron maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer”

(v. 31). Jesús les hace notar que eso no es así; el maná llovía de las nubes (Salmos 78:23) y también era comida perecedera y por lo mismo terrenal. Estos israelitas daban a Moisés una gloria que sólo pertenece a Dios. Jesús les dice que Moisés no les dio el pan del cielo, sino “mi Padre os da el verdadero pan del cielo” (v. 32).

No debemos dejarnos confundir por tantos y tantos que nos ofrecen de una u otra manera un pan perecedero, fabricado de su propia cosecha terrenal que califican de celestial. Porque el verdadero pan del cielo nos lo da Dios, el Padre de nuestro Señor

Jesucristo. ¿Qué “padres, madres, santos o santas, pueden quitar la gloria a Dios ofreciéndonos un “pan del cielo” que no es el Verdadero?

Jesús les dijo: yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; el que en Mí cree, no tendrá sed jamás” (v. 35).

El Señor conduce sus oyentes desde el pan que tanto les preocupa, el alimento material, hasta el “Verdadero pan de vida”. Este pan de vida, ni es el alimento material, ni el maná, sino Cristo. El Mismo es el pan de vida, el cual descendió del cielo y da vida al mundo. Pero no consiste sólo en saber que Jesús es el pan de vida, sino en comer ese pan. Y la única manera de comer ese pan es creyendo en El, para vivir por El. No hagamos como los galileos, pues, aunque pedían que les diera “siempre de este pan” (v. 34), sin embargo no creían en El; “aunque me habéis visto no creéis”, les dice Jesús (v. 36). Seguían pensando en el alimento material, para sostenimiento de una vida tan perecedera como el mismo alimento que les sustentaba. Ellos, porque no creían en Cristo, no lograban entender la oferta de vida eterna que en Sí Mismo les presentaba.

Como la vida de nuestro cuerpo está ligada al alimento material, así la vida eterna está ligada al único pan de vida que es Cristo.

Los hombres incluso nos pueden falsificar los alimentos naturales con sucedáneos, y causar perjuicio a nuestra salud; pero respecto al pan de vida que es Cristo, el hombre sólo nos puede envenenar para muerte, cuando nos oferta su “propio pan del cielo”, que jamás tendrá nada que ver con Cristo. Por eso es necesario que abramos los ojos ante las ofertas, que unos y otros nos presentan por todas partes. No son de Dios, porque Dios sólo nos presenta como pan de vida a Su Hijo, Jesucristo. Y no hay otro pan para vida eterna. Todos los demás son engañosos, sean quienes sean o llámense como se llamen. Solo Cristo es el Verdadero pan de vida, porque lo dice el Padre, Dios Eterno y lo confirma Su Hijo, Jesucristo. A los hombres lo que nos resta es comer ese pan de vida. ¿Cómo? Creyendo en El, porque esta es la obra de Dios, no de hombres ni por medio de hombres, sino por medio de Jesucristo.

Cristo es el alimento perenne de todo el que va a El, y cree en El. Por eso el Señor Jesús dice: “nunca tendrán hambre... no tendrán sed jamás”. La única causa de hambre y de sed en el cristiano es la falta de fe en Jesús, pues el que no cree no puede comer el Verdadero pan de vida que es Cristo. Gracias sean dadas a Dios el Padre, que en su infinito amor y sabiduría, nos ha provisto de este pan del cielo, para nuestro diario sustento por medio de la sola fe, todos los días que nos permita caminar por el desierto de esta tierra. Los efectos de comer este pan de vida los reconocemos con Pablo cuando dice: “Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1:12-14).

Así también entenderemos cuando Jesús dice: **“Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí; y al que a Mí viene, no le echo fuera” (v. 37).**

Es el mismo Dios el Padre, quien nos hace aptos, quien nos sacó de las tinieblas trasladándonos al reino de Su Hijo, quien nos perdona día a día nuestros pecados en la

sangre del sacrificio de Su Hijo, Jesucristo. Por eso Cristo es el único pan del cielo que Dios nos da (porque descendió del cielo y nos da vida eterna). El mismo Padre nos lleva a participar de ese pan que es Cristo; por eso todo verdadero creyente va solamente a Cristo, el único y verdadero pan de vida eterna; y Cristo nos dice: “al que a Mí viene, no le echo fuera”. ¿Por qué no le echa fuera? “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (v. 38). Y Jesús nos dice que la voluntad del Padre con nosotros es que creamos en El, y así tengamos vida eterna (v. 40). Y Jesús añade que El Mismo nos resucitará: “Yo les resucitaré en el día postrero”.

¿Cómo nos han engañado todos aquellos que nos enseñaban a confiar en sus métodos, liturgias o ritos para ganar el cielo!

¿Qué conocimiento tenían estos del Verdadero pan del cielo?, y este pan, Dios lo da, “sin dinero y sin precio” (Isaías 55:1), gratuitamente, creyendo en Cristo. Qué ceguera más cruel poner precio y cobrar dinero por un pan de vida, que no es tal, y privar así al hombre del Verdadero pan de vida que es Cristo por la fe.

“Murmuraban entonces de Él los judíos, porque había dicho: yo soy el pan que descendió del cielo” (v. 41).

Estas mismas murmuraciones se siguen dando hoy de parte de los “religiosos”, contra todo el que, en nombre de Cristo, anuncia este pan de vida eterna, gratuitamente, por la sola fe, sin dinero y sin precio. Cuyo dador es Dios, el Padre, sin vanos intermediarios, que engañosamente se autoproclaman distribuidores de un pan que no es el pan Verdadero. Jesús ante tales murmuraciones, dice con toda contundencia: “Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere” (v. 44).

Ni tus razonamientos, ni tus métodos, ni tus intermediarios, ni todos tus sacrificios y “buenas obras” te pueden llevar a Cristo, solamente el Padre te puede traer hasta Cristo, solo Él te puede dar el pan de vida, solo Él te perdona toda tu culpa y toda tu deuda por medio de Su Hijo, Jesucristo, si le aceptas en tu corazón como tu único y perfecto Salvador, mediante la fe. Como dice Pablo a los Efesios 3:17. “para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”.

Cristo no discute con los judíos que murmuran sobre la incomprensión que les producen sus palabras, ni trata de hacerles comprender sus equivocaciones. Les manda que no murmuren; porque el creer no es fruto del comprender intelectualmente como pretendían los judíos, y aun hoy lo practican muchos, sino de la acción soberana de Dios en el alma de las personas. Ese llegar a la fe no comienza con un acto del hombre, sino de Dios. Por eso Jesús dice que ninguno puede venir a Mí, si el Padre no le trajere, y que todos esos son enseñados por Dios (v. 45). De ahí Jesús concluye: Todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de Él, viene a Mí” (v. 45).

¿Cómo, pues, pueden venir a Cristo, los que sólo oyen a hombres, y aprenden sólo lo que esos hombres les dicen? Por eso nos encontramos con tanta gente, que en vez de ir a Cristo, van a los ídolos mudos y andan en sus propias tradiciones, porque sólo escuchan a hombres, y aprenden de ellos; pero nunca han escuchado a Dios, ni aprendieron de El.

“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído... conforme a la verdad que está en Él” (Efesios 4:20).

CRISTO ES EL PAN DE VIDA PARA QUE VIVAMOS POR ÉL

Juan 6:47-58

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en Mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida” (v. 47-48).

El Señor Jesús comienza este verso con una afirmación contundente: “El que cree en Mí, tiene vida eterna”. Creer en Mí y tener vida eterna es uno, dice el Señor. Aquí radica la clave de toda la existencia de cada hombre: vivir una vida eterna o la muerte eterna. La fe en Cristo es la única puerta que nos abre a esa vida eterna. Pero la fe no es un discurso filosófico, sino “la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Porque “por fe andamos, no por visión”.

El Señor sólo nos pide esto: “Cree en Mí”, ten confianza en Mí, acéptame como Yo te acepto con todos tus pecados y miserias para limpiarte, hacerte una nueva criatura, y darte vida eterna. ¿Por qué hay esa resistencia en ti a creer la Verdad de Dios, cuando eres tan dócil para creer el testimonio de todo hombre que es tan poco de fiar como tú?

Mira, lo creas o no lo creas, “este es el testimonio de Dios: que nos (te) ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo” (1 Juan 5:11); y nadie más que Él puede darte la vida eterna.

¡Con qué cara tú y yo podríamos no creer este testimonio de Dios, que sería lo mismo que decir o pensar que Dios es mentiroso, y al mismo tiempo aceptar lo que los hombres nos enseñan para conseguir la vida eterna en contra de este testimonio de Dios: “El que tiene al Hijo, tiene la vida”!

Por eso Jesús te dice : Cree en Mí, y tienes vida eterna; porque “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (Juan 14:6). Y no hay otro camino a esa vida, aunque los hombres religiosos te enseñen otros caminos; no hay otra verdad que Cristo para vida eterna, aunque los hombres nos presenten sus propias verdades filosofadas, amaneradas a su propia mente religiosa; no hay otra vida eterna que el Mismo Hijo de Dios, para los que creen en Él, porque “el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:12).

Es una mentira horrible apartar a los hombres tras idolatrías religiosas con la falsa promesa de que por ellas alcanzarán la “vida eterna”. ¡No es ése el camino, no es ésa la verdad, no es ésa la vida! Porque sólo el que cree en Mí (Jesús, el Hijo de Dios viviente), tiene vida eterna, y no hay otro nombre bajo el cielo por el que podamos tener vida eterna.

“Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron...Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo” (v. 48-51).

No debemos olvidar que el Señor Jesús, en el contexto de este pasaje tiene como punto de referencia el pan de cebada, que habían comido sus interlocutores hasta saciarse.

Pero ni ese pan, ni el maná que sus padres comieron en el desierto, tenía nada que ver con el pan de vida.

El pan de vida es Cristo, y por eso descendió del cielo, para que el que de Él come no muera. Aquí el Señor cambia la palabra creer por comer, y vida eterna por no muera. Con lo cual nos quiere decir que por la fe se da una verdadera identificación entre el creyente y Cristo, tanta como puede haber entre el que come y el pan que éste come. El Señor les muestra a sus oyentes que Él, como pan de vida, es la causa de la transformación y de la vida del hombre creyente.

Jesús mismo les dice: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo”. La única forma de comer este “pan de vida”, es creyendo en Cristo. El es el pan vivo, por eso da la vida a todo el que lo acepta en su corazón. Como dice Pablo: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:17). Sólo este pan vivo descendido del cielo, que es Cristo, puede darle al hombre la vida eterna.

Jesús da un paso más ante sus oyentes, les dice: “el pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo” (v. 51). Esto sorprende a los judíos, que no podían entender sus palabras. Era, pues, lógica la pregunta que se hacen: “¿cómo puede Éste darnos a comer su carne?”.

La multiplicación de los panes que ellos vieron con sus propios ojos y degustaron con sus propias bocas, no los saca de la incomprensión que causan en ellos las palabras de Jesús: “el pan que Yo daré es mi carne”.

Por supuesto que aquellos comensales no entendieron, como Jesús con aquellos cinco panes de cebada dio de comer a aquella multitud. Ellos sin preguntar, aunque nada entendían, comieron el pan que se les brindaba. ¿Por qué ahora no aceptan sin preguntas, el verdadero pan del cielo que el Mismo Jesús también les ofrecía? El que hizo lo uno también hizo lo otro, y para el hombre tan incomprensible es lo uno como lo otro. Lo que no es lógico es aceptar el pan de cebada, y poner en duda el pan de vida, su propia carne. Por eso Jesús sin pararse en las dudas e incomprensiones de ellos, les dice:

Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (v. 53).

El Señor Jesús no responde a las preguntas de ellos, mas bien hace definitiva su afirmación. Es una cuestión de vida o muerte, y esas cuestiones sólo están en las manos del Hacedor, sus criaturas no tienen capacidad para alcanzar a comprender, cómo puede ser eso. A nosotros sólo nos pide que aceptemos su obra en plena certidumbre de fe, si queremos tener vida en nosotros. Jesús nos quiere hacer comprender con un símil, que como el pan es alimento para la vida del cuerpo, sin cuyo alimento moriríamos, así es de vital para vivir en espíritu el participar por la fe en el cuerpo y sangre de Cristo.

Y este mismo ejemplo de comprensión lo ha llevado a establecer la última cena como memorial. Donde me muestra que tan cierto como participo comiendo de ese pan y bebiendo de esa copa, así de cierto yo participo por la fe en Su cuerpo partido por mí en el sacrificio de la cruz y Su sangre derramada por mí. Y también que Su pasión y muerte obediente son tan ciertamente nuestras, como si yo o tu mismo en nuestras propias personas hubiésemos sufrido la pena y satisfecho a Dios por nuestros pecados.

Así comprenderemos a Pablo cuando dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Pienso que estas palabras de Pablo son la descripción más clara de lo que es un creyente en su vivencial participación en la Cena del Señor.

Dar otras descripciones o explicaciones a la Cena del Señor, establecida por Él la noche que iba a ser entregado, es intentar sustituir la fe en el pan de vida que es Cristo, por los razonamientos filosóficos de los hombres. El pan de vida, que es Cristo, no se transforma, sino que nos transforma a nosotros en una nueva criatura.

Aquellos que hablan de una transubstanciación de ese pan, hasta hacer idolatría de un alimento, están en la misma pregunta que aquellos judíos; ¿Cómo puede Éste darnos a comer Su carne?” Olvidan que Jesús no habla de cosas materiales, Él dice: “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida, la carne para nada aprovecha” (v. 63).

Hablar de una transubstanciación del pan es interpretar equivocadamente las palabras de Jesús, como hicieron muchos de los judíos que le oían. Pero es más sensato abandonar, como hicieron ellos, cuando no quisieron creer que sus palabras eran espíritu y eran vida, que tratar de suplantar la fe por una sutil explicación de un cambio substancial de la materia (pan en carne) permaneciendo los accidentes de ese pan y vino con el mismo olor, color y sabor. Esto, sencillamente, es no creer lo fácil: el testimonio de Dios viviente; y sin embargo creer lo imposible, los cambios transubstanciales inventados por la mente especulativa del hombre. Pero esos cambios, dice Cristo, no aprovecharían para nada, porque “la carne para nada aprovecha” (v. 63). Sólo desde esta realidad, de que las palabras de Jesús “son espíritu y son vida”, podremos entender lo que Jesús nos quiere decir, cuando añade:

“El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece, y Yo en él” (v. 56).

Por la fe participamos de esa plena comunión con el Señor, pues, “el que se une al Señor un espíritu es con El” (1 Corintios 6:17); no una carne o una sangre, sino un espíritu, “porque la carne para nada aprovecha, el Espíritu es el que da vida”. Por eso el Señor nos exhorta en Su Palabra a que “el justo por la fe vivirá”.

El hecho de participar por la fe en su cuerpo partido y en su sangre derramada, nos lleva a una nueva realidad de la convivencia entre el creyente y Cristo, confirmada en sus palabras: “en Mí permanece, y Yo en él”. Esta es la razón fundamental de mi existencia: moverme, ser y estar en Cristo y Cristo en mí; dicho con otras palabras de la Escritura: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Todo esto está garantizado por el Señor Jesús a todos aquellos que le aceptan en plena certidumbre de fe. Esta salvadora realidad, de “en Mí permanece y Yo en él”, es algo que se vive al aceptar con humildad, que “Jesús tiene palabras de vida eterna” (v. 68). Si crees, Él confirmará que Su Palabra es verdad. Y un día podrás decir: “Daré por respuesta a mi avergonzador, que en tu Palabra he confiado” (Salmos 119:42).

“Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por Mí” (v. 57).

Jesús con estas palabras nos quiere adentrar más en la realidad espiritual de Dios mismo, como claro ejemplo de Su íntima relación espiritual con el Padre. “Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Jesús nos quiere llevar a esta misma comunión espiritual con Él, por medio de su sacrificio en la cruz como fuente de reconciliación con Su Padre, con Quien vive, y así quiere que nosotros también vivamos por medio de Él y con Él.

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo, **para que vivamos por Él** (1 Juan 4:9).

Este mismo deseo tiene el Padre para todo aquel que acepta que Jesús es Su Hijo. “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, **Dios permanece en él, y él en Dios** (1 Juan 4:15).

Este es el verdadero significado de sus palabras, cuando dice: “el que me come”; que sería lo mismo que decir: el que acepta mi obra salvadora en su vida, como fuente de gracia y de perdón, es a la vez lazo de unión espiritual que el mismo Espíritu actualiza permanentemente en comunión espiritual con el Hijo y con el Padre.

¡Qué promesa más grande la que Jesús nos hace: “Como Yo vivo por el Padre, asimismo el que Me come (el que cree en Mí), él también vivirá por Mí”!

Esta realidad inmensa de la vida del Hijo con el Padre se refleja también en la persona que acepta a Jesús, porque también vive por Jesús, como el mismo Jesús vive por el Padre.

Por eso el testimonio de Dios sigue siendo el mismo: “El que tiene al Hijo, tiene la vida”.

Y Pablo nos dice: Y fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con Su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (1 Corintios 1:9).

El mismo Dios confirmará en ti Su obra de amor en Su Hijo Jesucristo, si tú crees que Jesús es el Hijo de Dios, y tu Salvador.

¿CÓMO CONOCER, SI LA DOCTRINA ES DE DIOS?

Juan 7

“Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto” (v. 6).

Jesús se dirige en estos términos a sus hermanos, ante la insistencia de éstos, para que se manifestase en Judea, saliendo de los límites de Galilea, donde se había recluido desde la pascua anterior, que había tenido lugar en el mes de abril. La fiesta de los tabernáculos se celebraba en otoño, hacia el mes de octubre. Este retiro en Galilea tiene como causa, “el que los judíos procuraban matarle”, por eso Jesús “no quería andar en Judea” (v. 1).

Seis meses antes, por la fiesta de la pascua, Jesús había sanado en sábado a un parálítico: “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5:18).

Este pasaje del capítulo cinco nos da las claves para entender el diálogo, que en este capítulo siete sostiene Jesús con sus hermanos, el pueblo y los gobernantes. Si no estuviese aquí escrito: “Porque ni aun sus hermanos creían en Él” (v. 5), diríamos que el interés mostrado por ellos, para que los discípulos de Jesús conocieran sus obras, y no quedaran en lo secreto, sería una prueba de su convencimiento de que Jesús era el Mesías. Pero no es así, Jesús hace patente la diferencia entre mi tiempo y vuestro tiempo; “el mundo no puede aborreceros a vosotros, pero a Mí me aborrece” (v. 7).

El tiempo, del que habla Jesús, es la consumación como Cordero de Dios en el sacrificio de la cruz. Esto era algo que en manera alguna encajaba en la mentalidad mesiánica de sus hermanos. Jesús les dice que “vuestro tiempo siempre está presto”, pues ellos buscaban hacer su propia voluntad, mientras que Jesús hacía la voluntad del Padre y en el tiempo señalado por Su Padre. Esta fidelidad de Jesús choca con la actitud de sus propios hermanos e incluso con la de los gobernantes de su pueblo.

El Señor Jesús dice a sus hermanos que el mundo no les puede aborrecer. ¿Por qué razón? Porque son del mundo y el mundo ama lo suyo (Juan 15:19). Por tanto no puede haber acuerdo entre Jesús y sus hermanos, porque Él no es del mundo. Incluso lo que ellos esperaban de Jesús era puramente terrenal, pero Jesús es portador de promesas celestiales, hechas realidad en Él. Así dice Pablo: “Todas las promesas de Dios son en Él SÍ y en El AMÉN” (2 Corintios 1:20).

En esta charla posicional entre Jesús y sus hermanos Él se atiende a su tiempo, y no acompaña a sus hermanos a Jerusalén. Más tarde el también va a Jerusalén, pero no “abiertamente”, es decir, como si su tiempo hubiese llegado, sino en “secreto”.

Los judíos que de distintas partes habían venido a la fiesta se preguntaban: “¿Dónde está Aquel?”

Entre estas gentes había distintas opiniones, unos decían: “es bueno”, y otros decían: “engaña al pueblo” (v. 12). Pero estas opiniones, sobre todo las que estaban de parte de Jesús, no eran expresadas “abiertamente” por miedo a los judíos” (v. 13). Este

miedo nacía de la prohibición expresa de los dirigentes del pueblo, para escuchar a Jesús. Sin embargo a Jesús no le preocupaba tal prohibición, y así, “a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba” (v. 14).

Ante esta enseñanza los judíos del pueblo llano se encontraban perplejos al ver el poder de la Palabra de Jesús y Su sabiduría, y por otra parte la advertencia prohibitiva de los sacerdotes, escribas y fariseos. Por desgracia este dilema todavía permanece hoy en muchas iglesias y sobre todo es evidente en la Iglesia C. Romana. Las doctrinas oficiales se oponen al poder de la Palabra de Jesús y a Su sabiduría.

Pero el Señor Jesús nos enseña un método para conocer, si la doctrina que nos enseñan es de Dios o si esas personas hablan por su propia cuenta y riesgo.

“Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de AQUEL que me envió. El que quiera hacer la VOLUNTAD de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta” (v. 16,17).

La clave de este discernimiento doctrinal se basa **“en querer hacer la Voluntad de Dios”**. Esto era válido para los que escuchaban la Palabra de Dios de labios de Jesús, y también para los que la quieren escuchar hoy.

El gran problema de Israel fue que dejó de escuchar a Dios, y escuchaba a los hombres que decían hablar de parte de Dios. Como hoy hacen tantos hombres y mujeres que escuchan a los que dicen hablar en nombre de Dios. Pero estos hombres y mujeres no tienen comprobante alguno, para saber si esa doctrina es de Dios, a no ser que ellos mismos estén decididos a hacer la voluntad de Dios.

No hay doctrinas de hombres que nos puedan dar a conocer a Dios, sólo Dios nos puede dar a conocer su propia voluntad. Esta voluntad es la manifestación de Su Amor en Su Hijo Jesucristo, por eso Su voluntad para el que cree es vida eterna en Cristo Jesús.

De ahí que no se trate de estar de parte de estos o de parte de los otros, sino de parte de la voluntad de Dios. Y esa persona tendrá el testimonio en sí misma, para discernir cuando habla Dios y cuando charlotea el hombre.

Porque la misma Escritura nos dice: “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo... Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:10,12).

No se trata, pues, de tener una doctrina sino de tener la vida, de tener al Hijo de Dios.

La voluntad de Dios es: “Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna” (Juan 6:40).

Los maestros doctrinales se empeñan ellos mismos en ser testimonio y garantía de su propia doctrina, y todo el que no esté de acuerdo con ellos, dicen que no está en la verdadera doctrina. Pero según las Escrituras no vamos a conceder más fiabilidad a la palabra de estos maestros que hablan por su propia cuenta, que a la Palabra dicha por el mismo Hijo de Dios. Y Éste nos dice que, quien quiera hacer la voluntad de Dios, **conocerá si la doctrina es de Dios**. Y ya sabemos cuál es la voluntad de Dios

para con nosotros: “Que creamos en Su Hijo Jesucristo”. El que acepta a Jesús como su perfecto Salvador, es de Dios; y “el que es de Dios, las palabras de Dios oye” (Juan 8:47). Y conocerá cuando habla Dios y cuando charlotea el hombre.

Jesús ante las murmuraciones de los judíos no se apoya en principios dogmáticos para garantizar su veracidad doctrinal frente a los sacerdotes, escribas y fariseos. Él sólo habla del inmediato conocimiento que tiene, el que cree en Él, para discernir en el Espíritu todo lo que viene de Dios, frente a los que hablan por su propia cuenta, sin que Dios nunca los hubiese enviado. Pues el Señor dice al profeta Jeremías: “A todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande” (Jeremías 1:7).

El hombre desde el punto de vista de sus propios ojos sólo puede juzgar según las apariencias, porque el justo juicio es de Dios; y sólo el que tiene el Espíritu de Cristo puede entender y discernir espiritualmente, “porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10-15).

El Señor Jesús se enfrenta a esa falta de justo juicio de su pueblo. Les pregunta: “¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?” (v. 19).

A tal absurdo puede llegar el hombre en su apreciación sobre la ley, que el mismo es transgresor de esa ley, y al mismo tiempo condene a otro porque le parece que no cumple esa ley.

Este era el caso de Jesús ante los dirigentes de su pueblo, para ellos había quebrantado la ley, que “ninguno de ellos cumplía”. Jesús les hace ver que el cumplimiento de la letra de la ley no aprovecha para nada, porque la letra mata, y “el Espíritu es el que da vida” (Juan 6:63).

La ceguera de estos hombres, defensores de la ley de Dios, era tan grande que no tenían discernimiento. Cuando quebrantaban la ley, pensaban que la cumplían, y cuando alguien como Jesús cumplía con el espíritu de la ley, le acusaban de transgresor, e incluso estaban tan ciertos de su juicio que lo ratificaban con la muerte.

Y la historia se repite en nuestro tiempo, porque en la Iglesia R. Católica los cánones del Concilio de Trento aun están vigentes con sus anatemas contra todos aquellos que no quieren vivir bajo la letra de la ley, **sino bajo la gracia por medio de la fe en Jesucristo**. Y estos cánones, de muchas maneras y formas, ya han infligido dolor, sufrimiento y muerte a muchos de los santificados por la fe de Jesucristo.

El Señor Jesús en su diálogo con las gentes les habla de la circuncisión, que se puede realizar en día de reposo, y nadie por eso se siente culpable ante la ley. La circuncisión era la señal del Pacto y a la vez una medida higiénica para la salud física. Entonces Jesús les pregunta: “¿Os enojáis conmigo porque en día de reposo sané completamente a un hombre?” (v. 23). ¿No es esta también una señal de que el Pacto de Dios sigue vigente con su pueblo, y que Dios no dio la ley a Su pueblo para matarlo, sino para darle vida, como Jesús mismo hizo con el paralítico de Juan 5?

Pero el hombre es un artista sagaz en poner disculpas para hacer siempre su propia voluntad y no seguir el consejo de Dios. Vista la claridad con la que Jesús deja a los judíos al descubierto con sus falsos juicios y su falsa interpretación de la ley; ahora se

interrogan si los gobernantes habrán reconocido que éste es el Cristo. Esta es la maniobra más necia que uno puede hacer ante Cristo, tratar de buscar respuesta en lo que admitan los gobernantes (sacerdotes, escribas y fariseos), y no ir personalmente a Cristo y aceptarle como mi personal Salvador; y tener el valor de responder de mi decisión sin apoyarme en lo que digan los otros.

Para estos judíos su conocimiento natural sobre la procedencia de Jesús y lo que ellos creían conocer de las Escrituras, les vale de excusa para no aceptar a Jesús como el Cristo.

El aunar el propio conocimiento natural, con lo que uno extrae de la Biblia, tiene siempre como finalidad no aceptar a Jesús como el Cristo de las Escrituras, el Hijo de Dios viviente, “porque de Él procede, y Él le envió” (v. 29).

Esta actitud clara de Jesús le enfrenta con los esquemas legales de los principales sacerdotes y fariseos, quienes “enviaron alguaciles para que le prendiesen” (v. 32). Pero el Señor les dice que aún falta un poco de tiempo para que se cumpla su tiempo de dejar este mundo, e ir al que le envió (v. 34). Una serie de interrogantes como: ¿A dónde se irá?, ¿se irá a...?, ¿qué significa esto?, entretienen a estos oyentes en sus propias mentes, sin aceptar al que se le presenta como el Enviado de Dios. Esto hace que Jesús se ponga en pie y alce su voz diciendo:

“Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (v. 37,38).

Este es el testimonio vivo del Dios viviente, sin intermediarios, sin dogmas preconcebidos, sin estructuras eclesiásticas, sin obras específicas de hombre. El hombre sólo tiene que hacer una cosa: “Venga a Mí y beba”, dice Jesús. Porque el manantial de la vida eterna está en Jesús. Y de este manantial sólo se bebe creyendo directa y personalmente en Jesucristo.

“El que cree en Mí - dice Jesús - de su interior correrán ríos de agua viva”. Este es el Espíritu que reciben todos los que creen en Jesús. Pablo a los creyentes de Corintio les dice: ¿No sabéis que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo” (Gálatas 4:6). Jesús hoy también alza la voz, y te dice: Ven a Mí, y bebe; cree en Mí.

No te detengas ante los maestros que hablan por su propia cuenta, ni bebas en sus charcas entoldadas por sus diferencias doctrinales. No te hagas merecedor de las palabras proféticas de Jeremías: “Me dejaron a Mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no retienen el agua” (Jeremías 2:13).

Jesús con Su voz te dice: Ven a Mí y cree en Mí. Entonces conocerás que mi Palabra es verdad, y que el Espíritu mora contigo y está en ti (Juan 14:17).

JESÚS NO CONDENA SALVA AL PECADOR

Juan 8:1-30

“Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida” (v. 12).

Este capítulo nos muestra la sencillez y naturalidad con la que Jesús decía y hacía todas las cosas. En la noche Jesús se va al monte de los Olivos, “como solía” (Lucas 22:39); “de día enseñaba en el templo, y de noche se estaba en el monte que se llamaba de los Olivos” (Lucas 21:37).

Para Jesús era vital pasar las noches en el silencio de la intimidad con el Padre, para luego enseñar a las gentes lo que el mismo Padre le mostraba (v. 28). ¡Qué bueno sería, si aquellos que están puestos para enseñar lo que Dios dice, también ellos pasasen la noche escuchando lo que el Señor mismo les tiene que enseñar a ellos! Porque sino corren el gran riesgo de convertirse en apedreadores de pecadores y pecadoras, que no conocen la Luz.

Los que estaban puestos en Israel por maestros, los escribas y los fariseos, cometieron ese error con una mujer pecadora. Ellos trajeron esa mujer adúltera ante la Luz del mundo, para condenarla a muerte por su pecado. ¡Qué equivocación presentar una pecadora ante su propio Salvador para que la condene! Esta era una gran tentación de aquellos maestros (escribas y fariseos) hacia el único Maestro de la salvación, Jesús. Pero el Señor sabe lo que hay en el corazón de cada hombre; y como quien no quiere darse por aludido, “inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo” (v. 6). Aquí no se nos dice lo que el Señor escribía, pero lo que sí nos dice la Escritura es el significado de escribir el nombre de alguien en el polvo: “Los que se apartan de Mí serán escritos en el polvo, porque dejaron a Yavé, manantial de aguas vivas” (Jeremías 17:13). Estos hombres que tanto celo mostraban para que los otros cumplieren la ley de Dios, ellos mismos, como dicen los profetas y el mismo Hijo de Dios, habían dejado a Yavé manantial de aguas vivas e implantado sus propias tradiciones humanas. Este hecho les llevó a no conocer al autor de la ley, ni a Cristo “imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15).

“El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (v. 7).

La insistencia de esos acusadores de la ley, pero no hacedores, hace que Jesús les quite la máscara de su autojustificación, y queden desnudos ante “la Luz verdadera que alumbra a todo hombre” (Juan 1:9). Viéndose desnudos de toda justicia ante la Luz, se apartan comenzando por los más viejos para ocultar la vergonzosa realidad de su propia vida. La Luz de Cristo les hace ver que su propia justicia, arropada por el follaje de la ley, es tan pecado como el adulterio de la mujer que ellos acusan. “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él (Dios)” (Romanos 3:20). Y como dice el profeta Isaías 64:6: “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”.

Esto es lo que quería el Señor Jesús que reconociesen aquellos hombres, no sólo el pecado en aquella mujer, sino también en ellos mismos. ¡Qué la justicia de ellos ante Dios no era mejor que la justicia de la mujer a la que ellos condenaban! Allí estaba Jesús, la Luz, para manifestar la justicia de Dios “por medio de la fe (en Jesucristo), para todos los que creen en Él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, **siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús**” (Romanos 3:21-24).

La única que alcanza el perdón del Señor es esa mujer, que fue presentada como pecadora y falta de toda justicia. Los que se creían justos, se fueron sin reconocer la Luz que estaba ante sus ojos. Aquella pecadora vio en Jesús su gran salvación; ni una sola piedra cayó sobre ella, no porque no fuera pecadora, sino porque su Salvador estaba con ella. El único que podía pronunciar juicio condenatorio contra ella, le dice: “Ni Yo te condeno” (v. 11). ¿Por qué razón no le condenó? “Porque no envió Dios a Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El” (Juan 3:17). Esta es la misión de Cristo, antes y ahora, “salvar a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Esta mujer en su encuentro personal con Cristo vio que nadie le condenó, porque su Salvador le había perdonado; por eso Jesús dice: “Vete, y no peques más” (v. 11). Ella pudo comprobar que las tinieblas en que había vivido fueron alumbradas por la Luz del perdón, del amor y de la verdad.

Ese, vete y no peques más, es un ejemplo práctico de lo que Jesús quiere decir con: “él que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida” (v. 12). Confirmando esto mismo leemos: “Todo aquel que permanece en El (en Cristo), no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6). Esta mujer le había visto, y había conocido su amor y su perdón, por tanto en ella se harían realidad las palabras de Jesús: No peques más.

Pero, qué paradoja de la vida, todos aquellos que pensaban estar en la Luz, ni conocieron la Luz, ni recibieron la Luz, ya que prefirieron seguir en la luz de sus propias teas. Dios por boca del profeta Isaías habla con claridad de este error de su pueblo, diciendo: “Vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas... en dolor seréis sepultados”. Pero le aconseja: “El que anda en tinieblas y carece de Luz, confíe en el nombre de Yavé, y apóyese en su Dios” (Isaías 50:10-11).

Es un grave error buscar en los hombres, o en los medios que esos hombres nos proporcionan, Luz y salvación. Aunque esos hombres se vistan de deslumbrantes ropas, son simples teas que nada tienen que ver con la “Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre”. Porque la Luz es Cristo, y el único Salvador en el que debemos confiar y apoyarnos.

Jesús advierte a sus oyentes que su testimonio es verdadero, porque es el testimonio de Dios en Él. Los fariseos pretenden menospreciar el testimonio de Jesús con sus propios razonamientos humanos y legales. La ceguera de estos hombres es tal, que intentan demostrar que la misma Luz no es Luz. Esta misma ceguera se da en todos

aquellos que con sus prácticas dicen que Jesús no es el único y perfecto Salvador y la única Luz verdadera; y por eso añaden los méritos de los que ellos llaman santos y vírgenes, las misas por los muertos y por los vivos, las novenas, las penitencias con sus confesiones...etc. Los que hacen tales cosas niegan el testimonio de Dios y de Su Hijo Jesucristo. No admiten a Jesús como su perfecto Salvador, como la única Luz verdadera.

Jesús para todos estos tiene una respuesta:

Si no creéis que Yo soy, en vuestros pecados moriréis” (v. 24).

Cada cual es muy “libre” de seguir su propia opinión, pero al final se impondrá lo que Dios dice. Si no aceptas a Su Hijo, la Luz, toda tu vida andarás en tinieblas, y al final de tus días morirás en tu pecado, sin conocer a Dios en Su Hijo, pues Jesús dice: “Si a Mí me conocieseis, también a mi Padre conoceráis” (v. 19).

Pienso que estas palabras deben tener un valor especial para todas aquellas personas, que se creen religiosas o conocedoras de Dios, incluso de Su Palabra. Pero permíteme preguntarte: ¿Conoces personalmente a Dios en Su Hijo Jesucristo? Si no lo conoces, ¿de qué te vale toda tu religiosidad, todo tu conocimiento de las cosas “sagradas”, toda tu liturgia clerical? Con todo esto estás en tinieblas, andas sin Luz, y morirás en tu pecado. ¿Por qué?: porque no crees que Jesús es la Luz que ilumina tu vida, “para el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).

El Señor Jesús dice con toda contundencia: **“El que Me sigue (el que cree en Mí) no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida”**. ¿Cómo es posible, pues, que muchos anden en las tinieblas de la idolatría, adorando y venerando imágenes, rindiendo culto a los muertos, y se llamen seguidores de Cristo?

¿Es que quieren llamar a las tinieblas, luz, como los fariseos? ¿O pretenden hacer nulo el testimonio de Cristo? El que sigue la Luz, que es Jesús, tendrá en sí mismo la Luz de la vida. Jesús con toda sencillez afirma: “Lo que he oído al Padre, eso hablo al mundo” (v. 26).

“Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que Yo soy” (v. 28).

Él sabía muy bien que esto no era inteligible para los fariseos, pero esperaba el momento de ser levantado como levantó Moisés la serpiente de bronce en el desierto. El Señor manda a Moisés: “Hazte una serpiente (de bronce) y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuese mordido y mirare a ella, vivirá” (Números 21:8). Esta es la solución que el Dios de Israel ofrece a su pueblo para ser sanados de las mordeduras venenosas de las serpientes. El que sea mordido, mirará a ella, y vivirá. Esta sencilla solución para ser librado de la muerte, era la solución que el mismo Dios nos daría a nosotros con Su Hijo en la Cruz. ¿Qué tiene que hacer todo hombre envenenado por la propia maldad de su pecado, que le lleva a la muerte eterna, para poder ser librado de esa muerte, y vivir libre y sin culpa?: Mirar a la cruz de Cristo. Este mirar Jesús lo llama, creer en Él, para tener vida eterna (Juan 3:14-15). Entonces, “conoceréis que Yo soy” (v. 28), dice Jesús. Cuando los israelitas mordidos por las serpientes miraban a la serpiente de bronce, conocían que el poder de Dios actuaba en ellos, tan cierto

como antes actuaba el veneno en sus propios cuerpos. Así también el que cree en Cristo conoce el poder de Su Espíritu, que hace germinar en él sus frutos de paz, amor, bondad; donde antes estaban el odio, el rencor, la inmundicia, la enemistad, la idolatría y un sin fin de obras de muerte, contra las cuales el hombre sólo tiene un antídoto: **La sola fe en el sacrificio de Cristo en la cruz.**

Jesús ante todo esto dice claramente: “Según me enseñó el Padre, así hablo... porque Yo hago siempre lo que le agrada” (v. 29). El Señor Jesús nos transmite lo que el Padre le enseñó para que nosotros le creamos y tengamos vida en Su Nombre.

Pues esta es la voluntad del Padre: **“Que todo aquel que ve (mira) al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna”** (Juan 6:40).

UNA SEÑAL INEQUÍVOCA ES: OÍR LA PALABRA DE DIOS

Juan 8:31-39

“Si vosotros permaneciereis en mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres” (v. 31).

Estas palabras se las dice Jesús a “los judíos que habían creído en Él”. Hoy como entonces, es necesario que los que dicen creer en Cristo, permanezcan también en su Palabra, porque para muchos parece ser, que el ser creyente, no lleva implícito el permanecer en la Palabra de Cristo. Antes bien siguen sus propias doctrinas y normas que jamás los harán libres de su vana manera de vivir.

La Palabra nos lleva a conocer a Cristo, la Verdad, y Él nos hace libres, porque “Él apareció para quitar nuestros pecados” (1 Juan 3:5). Por eso Él dice: “Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres” (v. 36).

Los judíos se sienten ofendidos ante estas palabras de Jesús, y le dicen: “Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie”. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?” (v. 33).

Estos hombres fundamentaban su libertad personal en las raíces de su descendencia, y se creían libres. Esto mismo pasa hoy con tantos y tantos hombres y mujeres que **identifican su salvación con su propia religión**. Cuando alguien en nombre de Cristo les dice: Cree en el Señor Jesús, y serás libre (salvo). Ellos responden, ¿cómo te atreves a decirme tal cosa, no sabes que yo soy hijo de la madre Iglesia Católica, o de tal o cual denominación religiosa?

Con Jesús tenemos que responder: Sé que sois hijos de la Iglesia Católica o de esa otra denominación, pero “la Palabra de Dios no halla cabida en vosotros” (v. 37). Sólo Cristo te puede hacer verdaderamente libre.

Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre” (v. 38).

Así de contundente es Jesús cuando alguien no acepta Su Palabra, porque Él habla de lo que ha visto cerca del Padre. A nadie le está permitido cambiar la veracidad del mensaje de Jesús vivido junto al Padre, por lo que uno puede oír a los hombres religiosos. Jesús hace hincapié en que estos no han visto sino oído. Esto también es válido para los que hacen todo lo que han oído de su padre el Papa o de otros papinas. Pero por desgracia para ellos eso no es lo que Jesús ha visto cerca de Su Padre. Son dos caminos diferentes y dos fuentes diferentes, aunque el clero papal use toda estratagema de razonamientos para hacernos ver que esos dos caminos y esas dos fuentes son lo mismo. Esto mismo querían demostrarle los judíos a Jesús, que decían creer en Él. Pero Jesús deja claro que Él es el único Libertador, el único Camino, y el único que habla lo que ha visto y vivido cerca del Padre, el Hacedor de todas las cosas.

Los judíos para apoyar sus argumentos insistían en que eran hijos de Abraham y tenían por padre a Dios. Pero Jesús les dice: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque Yo de Dios he salido, y he venido” (v. 42). La misma realidad de los

hechos niega a estos hombres, lo que afirman con las palabras. Tal es su confusión que altercan en discusión con el mismo Hijo de Dios, teniéndole por embustero.

¡Qué lejos habían llegado estos hombres, pensando que estaban en la verdad! Pero la verdad tiene un comprobante eficaz en la libertad que posee todo aquel que conoce la Verdad. Y esto no se alcanza con dogmas ni con títulos puestos por los hombres, tales como: la única verdadera, fuera de la iglesia no hay salvación. Lo cierto es que sólo Jesús es la Verdad, y sólo por la fe en Jesucristo hay salvación.

El llamarse hijo de Abraham, y decir que “un padre tenemos que es Dios” (v. 41), no es garantía de conocer la Verdad y de ser libre por la fe en Cristo

Por eso hoy vivimos en un mundo de confusión religiosa, en donde los que no conocen la Verdad, se presentan como los únicos verdaderos, y descalifican a los que viven libres conociendo la Verdad.

Esto mismo le sucedió a Jesús con aquellos judíos que decían haber creído en Él, pero no le aceptaban como su único y perfecto Libertador de sus pecados; antes bien le descalificaban diciéndole: “tienes demonio”. Hasta este absurdo se puede llegar cuando uno no escucha y permanece en la Palabra de Dios. Sin embargo el Señor Jesús sigue siendo el mismo y actuando como Salvador, aunque los que se glorían en su propia justicia le llamen “demonio”. Por eso no debe extrañarnos que hoy suceda lo mismo a los que aceptan a Jesús como su único y perfecto Salvador, calificándolos de sectarios, herejes o malditos por aquellos que dicen ser los únicos verdaderos en virtud de la iglesia a la que pertenecen, y que ellos mismos se dan ese nombre excluyente, aunque ese mismo calificativo excluya también a Cristo.

Jesús tiene una respuesta: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios (v. 47).

Resulta casi incomprensible, llamarle a Dios padre, reconocerse como los únicos verdaderos, ser profundamente religiosos y hacer girar toda su vida en base a la religión, y sin embargo escuchar de los mismos labios de Jesús: “**No sois de Dios**”.

¿Por qué? Porque “el que es de Dios, las palabras de Dios oye”; y todo aquel que “guarda mi Palabra, nunca verá muerte” (v. 51).

Jesús pone como señal inequívoca de ser de Dios y nunca ver muerte, **el oír la Palabra de Dios y guardarla**”. Cuando alguien no escucha la Palabra de Dios ni la guarda está diciendo que no es de Dios ni de la resurrección gloriosa de los hijos de Dios.

Para aquellos hombres, que escuchaban a Jesús, sus palabras resultaban escandalosas. Y eran un síntoma - según su propia opinión - de que tenía demonio. En sus mentes no entraba que Abraham muriese, y también los profetas, y que Jesús diga: “El que guarda mi Palabra nunca verá muerte” (v. 52).

Esta gran promesa que el Padre nos revela en su Hijo, “es para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo sabiduría de Dios, y poder de Dios” (1 Corintios 1:23-24).

¿El mundo llamado cristiano con sus grandes Iglesias, no ha cambiado la sabiduría y el poder de Dios en Cristo, por la sabiduría y el poder de los hombres religiosos?

¿No han cambiado la Palabra de Dios, que tiene promesa de vida eterna, por las doctrinas religiosas de hombres religiosos que no guardan la Palabra de Dios?

“Mi Padre es el que Me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas Yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero Yo le conozco, y guardo Su Palabra” (v. 54-55).

Jesús deja en evidencia a estos hombres que se identifican con Jesús en su Dios y en el conocimiento de Dios. Pero Jesús les sitúa entre los mentirosos, porque dicen conocer a Dios, y no le conocen.

Jesús dice: **“Yo le conozco, y guardo Su Palabra”**. Esta es la clave para desenmascarar a tanto mentiroso, que dice conocer a Dios, pero que no guarda **Su Palabra**, antes bien la cambian por sus propios pensamientos.

El mismo Hijo de Dios guardaba la Palabra del Padre; igual que todo el que acepta a Dios y a Jesús como su Salvador también guarda Su Palabra sin añadir ni quitar.

Todo este pasaje de la Escritura tiene hoy una vigencia especial, por la gran confusión de doctrinas y opiniones que se vierten entorno a las Sagradas Escrituras. Todos dicen tener el mismo Dios y el mismo Cristo, pero sin embargo no se ve la vida de Cristo en ellos. Mas bien son mutiladores de la Palabra y hacedores de su propia obra, pero no se ve la obra de Dios en ellos.

Parece como si hoy el cristianismo hubiese dejado de ser obra de Cristo, y se lanzaran a una carrera final todos esos imitadores de la Verdad, pero sin conocer la Verdad; todos hablan del Padre y del Hijo, pero ni conocen al Padre ni al Hijo, y tampoco al Espíritu bajo cuya impronta dicen hablar.

El apóstol Juan en su primera carta al comienzo del capítulo cuatro nos advierte: **“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”**.

El mismo Jesús se encontró con hombres, que decían creer en Él con ese camuflaje en el lenguaje y en la conducta hacia Dios, sin ser de Dios. Sólo los que permanecen en Su Palabra, conocerán la Verdad, y serán hechos libres.

YO HE SIDO CIEGO Y AHORA VEO

Juan 9:1-41

“Entre tanto que estoy en el mundo Luz soy del mundo” (v. 5).

Este capítulo nos narra la curación de un ciego de nacimiento. Los discípulos de Jesús conociendo la manera de pensar de los maestros fariseos, le preguntan a Jesús: “Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?” (v. 2). La lógica religiosa o la lógica humana casi nunca concuerdan con los planes de Dios en su creación. Parece ilógico que un ciego de nacimiento, sentado y pidiendo limosna en las puertas, estuviese puesto para que las obras de Dios se manifestasen en él. Pues esta es la respuesta de Jesús a sus discípulos: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él” (v. 3).

Para interpretar nuestra propia vida con todas sus circunstancias es preciso caminar bajo la Luz. Porque, si no, la realidad de nuestra propia vida nos puede resultar tan absurda como untar con barro los ojos de un ciego.

¡Cuántas veces nos quedamos en la parte negativa de los hechos, y no buscamos la parte positiva de la vida!

“Ve a Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista”

Qué absurdo parece untar con barro los ojos para ver; tan absurdo como decir: “El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).

Pero este hombre ciego de nacimiento obedeció a Jesús. Fue y se lavó como el Señor le había dicho, y regresó viendo. Este hombre no conocía a Jesús, pero Jesús se acerca a él para darle la vista; y el ciego obedece a Jesús sin reparar lo más mínimo en el modo o la forma de actuar de Jesús. Podíamos decir que este hombre obedeció ciega-mente, y por eso regresó viendo claramente. En este hecho evangélico se refleja también, como el Señor Jesús se acerca a cada hombre para que reciba la luz de la vida. Si el hombre le obedece y cree, sus ojos también son abiertos: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

“¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta” (v. 17).

Desde los versos 13 al 34 este hombre se tiene que enfrentar a las opiniones de los maestros de su pueblo, que no concuerdan con el hecho de gozo que se había obrado en su vida. No debemos olvidar que para los fariseos este hombre había nacido en pecado; jamás había podido leer ni una sola palabra de las Escrituras; y para colmo había mendigado toda su vida. Este hombre ante la doctrina y la preparación de los fariseos no tenía nada que hacer. Y además ellos tenían dicho que, “si alguno confesaba que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga” (v. 22).

Los calificativos que los fariseos dan a Jesús son: “Este hombre no procede de Dios” (v. 16), “ese hombre es pecador” (v. 24), “no sabemos de donde sea” (v. 29).

Cuando el hombre hace de la Palabra de Dios una doctrina sobre la que decide y manda, pronto se va a encontrar enfrentado al mismo Dios a quien dice honrar. Tales

hombres se llaman maestros de la Palabra, pero no son hacedores de la Palabra.

Este hombre, que había sido ciego, no tenía recursos doctrinales para defenderse ante los maestros fariseos. Pero tenía un único recurso vital: lo que Jesús había hecho en su vida, sacándolo de las tinieblas a la luz. Esta realidad existencial de su propia vida no la puede anular toda la doctrina de los fariseos, ni las opiniones negativas vertidas sobre la persona de Jesús. La obra de Dios manifestada en el que había sido ciego, está por encima de toda doctrina e interpretación de los preceptos de la Escritura.

Los fariseos para negar esta obra de Dios se apoyan en la misma interpretación que ellos hacen del día de reposo, calificando a Jesús de: “Hombre que no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo” (v. 16). Y cuando su argumentación en contra de Jesús choca con la evidencia de la obra realizada en el ciego de nacimiento, van en busca de los padres de este hombre con la duda de que él no había sido ciego. Pero los padres no confirman sus dudas, antes por el contrario certifican: “Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego..., cómo vea ahora...o quién le haya abierto los ojos, edad tiene, preguntadle a él” (v. 20-21).

Los padres de este hombre sabían muy bien lo que se había operado en su hijo, pero también conocían la advertencia de los dirigentes de su pueblo: “Si alguno confesare que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga” (v. 22).

Esta siempre ha sido la actitud de los que se quedan con la letra de las Escrituras, y no siguen el ritmo de la vida que marca el Espíritu de Dios, haciendo realidad en cada persona, que cree, las promesas de vida que Dios manifestó en Su Palabra.

Este hombre ante la insistencia de los fariseos para convencerle de que el tal Jesús no era, sino un pecador, él respondió: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (v. 25). “Yo he sido ciego, y ahora veo; este es el argumento más contundente ante la especulación doctrinal de los fariseos. Ellos hablaban de la doctrina, este hombre hablaba de su propia vida, que Jesús había cambiado las tinieblas en luz. Aferrado a la luz que había recibido reconoce que Jesús viene de Dios, y dice: “Si Éste (Jesús) no viniese de Dios, nada podría hacer” (v. 33). Los fariseos quedan al descubierto, y se dan cuenta de que ese hombre sin conocimientos les está enseñando, lo que ellos no pueden reconocer con toda su doctrina, pero su orgullosa razón los lleva a decir. “Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron” (v. 34).

Esta ha sido y es la excusa, de los que se dicen maestros de la doctrina, para expulsar o excomulgar a los que ellos tildan de herejes, cismáticos, ignorantes, alucinados etc. etc...; pero no se dan cuenta de que tales “herejes”, al igual que el ciego sanado por Jesús, hablan de lo que Jesús ha hecho en sus propias vidas, que los sacó de la potestad de las tinieblas a su reino de luz admirable por la fe que es en Él.

El colmo de la ceguera de esos doctores religiosos y de sus seguidores llega al máximo, cuando en un mismo grupo meten a los que Dios ha justificado y santificado por la fe en Su Hijo, con aquellos que ni admiten a Jesús como Hijo de Dios, siendo uno con el Padre; o con aquellos que ni admiten el Evangelio de Jesucristo. Esta actitud de excomunión indiscriminada la practican preferentemente los sacerdotes y obispos de la Iglesia Católica, demostrando así su nulo conocimiento o su total ceguera para discernir **la realidad espiritual y evangélica en las personas en que Cristo está**

obrando hoy en el mundo. ¿Cómo, si no, llamarían protestantes o evangélicos, con el denominador común de sectas, a todos aquellos que no pertenecen a su Romana Iglesia? Hay grupos religiosos que no tienen nada que ver con los evangélicos ni con el Evangelio de Jesucristo, pero el clero romano, como los fariseos, tiene mucho interés en identificarlos como tales, porque eso repercute en el bien de Roma. Esta fue también la actitud de los fariseos, meter a Jesús, el Santo de Dios, entre el grupo de los pecadores, para quedar ellos a salvo con su propia doctrina y ceguera. Y así, pensando que veían, expulsaron de entre ellos a aquella persona, en quien se habían manifestado las obras de Dios. Pero según la mentalidad de los fariseos ese ciego de nacimiento, pecador y mendigo, no era la persona idónea para manifestarse la obra de Dios; y como no entraba en sus esquemas doctrinales, le expulsaron.

La mentalidad farisaica y los esquemas doctrinales han sido las dos piedras de molino del poder religioso, que ha triturado a través de los siglos a los verdaderos creyentes. La pauta de mejor molino la lleva la Iglesia Católica Romana y el mejor molinero el papado.

¿Crees tú en el Hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, para que crea en Él?, le dijo Jesús: El que habla contigo, Él es. Y él dijo: Creo, Señor, y le adoré” (v. 35-37).

El Señor Jesús va de nuevo al encuentro de este hombre, una vez que ha sido expulsado por los fariseos. No era un momento fácil para este hombre, pero él en ningún momento dejó de decir lo que Jesús había hecho en él. Las amenazas y las opiniones contrarias a la realidad, que él había vivido y visto desde su primer encuentro con Jesús, nunca le acobardaron para dejar de proclamar lo que se había obrado en su vida. Pero ahora abiertos sus ojos se encontraba solo e incomprendido. **Sólo Jesús se acerca a él para llevarle a ese encuentro personal en la fe.** No bastaba que le viese con sus propios ojos. Era necesario que creyese para que le fuesen también abiertos los ojos del alma, como le habían sido abiertos los ojos de su cuerpo. La Palabra nos muestra que él creyó, y también vio que Jesús era el Hijo de Dios, por eso le adoró.

Esta es también una gran lección para nosotros, los que hemos visto en nuestras propias vidas las obras de Dios por medio de la fe en Su Hijo Jesucristo. Nuestro principal argumento contra la sabiduría religiosa de los hombres será siempre esa obra de perdón y de amor de Dios que el mismo ha realizado en nosotros por la sola fe. Y confesaremos siempre que Su Palabra es verdad, porque ese testimonio de vida se ha hecho realidad en nosotros por medio de la fe en Jesús. “El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo”(1 Juan 5:10). El que ve tiene en sí mismo el testimonio de la luz. Aquel que dice que ve y necesita de un montón de guías externos, está ciego. ¿No es esta la situación del Papado con tanta ley y norma para guiar a sus fieles? Jamás la opinión ni las amenazas de los ciegos religiosos nos apartarán del testimonio de la luz de la vida que es Cristo Jesús en nosotros.

Jesús dice: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).

Este ciego se encontró con Jesús y no anduvo más en tinieblas; creyó en Jesús y tuvo la luz de la vida, y le adoró. ¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Cómo? Ve y lava tus pecados en la sangre de Cristo, creyendo en Él, y regresarás viendo.

LA PUERTA NO ES tu “yo” sino YO SOY = YAVE

Juan 10

“El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador” (v. 1).

Cuando el Señor Jesús habló de esta manera a algunos de los fariseos que estaban con Él, “ellos no entendieron qué era lo que les decía” (v. 6).

Esto mismo puede sucederle a todos aquellos, que sabedores de la Palabra, la quieren entender bajo el prisma de su lógica personal, al margen del Espíritu de Cristo.

En esa posición mental uno se sitúa dentro de los calificativos con los cuales el mismo Cristo designa a ladrones y salteadores del redil. El ladrón roba para, quizás, hacer su propio rebaño o su propio negocio. Algo parecido se puede decir del salteador. Los dos tienen como finalidad su provecho personal a costa del rebaño. Su éxito personal, el crecimiento de su propia organización, la admiración y devoción que le tributan sus propios seguidores, son los motivos por los que se mueve el sabedor de la Palabra, pero que no tiene el Espíritu inspirador y hacedor de la Palabra. Jesús les llama ladrones y salteadores.

La Palabra de Dios nos lleva a Cristo, la PUERTA de las ovejas.

Cuando con la información recibida de las Escrituras nos dedicamos a escalar por los muros y ventanas de nuestra propia mente, entramos por la puerta de nuestro propio “yo”, egoísta y pecador”. Ese “yo” de su propio rebaño, y el que quiera ser de ese rebaño tiene que pasar por ese egoísta y pecador “yo”. Esto ha producido una multitud de rebaños del “yo”, tan diferentes y caprichosos como cada “yo” egoísta y pecador.

Pero gracias al Dios Eterno que nos ha dado una PUERTA que no es el “yo” mezquino y caprichoso, sino el **YO SOY**, es decir, **Yavé**. Con este nombre se reveló el Dios de Abraham a Moisés (Éxodo 3:14), y así se presentó Cristo:

“Yo soy la puerta de las ovejas (v. 8); yo soy el buen pastor” (v. 11).

Esto concuerda con lo dicho por el profeta Ezequiel: “Así ha dicho Yavé el Señor: He aquí, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré; yo apacentaré mis ovejas, y les daré aprisco, dice Yavé el Señor” (Ezequiel 34:11,15). Jesús mismo nos explica cómo Él mismo ha venido a buscar sus ovejas, para apacentarlas y darles aprisco. Por eso Él nos dice: “Yo soy la puerta”, la puerta de la salvación, y sólo el que pase a través de esa puerta, que es Cristo, será salvo; y para cruzar por esa puerta no puedes utilizar ningún otro medio, sino sólo la fe. Así comprenderás que los mismos apóstoles repitan una y otra vez: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 11:14; 16:31).

Pero no olvidemos que Jesús dice: “El que por Mí entrare” (v. 9).

No se trata, pues, de entrar por medio de una doctrina más o menos bíblica, ni por medio de unas personas que sus oficios, dicen sacarlos de la Biblia (como los sacerdotes u otras denominaciones que sin llamarse sacerdotes hacen lo mismo), ni por ninguna otra criatura terrenal o celestial.

El Señor Jesús nos dice: “El que por Mí entrare”. **Este es un encuentro personal por medio de la fe**, sin intermediarios. Si quieres ser salvo tienes que pasar por el único camino nuevo y vivo para ir al Padre, el cual es Jesucristo. No hay otro camino, aunque te lo diga el Papa, el primer protagonista de la iglesia del “yo”, o te lo diga el líder religioso que sea.

Cristo no busca “sabihondos” de Su Palabra, sino personas que se acerquen a Él en plena certidumbre de fe, para que le conozcan personalmente en espíritu y verdad. Lo único para lo que nos han valido los sistemas doctrinales de los unos y de los otros, es para dividir nuestras mentes y enfrentar nuestros cuerpos en amargas luchas, que nos han privado de ese encuentro personal con Cristo. Mientras eso sea así, cada cual está entrando por la puerta de su “yo”, que se yergue flameante sobre la cima de todo sistema doctrinal.

Estos sistemas doctrinales son los pastos que preparan esos escaladores del raciocinio religioso para henchir de fanatismo las mentes de sus seguidores. El fanatismo es la antítesis del amor, por lo cual el fanático no se encuentra entre aquellos que han entrado por la puerta, que es Cristo, pues Su distintivo es el amor en fidelidad a la Palabra de Dios.

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (v. 10). Cristo no vino para henchir nuestras mentes con doctrinas morales, culturales o litúrgicas, sino para que **“tengamos vida”**.

El hombre de hoy está lleno de doctrinas diversas, pero totalmente falto de vida en espíritu y en verdad, fundada en el amor. Por eso el mensaje del Evangelio de Jesús tiene plena vigencia para el hombre de hoy, por mucho que digan algunos que está agotado; mas bien parece que la fe de muchos se ha agotado, al desechar el mensaje de vida como algo trasnochado. Es un grave riesgo confundir las doctrinas religiosas con el mensaje de vida de Jesús, y desecharlo como si fuese una doctrina nacida de la especulación racional. Estas doctrinas son fruto del hurto, y sólo sirven para matar y destruir. Jesús lo tipifica en la figura del ladrón de las ovejas, al decir: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir” (v. 10). ¿Y qué han hecho las doctrinas que hurtaron la Palabra de Dios, adaptándola a sus propios pensamientos, sino matar y destruir a todo aquel que las acepta, e incluso llevan esa muerte y destrucción a muchos que no las aceptan?

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (v. 11).

Cristo lo que dice lo confirma con su propia vida, y Él ha puesto su vida en propiciación por nuestros pecados, y es el “gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno” (Hebreos 13:20). El apóstol Juan en su primera carta 3:16 dice: “En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros”. Jesús es el gran pastor, no en razón de una doctrina, sino “por la sangre del pacto eterno”. “Pues se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14), “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:7). Jesús no vino para darnos una doctrina, sino la vida eterna a todo aquel que cree en Él. Esta es la gran diferencia entre los falsos pastores, que tienen como puerta su propio “yo” y su doctrina, y Cristo el autor de la vida (Hechos 3:15). Los falsos pastores sólo dan doctrinas más o menos afina-

das con las cuerdas de la moral y la ética, pero que sólo sirven para matar y destruir. Cristo Jesús es el Autor de la Vida, “todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Su Palabra es espíritu y es vida, y como simiente incorruptible hace nacer de nuevo a todo aquel que es de la fe de Jesucristo. Este es el gran “misterio que había estado oculto desde los siglos y edades” (Colosenses 1:26), que “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo”, Jesucristo (1 Juan 5:11).

**“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas”
(v. 14-15).**

Tan real y verdadero como es el mutuo conocimiento entre el Padre y el Hijo, así también es el conocimiento entre Jesús y los suyos. Pero este conocimiento no es algo doctrinal, sino vivencial, nacido de la convivencia en Espíritu por medio de la fe.

Las ovejas llegan a conocer al pastor por el trato diario al conducir las a pastar y retornarlas al redil; aprenden también a discernir su voz y sus matices; aprenden a confiar en él y a fiarse de él.

Jesús, como el buen Pastor, hace suya esa comparación. Por boca del profeta Ezequiel el Señor confirma lo mismo diciendo: “y vosotros, ovejas mías, ovejas de mi pasto, hombres sois, y yo vuestro Dios, dice Yavé el Señor” (Ezequiel 34:31). Jesús dice que sus ovejas oyen su voz anunciada en Su Palabra. Así afirma con rotundidad: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye” (Juan 8:47). En cierto momento le dice abiertamente a los judíos que le rodeaban: “Vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas” (v. 26). Sólo aquellos que creen en Jesús son ovejas de su rebaño, están atentos a Su voz, Su Palabra, y siguen con decisión Su voz y encuentran en Cristo esos pastos de vida en amor. Son partícipes de la vida eterna que sólo Jesús les da; y jamás perecerán (v. 28), ni nadie las puede arrebatar de su mano.

Así podemos cantar con el Salmo 23: “El Señor es mi Pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar”.

LEVÁNTATE DEPRISA Y VEN A JESÚS

Juan 11

“Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (v. 4).

La enfermedad es algo que el hombre por instinto repudia, y a veces los llamados creyentes, olvidándose de toda la revelación de Dios, también ven en la enfermedad la antesala de la muerte. Pero Jesús nos muestra que, cuando el Hijo de Dios es glorificado, la enfermedad no es para muerte; y esto es algo que todos los creyentes tenemos que tener muy claro, para no **vivir en la antesala de la muerte, sino glorificando al Señor en nuestros cuerpos**, estemos sanos o enfermos.

Marta y María, las hermanas del enfermo Lázaro que nos narra este capítulo, también habían acudido al Señor Jesús en busca de la sanidad de su hermano. La amistad que les unía a Jesús les daba la garantía de que serían atendidas en su ruego, ya que muchos otros, sin esa amistad, habían sido sanados de sus enfermedades más diversas. Nosotros también, como Marta y María, podemos buscar en nuestra oración ante el Señor, el ser simplemente librados de nuestra enfermedad, pero quizás olvidemos lo más importante, qué el Hijo de Dios sea glorificado en esa enfermedad.

“Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis” (v. 14-15).

El Señor Jesús cuando recibió el mensaje de la enfermedad de Lázaro no fue rápidamente, sino que se retrasó aún dos días. El Señor conoce todas las cosas, y en todas busca nuestro bien. Aunque tarde en responder a nuestra oración, sin embargo hemos de tener por cierto que el siempre nos oye.

Jesús les dice a sus discípulos que tienen que regresar a Judea a la aldea de Betania, que distaba unos tres kilómetros de Jerusalén, ya que “nuestro amigo Lázaro duerme” (v. 11).

Jesús sabe perfectamente cuál es la situación de su amigo, y no se olvida de la petición de las hermanas de Lázaro.

Pero, sin embargo, se alegra por sus discípulos de no haber estado allí, pues así podrán ver la gloria de Dios manifestada en Su Hijo. Podíamos decir que Jesús con su actitud cultiva cuidadosamente la fe de sus discípulos. La finalidad de su actitud es para que “crean”. Esto vale también para Marta y María, sometidas a un profundo dolor por la muerte de su hermano, que el Señor Jesús podía haber evitado. No fue así, y el dolor y el llanto maduran más la fe, la amistad y la gratitud hacia su gran amigo Jesús. Ellas sabían ciertamente que si Jesús hubiese estado allí su hermano no hubiera muerto, y así se lo dicen a Jesús: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (v. 21, 32). Las dos hermanas estaban plenamente convencidas de lo que el Señor podía haber hecho a su hermano enfermo, pero desconocían lo que podía hacer estando su hermano muerto.

“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté

muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (v. 25, 26).

No hay resurrección ni vida fuera de Cristo, ya que el mismo es la resurrección y la vida. No se trata, pues, de una teoría, sino de una **PERSONA** que es resurrección y vida para todo aquel que cree en Él. Esta revelación personal de Jesús ha de ser siempre una fuente inagotable de gozo y alegría para el creyente, porque su vida y resurrección es Jesús mismo.

A veces nos conformamos en confesar como Marta que Jesús es el Hijo de Dios, que ha venido al mundo, pero podemos olvidar que Él es nuestra propia vida y nuestra resurrección; y esto no es una doctrina que hay que aprender, sino una Persona a la que hay que conocer en el día a día de tu propia existencia con todas las circunstancias sociales fáciles o difíciles. En esa realidad vivencial el creyente descubre que las palabras de Jesús son “espíritu y son vida”; y reconoce que su propia vida no se agota en los límites de su cuerpo, porque su vida es Cristo, y por eso es también eterna en Cristo; no está condicionada a la temporalidad de un cuerpo, sino a la **VIDA** misma que es Cristo, el Hijo de Dios.

“¿Crees esto?” (v. 26). Esta fue la pregunta que Jesús hizo a Marta, y te la hace a ti hoy. La respuesta de Marta fue: **“Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”** (v. 27). En este diálogo Marta admite haber creído, pero Jesús le pregunta por el presente: **“¿Crees?”**.

A veces basta una simple enfermedad o algún contratiempo en nuestro modo de vida, para exclamar derrumbados: ¿Señor, dónde estás? ¡Esto no me sucedería, si estuvieses aquí conmigo!

Olvidamos, entonces, que el nos dice: “No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 12:5). “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerza; siempre te ayudaré...” (Isaías 41:10).

Esta actitud incrédula nos incapacita para ver la gloria de Dios, pues Jesús le dice a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (v. 40). Marta ante el cuerpo de su hermano muerto de cuatro días, ya no tenía más recursos para esperar algo de Jesús, a pesar de haber confesado que creía en Él.

Uno mismo puede tener esa misma actitud que Marta, confesando una fe para ciertos supuestos, pero no una fe plena en Cristo, llena de todas las posibilidades, porque “al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23). La carencia de esa fe plena produce una ceguera que incapacita para ver la gloria de Dios en todos los momentos trascendentes e intrascendentes de la propia vida.

El libro de Proverbios dice: “Los hombres malos no entienden el juicio; mas los que buscan al Señor entienden todas las cosas” (Proverbios 28:5).

“El Maestro está aquí y te llama. Ella (María), cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a Él” (v. 28, 29).

Marta anuncia a su hermana María que el Señor Jesús la llamaba. María, al oír esto, no se hace la más mínima pregunta o preparación para el encuentro. Su tiempo estaba, ya hacía mucho, a los pies de Jesús, por eso “se levantó de prisa y vino a Jesús”. Esta actitud de María ha de ser siempre la de todo creyente en cualquier circunstancia que se encuentre: **Levántate de prisa y ven a Jesús**. Expón ante Él tu queja, la preocupación por tu enfermedad o el dolor por alguien a quien amas. Jesús es la resu-

rección y la vida para ti. El mismo te dice: “Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y YO os haré descansar” (Mateo 11:28).

Muchas veces preferimos vivir en la angustia de nuestra propia mente, cargados con nuestras dolencias y tribulaciones, que ir a Jesús para que Él Mismo nos haga descansar. No seas torpe, haz como María, **levántate deprisa y ven a Jesús**, y tendrás descanso para tu alma, sea cual sea tu propia realidad.

“Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (v. 40).

Para Marta la realidad de la muerte de su hermano era algo definitivo. Por eso se sorprende de la actitud de Jesús, cuando manda quitar la piedra que tapaba el sepulcro de su difunto hermano. Ella tenía una buena razón para no consentir en tal actitud, su hermano llevaba cuatro días muerto.

Pero Jesús no le pedía sus razonamientos en los que ocultaba su incredulidad, sino que creyese: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. Marta jamás se hubiese imaginado que Jesús clamaría con gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! (v. 43). Y allí estaba de nuevo su hermano Lázaro, para testimonio de que Jesús es la resurrección y la vida como Él le había revelado. La fe de Marta, como la de los discípulos, recibió con esta obra del Padre en Su Hijo una fuerte solidificación en la persona de Jesús. Los que estaban presentes, y creyeron en Jesús, vieron la gloria del Padre en la actuación del Hijo. Los que no creyeron en Jesús, sólo vieron en la resurrección de Lázaro un motivo de gran preocupación y de destrucción: “Vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación” (v. 48).

El pueblo de Israel veía a los romanos como una amenaza destructora de su lugar santo y de su nación. Pero se equivocaban en el veredicto, pues la causa de su pérdida fue la incredulidad, con la que sólo podían ver el instrumento destructor romano y no veían la gloria de Dios, que se manifestaba en Su Hijo Jesucristo. Hoy también el elemento romano disfrazado de brazo papal pretende imponer su poder idolátrico al pueblo santo de Dios, quienes por medio de la fe en Jesús alcanzaron perdón de pecados y herencia entre los santificados.

EL QUE AMA SU VIDA SU TUMBA ES LA SOLEDAD

Juan 12

“Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume” (v. 3).

De nuevo vemos a Jesús en casa de sus amigos de Betania, acompañado del resucitado Lázaro. Marta, como siempre, sirviendo la cena que le habían preparado; y María, también como siempre, buscando la cercanía del Señor y derramando su alma en agradecimiento a Jesús por haberle permitido ver la gloria de Dios en la resurrección de su hermano Lázaro.

Para ella este hecho no tiene precio, por eso tomó aquel perfume de nardo puro y de gran precio, y ungió los pies de Jesús; y no encontró otro paño mejor para secar aquellos pies perfumados del Maestro, que sus propios cabellos.

El amor que veía en Jesús era tan nítido como el perfume de nardo puro, por eso no duda en empapar sus propios cabellos en aquel nardo como lo estaba su corazón de ese amor de Dios que había visto revelado en Jesús, Hijo de Dios.

La sencillez de Jesús y la valentía de María para mostrarse sin complejos, tal como es, ante Jesús y los demás es lo que más resalta en esta situación. Aunque algunos de los presentes se sintieran hipócritamente escandalizados, por aquel despilfarro de dinero. Judas fue uno de los que tasó el perfume en trescientos denarios. También sabemos que tasó a su propio Maestro en treinta monedas de plata; así entenderemos mejor por qué se escandalizó tanto del derroche que hacía María sobre los pies de Jesús. Para María aquel perfume no tenía valor alguno sin Jesús; para Judas era lo contrario, pero dicho así era demasiado duro, por eso pone la excusa de los pobres. ¡Cuántas malas intenciones ocultan las buenas intenciones a favor de los pobres!

No olvidemos que Jesús en la parábola de los obreros de la viña, dice del padre de familia: “Habiendo convenido en un denario al día los envió a su viña” (Mateo 20:2).

Uno de esos obreros tendría que trabajar un año para comprar ese perfume. Para María todo su tiempo, todo su dinero, estaba a los pies de Jesús como un delicado perfume que había recibido del Señor, para honra y gloria de su Dios y Salvador.

“Quisiéramos ver a Jesús” (v. 21).

Este deseo lo manifestaban unos griegos que habían venido a Jerusalén para la pascua. Por una parte, Jesús se encuentra entre las gentes sencillas que buscan verle por la resurrección de Lázaro; mientras los principales sacerdotes acordaron dar muerte al mismo Lázaro (v. 10), porque era un testimonio viviente, y muchos de los judíos creían en Jesús. El júbilo de éstos se manifestó en una gran aclamación con ramas de palmera mientras Jesús se acercaba a Jerusalén montado en un asnillo (v. 14). Esto hizo exclamar a los fariseos: “Mirad, el mundo se va tras Él” (v. 19).

“De cierto de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (v. 24).

Esta fue la respuesta que Jesús dio a aquellos griegos que querían verle. Jesús no se para en las curiosidades, ni buscaba las aclamaciones fáciles, ni a gentes que le siguieran por pura curiosidad religiosa. Pues su propia muerte no es una curiosidad para hacer religión, sino la causa de la salvación de todo hombre que acepte en plena certidumbre de fe esa muerte como reconciliadora ante Dios por todos sus pecados y culpas.

Jesús con la comparación de la siembra del grano de trigo, que todos sus interlocutores conocen, les muestra la necesidad de su propia muerte. El grano de trigo que muere bajo tierra, nace de él una nueva planta que termina siendo una espiga llena de múltiples granos; pero si ese grano queda en los graneros jamás llevará fruto.

Jesús les habla de una realidad transformadora e indiscutible, que es el grano de trigo en tierra transformado en espiga. Este hecho real, conocido y aprobado por todos sus oyentes, lo hace coincidir con el hecho de su propia muerte. Enterrar los granos en tierra parece algo sin sentido, pero cuando llega la siega y se ve el fruto, sobra toda explicación. Así el Señor nos quiere hacer entender lo que a nuestra propia naturaleza le resulta repugnante. Por eso Jesús, sabiendo que muchos se sentirían atemorizados con tal decisión, les dice: “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (v. 25).

El que ama su vida, se queda él solo como el grano de trigo, que no cae en tierra y muere. Su tiempo lo consume la estéril soledad. El grano enterrado parece que ya no tiene vida, y es el único que puede llevar fruto; sin embargo el grano que permanece a la vista de todos, podríamos decir amando su propia vida, llegará un día que perecerá y su lugar no se hallará más.

Pero el Señor Jesús nos quiere enseñar algo más profundo con este símil del grano de trigo, de cuya realidad, puesto en tierra, no dudamos. Así tampoco quiere que dudemos del poder de su obra redentora en nosotros que pasa por su propia muerte, y nuestra propia muerte en la carne, para que en nosotros se den los frutos del Espíritu.

La simiente que es sembrada en nosotros es la Palabra de Dios, y sólo germinará, si por la fe nos negamos a nosotros mismos, para decir con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gálatas 2:20).

El que ama su vida es como el grano de trigo en el granero, su propia esterilidad para hacer algo bueno, lo llevará a perder su propia vida; pero aquel que se niega a sí mismo, es como el grano de trigo que cae en tierra y muere para germinar a una nueva vida, que en el creyente es vida eterna y no perecerá jamás.

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora” (v. 27).

Jesús siempre se muestra, tal como se siente, con toda naturalidad, pero sabiendo que por encima de todo está el hacer la voluntad del Padre. Aun estando dispuesto a hacer la voluntad del Padre, su alma estaba turbada. El profeta Isaías refiriéndose a Cristo dice: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado... verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:10-11).

Pero esa aflicción la tuvo que sentir en su propia alma, porque estaba cerca la hora de entregar su vida en expiación por el pecado. Él veía la necesidad de su muerte como

el grano de trigo que si muere lleva mucho fruto. Para Él ese fruto de la aflicción de su alma somos todos los que reconocemos el perdón de nuestros pecados en su sangre, y por la fe guardamos el testimonio del Padre, que nos ha dado vida eterna en Su Hijo. Jesús ante esta situación se pregunta: ¿Qué diré? Sólo una cosa: ¡Padre, glorifica tu nombre!

“Entre tanto que tenéis la Luz, creed en la Luz, para que seáis hijos de la Luz” (v. 36).

Ante las respuestas que Jesús da a sus oyentes, estos se muestran dubitativos: ¿Quién le ha hablado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? (v. 34).

Jesús no da explicación alguna a estas cuestiones, sólo les pide: “Creed en la Luz”. Esta era y es la solución, y la respuesta a sus interrogantes. La Luz de la salvación dada por Dios a los hombres la tenían entre ellos, pero “los hombres amaron más las tinieblas que la Luz” (Juan 3:19). Por eso Dios, “cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón” (Isaías 6:10). Este es el gran signo de estos tiempos: La ceguera de las mentes y el endurecimiento de los corazones. Pero la Luz de la salvación sigue estando entre ellos, aunque son muy pocos los que CREEN en la LUZ, que es Cristo.

Jesús dice: “El que anda en tinieblas, no sabe a dónde va” (v. 35). Esto lo estamos viendo, más que nunca hoy, en muchas leyes sociales, en hábitos y costumbres de los ciudadanos, que han oído de la luz de la salvación, pero no son hijos de la luz, porque no creen en la Luz.

“Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en Mí no permanezca en tinieblas” (v. 46).

En estos tiempos cada hombre corre a buscar luz y calor en aquellos que se levantan como luminarias de este mundo. Esto sucede, tanto en el orden social político como entre las religiones. Las palabras del profeta Isaías tienen plena actualidad: “He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas; andad a la luz de vuestro fuego, y de las teas que encendisteis; en dolor seréis sepultados” (Isaías 50:11). Muchos grupos bajo el nombre de cristianos, sin tener nada que ver con Cristo, están encendiendo sus fuegos y teas para apartar a los hombres de la Luz de Cristo.

Otros se sienten fascinados por determinadas formas de religión oriental, y esto se da en países que han tenido una cultura llamada “humanismo cristiano”. Sobre esto, cabe preguntarse: ¿En qué luz andan estos países “cristianos”, para que confundan las tinieblas con la luz? ¿No será en la de sus propias teas encendidas por hombres religiosos, mensajeros de sus propias fantasías? Ante todos se levanta la voz de Jesús que nos pide que creamos en Él, para no andar en tinieblas, porque Él es la Luz del mundo. Pero los hombres se inclinan por la luz de sus propias teas, y no aceptan la Luz de Dios que resplandece en Su Hijo Jesucristo.

El que cree en Jesús verá por sí mismo, que Jesús es la Luz que alumbra a todo hombre.

Como invitación a todo aquel, que quiera gustar de esta Luz, nada mejor que las palabras del profeta: “El que anda en tinieblas y carece de luz, confié en el Nombre de Yavé, y apóyese en su Dios” (Isaías 50:10).

EL AMOR NO SE HUMILLA CUANDO AMA SINO QUE AMA SIRVIENDO

Juan 13

“Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a los otros “ (v. 13-14).

Lo primero que hemos de quitar de nuestra mente, cuando nos acercamos con sencillez a la Palabra de Dios, es una imagen de Jesús que nos ha transmitido la sociedad religiosa en la que hemos sido formados.

Claro está, para ello tienes que aceptar a Jesús como tu Maestro y Señor. Pero la imagen que nosotros podamos tener de este Maestro y Señor es totalmente distinta, de la que Él Mismo en la práctica de la vida nos muestra. ¿Qué Señor hasta el día de hoy lavó jamás los pies a sus siervos? Sólo uno, el Maestro y Señor de señores, Jesús el Hijo de Dios.

¿Por qué lo hizo? ¿Para dar una lección de humildad a sus discípulos? No, sino para mostrarles su amor; porque **el amor no se humilla cuando ama, sino que ama sirviendo**. Esto sólo lo puede hacer el que tiene amor, y “el amor es de Dios” (1 Juan 4:7). Y quién mejor que el Hijo de Dios nos podía mostrar esta hermosa realidad.

Pero casi siempre lo que Dios nos muestra choca con la incapacidad del hombre natural, para percibir las cosas bellas que Dios nos muestra. Esa fue la actitud de Pedro ante su Maestro Jesús, al ver a Éste doblegado ante sus pies para lavárselos como a todos sus compañeros. Pedro en ese momento no tuvo la capacidad para poder mirar en la belleza inmensa del amor de su Señor. Se quedó simplemente contemplando la imagen que él mismo se había forjado de los señores; sólo vio el servir, pero no vio el amor. Por eso su actitud fue contundente, ya que le parecía indigno de su Señor que le quisiese lavar los pies.

Así dice: “No me lavarás los pies jamás” (v. 8). De poco valieron las palabras de Jesús diciéndole: “ahora no lo comprendes; mas lo entenderás después” (v. 7). Pedro valoraba más sus sensaciones anímicas que la explicación dada por su Maestro Jesús. Pensando hacer más a Jesús, le hace de menos al negarse a aceptar que Él le lave los pies, porque no lo comprendía; y ni la promesa de que lo entendería después le hace cambiar de decisión.

La falsa modestia, la falsa piedad, la falsa honra hacia Dios nos sitúa siempre en contra del verdadero amor de Dios.

Sólo Jesús podía abrir los ojos de ese Pedro reacio a participar en el amor de su Señor, por la falsa modestia de su propia mente.

“Jesús le respondió: si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (v. 8).

Hay gente que siempre ha tenido a Jesús como Señor, al cual han pretendido servir con su propia vida; y para ello han hecho los mayores sacrificios y penitencias por sus propios pecados, han podido emprender una vida de austeridad, incluso de soledad; pero nunca se han dejado lavar sus propios pecados con la sangre del Señor Jesús.

Si no te dejas lavar por Jesús, no tendrás parte con Él. Ya que la Escritura dice: Jesucristo, “que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con Su sangre” (Apocalipsis 1:5). Cuando Pedro ve el riesgo que corre, de no tener parte con Jesús, no duda en admitir: “Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza” (v. 9). Pedro con su propia opinión y deseo siempre se quedaba corto o se pasaba. Por eso que razón tiene la Escritura cuando dice: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmos 46:10).

Lo que tenían que hacer los discípulos de Jesús, era gustar y ver el gran amor que Jesús les mostraba. Y al mismo tiempo aprender a compartir la vida desde el amor. Su mismo Señor y Maestro se lo hacía ver con el ejemplo, sin que por ello dejase de ser su Señor y Maestro. Les estaba mostrando que **el más grande honor era el amor**. Esto rompe todas las estructuras mentales del hombre, que se asienta sobre cuidados esquemas mentales forjadores de la más refinada esclavitud del hombre por el hombre.

La lección del Maestro y Señor Jesús escandaliza tanto a los señores como a los esclavos de toda sociedad.

Lo triste es, ver como los llamados sus discípulos no llevan a la práctica este ejemplo del Maestro, cuando dice: “vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros” (v. 14).

Y a eso estamos llamados, porque de lo contrario estamos demostrando, que a pesar de aceptar el nombre de discípulos de Cristo, sin embargo no tenemos parte con Él. Ya que nadie puede llamarse discípulo de Jesús, y no tener parte en Su amor, para compartirlo con los otros.

Ahora yo me pregunto: ¿Qué tienen que ver con Cristo todos aquellos que, hasta hace unos días, obligaban a los otros fieles a que besaran sus manos e incluso los pies al Papa, como señal de sumisión y devoción? ¿Cuánta fantasía religiosa han inventado los hombres para parecerse a Cristo! Pero toda esa fantasía sólo sirve para alejar a los hombres del Maestro y Señor Jesucristo. Pues están dando gloria a los hombres y no a Dios; porque se sirven de los hombres, pero no aman a esos hombres. Se creen representantes de Cristo, pero sólo venden sus farisaicas fantasías, ocultando con ellas la verdadera salvación que es por medio de la fe en Jesucristo. Dios envió a Su Hijo al mundo, “para que vivamos por Él” (1 Juan 4:9), no para que unos pocos sean sus representantes.

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos a los otros”(v. 35).

No cabe duda que las iglesias siempre han elaborado cuidadosas doctrinas, para que los otros conociesen que sus miembros eran discípulos de Cristo. Y sin embargo esas mismas doctrinas tenían como finalidad, en la mayoría de los casos, excluir a otros de ese discipulado. Recordemos, entre otros, los cánones del concilio de Trento en contra de la Reforma. Estos cánones no hablan para nada del amor, sino que maldicen a todo aquel que no los acepte, e incluso fueron la causa de que muchos verdaderos cristianos perdiesen su vida en las hogueras o en las cárceles. Jesús no abrió sus labios

para maldecir, ni incluso a Judas, sino que le lavó los pies y mojó el pan en su plato y se lo dio. Lo único que podía ver Judas en su Maestro era que le amaba, a pesar de todo.

La Iglesia de Jesucristo no se distingue porque ella diga que es: una, santa, católica y apostólica, sino porque sus miembros tienen amor los unos con los otros, permaneciendo así en la Palabra de Dios.

La única característica que nos identifica con Jesús y con Dios, el Padre, es el amor: “porque Dios es Amor” (1 Juan 4:8).

No nos engañemos; las personas que no aman, tampoco reconocen en su corazón a Jesús como su Maestro y Señor, ni a Dios como su Dios.

Jamás un perfecto sistema teológico les dará conocimiento alguno del amor que Jesús mostró a sus discípulos lavándoles los pies. Quizás el cristianismo sería otro, si hubiese menos teólogos que enseñen sus sistemas, y más discípulos de Jesucristo dispuestos a lavar los pies de sus hermanos.

Nos ha tocado vivir unos tiempos, en los que tienen plena actualidad las palabras proféticas de Jesús: “Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:11-12).

Puede ser que muchas veces unos y otros hemos tomado de la Palabra de Dios aquello que más se identifica con nuestras propias ideas, pero tal vez hayamos dejado de lado, aquello en que la Palabra de Dios nos identifica con Cristo, que es el amor.

Así nos hemos empeñado en trazar nuestras propias y específicas líneas de identificación eclesial; ya sea en los sacramentos, o en la organización de iglesia, o en las medidas disciplinarias y de culto. Todo esto nos puede identificar como un ente religioso específico, pero nunca como verdaderos discípulos de Jesucristo. Pues Jesús nos dice: **“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos a los otros”**.

EL CAMINO ES UNA PERSONA NO UNA DOCTRINA

Juan 14:1-14

Jesús le dijo: yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí (v. 6).

Jesús nos ha revelado esta realidad sublime, cuando trataba de animar a sus discípulos ante la cercanía de su regreso al Padre; una vez consumado Su sacrificio en la cruz.

Ante este acontecimiento los discípulos se encuentran en profunda turbación. Por eso Él los anima adelantándose a los acontecimientos, con estas palabras: “No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en Mí” (v. 1).

La fe en Jesús como en el Padre es la medicina que cura toda turbación. Esto es lo que el Maestro de la sanidad recomienda a sus enfermizos discípulos. Y para animarlos aún más a tomar esa medicina de la fe, les dice: En la casa de mi Padre muchas moradas hay,... voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (v. 2).

Jesús quiere transmitir a sus discípulos ese ánimo de esperanza viva, más allá de estas tribulaciones diarias y de los afanes de este mundo. Va a la casa del Padre para “preparar lugar para vosotros”. Sus discípulos no podían imaginar algo así, pero Jesús les está hablando de su gran compromiso con ellos, hasta situarlos en la misma casa del Padre con Él. Una y otra vez oiremos a los discípulos de Jesús decir: “Las tribulaciones presentes no son nada en comparación de los bienes venideros”. Esto lo decían cuando ya habían recibido el Espíritu Santo. Pero cuando Jesús les anunciaba la entrada a la casa del Padre, ellos estaban turbados y perplejos, se sentían profundamente sorprendidos. Así comprenderemos mejor la pregunta de Tomás: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” (v. 5).

Jesús les estaba diciendo que iba a la casa del Padre, y Él Mismo prepararía el camino y el lugar para que ellos pudieran llegar y disfrutar en las moradas del Padre.

Jesús sembraba la semilla de Su Palabra en sus discípulos, sabiendo que el Espíritu la haría germinar en sus corazones, aunque ahora estuviesen endurecidos. Por eso Él responde las preguntas de sus discípulos, afirmando que Él Mismo es el Camino para llegar a la casa del Padre. Jesús estaba abriendo personalmente ese CAMINO para nosotros mediante su sacrificio en la cruz y su resurrección.

Por eso en otro lugar las Escrituras dicen: “Teniendo libertad para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de Su carne” (Hebreos 10:19-20).

Jesús no hace camino entre sus discípulos con una doctrina o con una sociología ético-moral, sino que Él mismo, en persona, es ese **CAMINO**, en el cual el discípulo entra por la fe, y no por un aprendizaje o por su conducta moral.

Esto sería así si se tratase de aceptar una doctrina, pero aquí se trata de aceptar en plena certidumbre de fe a una **PERSONA**, Jesús el Hijo de Dios. Esto es lo que distingue a los discípulos de Jesús de toda religión. Los seguidores de una religión tienen que aprender esa doctrina y tratar de adecuar su conducta a esas normas.

Los que aceptamos a Jesús como nuestro Salvador, Él es también nuestra verdad y nuestra vida. La verdad no es en este caso una doctrina, es el mismo Jesús; y la vida no consiste en adecuar nuestra conducta a esa doctrina, ya que esa vida es Jesús. Por eso el dice: “El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47). Y el testimonio de Dios, el Padre es: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:12).

Esto es algo que muchos a través de los tiempos nunca han asimilado, por eso trataron de hacer de la revelación de Dios una doctrina como camino y verdad. Sin embargo la Palabra de Dios nos muestra a Jesús como el camino, la verdad y la vida.

Es, pues, un encuentro personal con Jesús por medio de la fe, no un seguimiento de una doctrina.

Su Palabra no es una doctrina, sino la expresión más cercana de Su presencia, que el creyente encuentra en la fe.

NADIE viene al PADRE, sino por MI

Jesús es el testigo fiel y verdadero, y nos dice con absoluta claridad que, si no es por medio de Él, NADIE puede acercarse al PADRE. Aquí no se trata de discutir las doctrinas de esos hombres, que nos dicen que hay otros nombres, ya sean de mujer o de hombre, que nos pueden acercar a Dios. Allá ellos y sus doctrinas, pero el Hijo de Dios, Jesús, nos dice: “Nadie viene al Padre, sino por Mí”.

Jesús le dice a sus discípulos: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (v. 7). Después de tres años de convivir con Jesús, sus discípulos no le conocen. Esto se constata en la persona de Felipe, cuando Jesús le pregunta: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” (v. 9). ¿Por qué razón Felipe no le había conocido? El mismo Jesús nos da la respuesta con una pregunta: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en Mí?” (v. 10). Felipe sólo había visto a Jesús, no había utilizado más que sus ojos, por eso no había visto al Padre que siempre obraba en Jesús.

Hoy también son muchos los que están de acuerdo con el “Jesús” de la historia que narran los Evangelios, como punto de referencia o actitud moral, pero no creen que Él Mismo sea el camino para el encuentro con el Padre.

Jesús dice: “El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (v. 9). Otros piensan que por sí mismos o por medio de otros pueden llegar a Dios. A todos estos Jesús les responde: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27).

Parece como si muchos, hoy, pretendiesen buscar nuevos métodos para encontrar ese conocimiento que pertenece a la intimidad de Dios, y que el mismo Padre ha tenido a bien revelárnoslo por medio de Su Hijo mediante la fe.

Aquellos que sustituyen la fe por sus propios métodos para conocer a Dios, también ponen como divisa sus propias buenas obras. Así contradicen a Jesús, que nunca se ha reconocido autor de sus buenas obras, “sino que el Padre que mora en Mí, Él hace las obras” (v. 10).

Lo mismo sucede a aquellos que por medio de la fe conocen a Jesús; jamás dirán que son hacedores de buenas obras, antes bien reconocerán siempre que Jesús, quien mora

en ellos, hace las obras. Comprueban día a día que Jesús es el único camino que da a su existencia vida eterna, y que es la verdad que les hace libres para hacer la voluntad del Padre y no la de la carne.

“El que en Mí cree, las obras que yo hago, él las hará también” (v. 12).

Muchos piensan que la fe es una capacidad en sí misma para hacer.

Pero Pablo nos muestra la auténtica finalidad de la fe cuando dice: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:17). Esto concuerda con lo que Jesús pide a sus discípulos. La fe no nos hace autómatas para obrar el bien, sino morada del Autor de todo lo bueno. Para el apóstol Pablo estar en la fe, significa que Jesucristo está en vosotros. Así dice: “Examinaos a vosotros mismos si **estáis en la fe**. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que **Jesucristo está en vosotros?**” (2 Corintios 13:5).

Este es Jesús a quien el Padre le “ha dado potestad sobre toda carne, para que le dé vida eterna a todos los que le diste” (Juan 17:2). Sólo Jesús tiene esa potestad, que se da en aquellos en los cuales Jesús mora por la fe; y también tienen vida eterna, porque tienen a Jesús.

La fe que no encuentra personalmente a Jesús en el Corazón, no es la fe que nos piden las Escrituras; ni las obras, cuyo autor no es Jesús en nosotros, son para gloria del Padre.

Sepamos comprender, pues, desde esa comunión en espíritu mediante la fe, lo que Jesús nos promete con toda firmeza: “y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (v. 13).

No olvides nunca que el Hijo tiene como meta de su obrar la gloria del Padre y la voluntad del Padre. Si intentas cambiar en tu oración esa meta te encontrarás orando en tu nombre, y tendrás como resultado el vacío de tu vanidad.

Jesús te dice: “Yo lo haré”, si tú crees en Él como el único camino para ir al Padre.

SI NO TIENES EL ESPÍRITU NO ERES DE CRISTO

Juan 14:16-31

“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y está en vosotros” (v. 16-17).

El Señor Jesús, una vez confirmada su partida a la casa del Padre, quiere animar a sus discípulos con el anuncio de la llegada del Espíritu de verdad. Hasta ahora Jesús mismo había sido la gran esperanza consoladora de sus discípulos. Por eso Él les habla de que el Padre “os dará otro consolador”.

En griego está escrito: “Paracletos”, que podemos traducir por abogado, intercesor, defensor, consolador, llamado en auxilio. Todas estas acepciones encierra la palabra “Paracletos”. Este otro consolador no es ni más ni menos que el Espíritu Santo. Hasta este momento los discípulos habían convivido y estado con el Señor Jesús, a partir de ahora perderían su presencia física y no podrían utilizar más sus ojos para verle caminar, hablar, exhortar y hacer muchos milagros. El tiempo de caminar con Jesús por vista concluía, esperando el día en que ellos mismos también sean transformados semejantes al cuerpo de la gloria de Cristo (Filipenses 3:20-21).

Se acercaba el tiempo de “andar por fe”, como dice Pablo: “Por fe andamos no por vista” (2 Corintios 5:7).

Aquí es donde tiene su función consoladora, auxiliadora, defensora y exhortadora el Espíritu Santo. Lo que los discípulos habían visto con los ojos de la carne, sin apenas entender nada, el Espíritu que “morará con ellos y estará en ellos”, les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que Jesús les había dicho.

Si real y cierta fue para los discípulos la presencia física de Jesús al decir: “Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos” (1 Juan 1:1); no menos real y cierta es la presencia del Espíritu, que mora y está en todo aquel que acepta a Jesús como su único y perfecto Salvador. Como dice la Escritura: “A fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu Santo” (Gálatas 3:14), “el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador” (Tito 3:6) “¿No sabéis, pues, que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16).

Los discípulos gozaron de la presencia física de Jesús entre ellos, como luego de la presencia espiritual del Espíritu que moraba y estaba en ellos por la fe.

Los discípulos fueron testigos privilegiados de convivir con Jesús en los días de Su carne, pero el Espíritu de verdad no estaba más en los discípulos que en los que hoy somos de la fe de Jesucristo, ya que la Escritura dice: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús... Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo” (Gálatas 3:26; 4:6).

Jesús promete a los suyos que el Consolador estará con ellos para siempre, y le conocerán porque mora en ellos y estará en ellos.

Por eso la vida del creyente es totalmente falsa, cuando no está habitada por el Espíritu de verdad. Es un sin sentido decirse creyente y no conocer al Espíritu. Pablo también preguntaba a los Corintios: “¿No sabéis...que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

Tan contundente es el apóstol en la certeza de la presencia del Espíritu, en el que es de la fe de Jesucristo, que concluye: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él” (Romanos 8:9). Esta contundencia demuestra la certeza de la promesa, que hizo Jesús a sus discípulos, comprobada en el vivir de cada día, no según la carne, sino según el Espíritu.

Muchos se sentirán sorprendidos por la realidad de tal promesa, y no atinarán a ser portadores de esa promesa, porque no andan por fe, sino por vista. Así no pueden recibir al Espíritu de verdad, lo mismo que le sucede al mundo, porque no le ve, ni le conoce. No le ve porque anda por vista en los deseos de los ojos; y no le conoce porque vive conforme a la carne.

“Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque Yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros” (v. 19-20).

Cuando los llamados cristianos, no vivimos en espíritu, estamos negando que Cristo vive; ya que Jesús dice: “porque Yo vivo, vosotros también viviréis”. De ahí que lo específico del creyente en Cristo no sean normas o doctrinas, sino la propia vida de Cristo en ellos. Esto lo verá todo el que cree en el Hijo de Dios viviente. Por eso dice a sus discípulos: “vosotros me veréis”.

Quizás alguno se haga la misma pregunta que Felipe: “ver a Jesús, eso me bastaría”. Y la respuesta de Jesús también es la misma para ti: ¿No crees que Yo estoy en ti y tú en Mí?

Pablo hace esta misma pregunta a los Corintios: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros?” (2 Corintios 13:5).

Jesús había dicho a sus discípulos: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece y Yo en él. Como me envié mi Padre viviente y Yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por Mí” (Juan 6:56-57).

Esta presencia de Jesús es algo esencial en el creyente que vive por fe. Y jamás lo debemos cambiar por unas cuantas normas o leyes religiosas, ya que en ese caso estaríamos muertos bajo la ley, y no viviríamos por el Espíritu. La mayor parte de los llamados cristianos viven sin conocer esa manifestación de Jesús en su propia vida. Ya que Jesús dice: “Me manifestaré a él” (v. 21). ¿Y quién es ese él?: Todo el que guarda Su Palabra, diciendo en plena certidumbre de fe: hágase en mí según tú Palabra. Este es el que tiene el amor de Dios en su corazón, pues “el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Juan 9).

Además del día a día en que Cristo se manifiesta en nuestra vida como resucitado, hay otro día señalado por el Padre en el que el Hijo del Hombre vendrá en las nubes con gran poder y gloria... y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extre-

mo de la tierra hasta el extremo del cielo” (Marcos 13:26-27).

Mientras ese día llega, tenemos la vivencia diaria de la presencia de Jesús en nosotros por Su Espíritu, porque “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. Pero si Cristo está en vosotros...” (Romanos 8:9-10).

Jesús hace saber a sus discípulos que el amor hacia Él y la permanencia en Él están asentados sobre la base de guardar Su Palabra. Por eso no es cierto un amor y una permanencia en Jesús sin una total fidelidad a la Palabra de Dios. Esto lo confirma Jesús con las siguientes palabras: **“El que me ama, mi Palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él”** (v. 23).

Si pretendemos comprender esta inmensa revelación de Jesús con nuestra mente natural, es algo imposible, porque “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Solo el Espíritu, como Maestro de la verdad, nos hace saber lo que Dios nos ha concedido, y no hablamos con palabras de sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu (1 Corintios 2:13). En esto se cumple la promesa del Señor Jesús: “El Espíritu os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho” (v. 26).

“La paz os dejo, mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (v. 27).

Ese saludo común entre los ciudadanos de su pueblo, los discípulos lo conocían y lo practicaban, pero eso no cambiaba en nada sus propias vidas. Sin embargo la paz que Jesús da, cambia radicalmente la vida de las personas.

Jesús nos da esa paz a través de su sacrificio en la cruz, reconciliándonos con Dios. Por eso “Él es nuestra paz” (Efesios 2:14). Así se dio cumplimiento a lo dicho por el profeta Isaías: “El castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Esta paz es totalmente diferente a la que da el mundo, ya que con la paz del mundo el hombre va de mal en peor, enredado en sus estériles formulismos. Pero la paz de Cristo nace de la misma justicia de Dios, por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él.

Así también podemos decir con Pablo: **“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”** (Romanos 5:1).

Jesús nos da la paz, y está rubricada con Su propia sangre, para que todo aquel que es de la fe de Jesucristo, jamás tenga miedo: ¡porque nada ni nadie podrá romper esa paz con Dios firmada en la cruz del Gólgota!

En esta seguridad podemos aceptar con firmeza lo que el Maestro nos dice: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (v. 27).

El mismo Espíritu nos convence de todo esto, y nos garantiza con su presencia que la Palabra de Dios se cumple en nosotros, si de verdad permanecemos en la fe de nuestro Señor Jesucristo.

Jesús demostró que amaba al Padre, haciendo todo lo que le mandó (v. 31).

Demostremos nosotros también que amamos a Jesús, haciendo lo que el nos manda, esto es: **¡PERMANECER EN SU PALABRA!**

JUAN 15:1-17

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer”
(v. 5).

El Señor en este clima de fiesta y despedida - no olvidemos que todo este diálogo tiene lugar durante la cena de la Pascua (Juan 13) - da a conocer a sus discípulos algo tan importante, como la absoluta necesidad de permanecer unidos a Él. Para hacerse lo más comprensible, toma como referencia la vid, cuyo vino habían degustado durante la cena.

Jesús les dice: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador” (v.1). El Señor en el Antiguo Testamento usa este símil para referirse a su pueblo Israel (Salmos 80:8; Isaías 5:1-7; Jeremías 2:21), que le dio uvas silvestres.

Pero ahora, al final de los tiempos, el Dios y Padre nos ha injertado a los gentiles en la “vid Verdadera” que es Su Hijo Jesucristo, por medio de la fe. No hay otra “vid verdadera” que pueda dar los frutos agradables al Padre, ni hay otro labrador que conozca los cuidados adecuados de esa vid y sus sarmientos que el Padre mismo.

Jesús hace una seria advertencia a sus discípulos: “Todo pámpano que en Mí no lleve fruto lo quitará” (v. 2). Esta es la labor del labrador, cuando ve en la vid sarmientos que no llevan fruto, los desgaja de la vid para que no estorben a los otros sarmientos que sí llevan fruto. Pero incluso estos sarmientos que llevan fruto son limpiados para que el fruto sea más abundante y mejor. El Señor Jesús dice a sus discípulos que Su Palabra es el instrumento para limpiar diariamente los sarmientos que están unidos a esa vid y llevan fruto.

Jesús acercándose más a la propia realidad de sus discípulos, les hace ver que Él mismo es la vid y ellos los sarmientos; a los sarmientos les es absolutamente indispensable permanecer unidos a la vid, si quieren tener vida y frutos. Ya que el sarmiento no puede llevar fruto alguno por sí mismo separado de la vid. Pero el hombre religioso, por lo general, se cree capaz de llevar fruto por sí mismo, sin estar unido por la fe a esa única “vid verdadera”, que es Cristo. Estos frutos del hombre religioso los podíamos calificar con el lenguaje del Antiguo Testamento como uvas silvestres, tienen apariencia de buenas, pero no tienen el sabor dulce del amor de Dios maduras bajo el sol radiante de la justicia de Cristo.

Sin embargo el creyente sabe por su propia vida, que todo el fruto que se da en él proviene de esa “vid verdadera”, que es Cristo; y por Cristo y en Cristo se dan en él los frutos del Espíritu: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23).

Nadie puede llevar estos frutos por sí mismo si no es Cristo en él; sería tan absurdo como si el sarmiento quisiera producir uvas sin estar unido a la vid.

Jesús dice: **“Separados de Mí nada podéis hacer”**. Y sin embargo, es como si el hombre siempre se empeñara en hacerlo todo separado de Cristo. La palabra que usa el griego es “dinamai”, que además de significar “poder”, también significa: ser capaz, tener fuerza, capacidad, facultad. Por tanto, sin Cristo el hombre no es capaz, ni tiene fuerza ni capacidad para llevar fruto por sí mismo. Lo que el hombre puede

hacer por sí mismo son obras de la carne: “adulterio, fornicación, inmundicia, idolatría, hechicerías, enemistades, iras, contiendas, disensiones, homicidios, borracheras etc.” (Gálatas 5:19s). No olvidemos que la Palabra de Dios nos dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden... y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8). Una vez más la Palabra de Dios me muestra la total incapacidad de la carne para sujetarse a la ley de Dios o para agradar a Dios. ¡Cuántos años lo he intentado hasta llegar al sacerdocio! Y sé que aun hay muchísimos que lo siguen intentando. Es un trabajo inútil, tan inútil como pretender que un sarmiento dé uvas por sí mismo sin estar unido a la vid. Cuando la solución más sencilla es injertar ese sarmiento en la vid y esperar que lleve fruto. Lo mismo me ha sucedido a mí, y te puede suceder a ti, por la fe he sido injertado en la “vid verdadera” que es Cristo, y se dieron sus frutos que antes siempre había añorado, incluso en el sacerdocio, y nunca había podido conseguir. Desde mi propia experiencia reconozco con humildad y gozo que separado de Cristo nada pude hacer, ni puedo hacer.

Jesús no quiere que sus discípulos caigan en la autosuficiencia religiosa, por eso dice claramente: “El que en Mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (v. 6). Es escalofriante el riesgo que lleva consigo el no permanecer en Cristo. Lo mismo que el sarmiento estéril es cercenado de la vid, y una vez seco lo recogen para ser quemado, así le sucederá a todo aquel que no permanece unido a Cristo por medio de una fe sincera.

Varias veces se ha referido el Señor Jesús a todos aquellos que no le aceptan como su único y perfecto Salvador. En la parábola de la cizaña, Mateo 13:41, dice: “Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego”.

Uno de los tropiezos más sutiles que se le pueden poner al hombre es enseñarle a confiar en sus propias obras y que trate de llegar a una llamada “perfección cristiana” por sí mismo. “El pámpano no puede llevar fruto por sí mismo - dice Jesús - sin permanecer en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en Mí” (v. 4). Querer sustituir esta permanencia en Cristo por el aprendizaje de una doctrina y unos ritos llamados sacramentos, que el individuo recibe como medios por sí mismos para su autoperfección, es atar sarmientos para el fuego.

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (v. 8).

El resultado de esta permanencia en Cristo son los frutos que se dan en el creyente, y a la vez es el medio más eficaz, para que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro, sea glorificado, confirmándose a sí por los frutos que somos discípulos de Cristo. De poco valen las liturgias con sus ceremonias pomposas y llenas de palabras, si los frutos de la “vid verdadera”, Cristo, no se dan en esos oficiantes y en los que participan de sus ceremonias.

A Dios no le hace falta que el hombre se recluya en un lugar “sagrado” y se sumerja en una nube de incienso y cánticos para ver lo que hay en su corazón; y si está unido a la “vid verdadera”, Su Santo Hijo, o se está ocultando entre el ramaje religioso de

su propio corazón. Ya que así ni es discípulo de Cristo, ni da gloria al Padre, sino que se da gloria a sí mismo y al grupo religioso que le etiqueta.

Es necesario examinarnos a nosotros mismos si estamos en la fe; porque a veces pasamos por alto advertencias del Señor como esta: **“Qué os améis unos a otros, como Yo os he amado” (v. 12)**. ¿Podemos llamarnos discípulos de Cristo, y no amarnos como Él nos ha amado? Sólo Él lo puede hacer en nosotros. Esa es la respuesta de Cristo: “El que permanece en Mí y Yo en Él este lleva mucho fruto; separados de Mí nada podéis hacer”. Todo esto se lo dice el Señor a sus discípulos en un clima de intimidad, como el Amigo a los amigos comunicándole todas las cosas que hace y lo que ha oído.

El Señor dice: “Os he llamado amigos, porque todas las cosas que he oído de mi Padre, os las he dado a conocer” (v. 15). ¿Qué excusa pondrás para no aceptar lo que Jesús te dice, si lo oyó del Padre? Este es un motivo más para permanecer con toda firmeza en la Palabra de Dios que nos habló por Su Hijo. Y además Él te dice: “Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (v. 7). Es necesario permanecer en Su Palabra sin añadir o quitar, ni mucho menos cambiarla por una tradición acomodada a las costumbres de los pueblos. La misma Palabra de Dios nos dice: “Las costumbres de los pueblos son vanidad” (Jeremías 10:3).

“No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en Mi nombre, Él os lo dé” (v. 16).

Esto que el Señor dice es algo que no se debe olvidar en ningún momento, para no poner en riesgo una elección, que no has hecho tú, sino que el Señor te ha elegido **Él a ti, no tú a Él**. Muchas personas hacen más énfasis en su determinación por Cristo, que en el hecho de gracia de que Cristo los haya elegido. Si somos conscientes de esta elección por gracia del Señor, también seremos más prudentes en permanecer fieles en Él, pues fue Él quien nos ha elegido.

¡Cuántas palabras y conceptos religiosos tienes que desechar cuando penetra en tu propia mente la luz de la Palabra de Dios!

Pero no seas cobarde, empuña con firmeza, sin los guantes de la religiosidad, “la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios” (Efesios 6:17).

Si te tiembla la mano, pide al Padre en el nombre de Jesús, que te fortalezca y confirme en Su Hijo.

Tal vez siempre has querido hacer o has hecho muchas cosas por Dios, pero a lo mejor nunca has hecho esto que Él te dice: “Está(d) quieto(s), y conoce(d) que Yo soy Dios” (Salmos 46:10).

REFLEXIÓN en Tres Puntos:

1. *Pensamos que es misión de cualquier iglesia cristiana testificar con su actitud que separada de Cristo no puede ni quiere hacer NADA. No es correcto, pues, que una iglesia cambie ese sin Mí nada podéis hacer de Cristo, por unos medios llamados sacramentos, de los que se hace depender a los fieles para merecer la vida eterna.
Esto es tan absurdo como separar al sarmiento de la “verdadera vid”, y querer que lleve fruto.*
2. *Es misión primordial de los miembros de cualquier iglesia cristiana amarse unos a otros, como Cristo nos ha amado. Si ese amor no está en nosotros, nuestra vida es una negación de que Cristo nos ha amado como el Padre le ha amado a Él. Por muy duro que nos parezca, cuando los cristianos no se aman, están negando al Dios de quien tanto hablan, pero no conocen, porque “Dios es amor”.*
3. *Hay iglesias que por su actitud parece que ellas mismas eligen a sus propios miembros, pasando por alto que es Cristo quien elige.
Esto se refleja después en los dogmas y doctrinas que imponen a esos miembros, y también en la forma de querer dar gloria a Dios, por sus propias obras.
Tampoco les basta el nombre de Jesús para pedir al Padre todo lo que necesitan. Añaden también los nombres de sus “santos” y “vírgenes”.*

TU NOMBRE SUENA A ANATEMA DENTRO DE LA GRAN SINAGOGA

Juan 15:18 A 16:4

“Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo... viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a Mí” (16:1-2).

El Señor Jesús nos advierte con toda crudeza sobre la realidad adversa, que nos puede envolver dentro de esta sociedad en la que Dios nos permite que vivamos.

Jesús no quiere que nos sintamos defraudados, al vernos odiados por el mundo y perseguidos por la Gran Sinagoga o por otras formas de religión, que el hombre inventó para aquietar su “ego” perplejo ante lo desconocido.

“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes os he elegido del mundo, por eso el mundo os aborrece” (v. 19).

Jesús nos ha elegido del mundo para que llevemos mucho fruto (v. 16). Este fruto no proviene del hombre sino del Espíritu que Dios da a todo aquel que es de la fe de Jesucristo. Y el Espíritu con sus frutos de amor, paz, bondad, testimonia en el creyente que las obras del mundo (que se dan en todo hombre que no tiene la fe de Jesucristo), son malas, por eso el mundo aborrece al creyente como aborreció a Jesús. Así lo dice Jesús: “A Mí me aborrece, porque Yo testifico de él, que sus obras son malas” (Juan 7:7).

Y lo que a primera vista podía ser para el creyente causa de tristeza y amargura, Jesús le llama: “Bienaventurados cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos” (Lucas 6:22-23).

Cuando recibes el vituperio, el aborrecimiento y que tu nombre suena como un anatema dentro de la Gran Sinagoga, se te hace tensa en el rostro la manifestación de esa alegría y gozo en el Espíritu, al ver cumplidas en tu presente las palabras proféticas del Maestro. Y percibes como un bálsamo en lo más profundo del alma, las palabras del apóstol que lloró amargamente por no poder soportar el vituperio: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pedro 4:14).

Lo que para nuestra propia naturaleza sería motivo de llorar amargamente, el Señor nos dice que es motivo de gozo y alegría, y garantía de que el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre nosotros.

“Si a Mí me han perseguido - dice Jesús - también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi Palabra también guardarán la vuestra”(v. 20).

Es imposible en este mundo que, quien acepta a Cristo como su único y perfecto Salvador, no sea perseguido como Cristo Mismo fue perseguido. Si esto no lo tenemos claro, puede sucedernos como a la semilla que fue sembrada entre pedregales;

quienes al oír la Palabra, la reciben con gozo, pero al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan (Mateo 13:21).

Por eso Jesús también dice: “Bienaventurado el que no halle tropiezo en Mí” (Mateo 11:6).

Este es el argumento fundamental de todo este pasaje que nos presenta el Señor en Juan. Jesús nos advierte de los obstáculos que podemos encontrar en esta vida de fe en Él, para que jamás decaiga nuestra fe.

El apóstol Pedro nos exhorta en el mismo sentido diciendo: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo” (1 Pedro 4:12-13).

Lo que para el hombre natural será siempre un motivo de amargura, para el nuevo hombre en Cristo es gozo y alegría. En todo esto tiene un papel fundamental, el Consolador, el Espíritu de Verdad. En medio de todo este aborrecimiento y odio hacia el testimonio de Cristo en el creyente, se hace absolutamente necesaria la presencia del Consolador. Jesús conoce nuestra condición humana y sabe que nuestro testimonio sería imposible sin el Espíritu de Verdad. Por eso es esencial saber que en todas las situaciones diarias contamos con el Consolador. No tendrá, pues, mucho sentido llorar desconsolados. ¿O es que no confiáis en las promesas del Maestro? Ya que Jesús nos advierte una vez más: “Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo” (16:1). El griego utiliza el verbo “scandalizo” que en nuestro idioma podemos traducir por: escandalizar, ofenderse, llamarse a engaño, desconfiar. O sea, que cuando nos sucedan todas esas cosas de las que el Señor nos ha advertido, no nos escandalicemos ni nos ofendamos, ni nos llamemos a engaño, ni mucho menos desconfiemos del Señor. En una palabra, que todo esto no sea tropiezo para nosotros. Ya que la situación puede ser tan extrema que “cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (16:2). Uno no se explica cómo los hombres podemos llegar a ser tan religiosamente crueles e hipócritamente necios, si uno de los mandamientos principales de la ley de Dios, a quien se piensa rendir servicio con la muerte del prójimo, dice: “Amarás al prójimo, como a ti mismo”.

¿Cómo se puede dar esta absurda monstruosidad en una iglesia que se llame cristiana? Pero, ¿por qué Señor, por qué la misma Iglesia Católica, en la que yo he sido formado, entregó a la muerte a tanta gente pensando que te rendía o rinde servicio a Ti?

La respuesta escuchada de tus propios labios, Señor, me deja más atónito todavía: **“Porque no conocen al Padre ni a Mí” (16:2).**

Todo aquel que aborrece a su hermano, odia al prójimo o mata al que no piensa como él, poniendo como excusa el servicio a Dios, ni conoce a Dios de quien dice ser servidor, ni a Cristo de quien tanto habla.

Por eso, amigos, examinémonos a nosotros mismos si estamos en la fe de Jesucristo, no sea que nuestra propia conducta esté proclamando que no se conoce a Dios como Padre ni a Su Hijo como único y perfecto Salvador. Por lo demás, tengamos plena seguridad en Su Palabra: “El Señor es mi Luz y mi Salvación, ¿de quién temeré?. El Señor es la Fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?” (Salmos 27:1).

ESÍRITU MORA Y ESTÁ EN VOSOTROS

Juan 16:5-33

“Pero Yo os digo la verdad: Os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (v. 7).

Pocos argumentos encontraremos en nuestra mente para convencernos de esta conveniencia de la que habla Jesús a sus discípulos. “Os conviene que Yo me vaya”. Es una de esas frases que nuestra voluntad se resiste a admitir sin que nos invada una sombra de tristeza. Esto mismo les sucedía a los discípulos de Jesús, en quienes reconoce esa tristeza cuando les dice: “Porque os he dicho estas cosas tristeza ha llenado vuestro corazón” (v. 6). Pero esta tristeza momentánea era necesaria para que se cumpliera el plan de salvación anunciado por los profetas. Esa consumación la haría Jesús en la cruz del Gólgota; pero la aplicación de esa obra consumada en Cristo la aplicará el Consolador, el Espíritu de Verdad, a todo el que es de la fe de Jesucristo.

Comenzaba la hora en que los frutos de la salvación de Cristo se verían en sus redimidos. Por eso era necesario el Espíritu consumidor y ejecutor de esos frutos en todo el que acepta a Cristo como su único y perfecto Salvador. El hombre, si no tiene el Espíritu, sólo puede vivir conforme a los deseos de su propia naturaleza, que nunca podrán agrandar a Dios. Jesús iba a consumir el sacrificio de Sí mismo para el perdón total del pecado. El apóstol Pedro dice: “Quién llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia”(1 Pedro 2:24). Aquí entra de lleno la presencia activa del Espíritu para convencer al hombre de pecado, de justicia y de juicio (v. 8).

- a. **De pecado:** “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Jesús está totalmente de acuerdo con este veredicto, cuando dice: “Si no creéis que Yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:14). En esta situación sólo hay una salida: Creer en Cristo. Porque “todo aquel que permanece en Cristo, no peca; todo aquel que peca no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6). El Espíritu no te acusa de pecado, te convence de tu incredulidad, por eso estás lleno de pecado, porque no aceptas en tu vida al que quita el pecado de ti, a Jesucristo.
- b. **De justicia:** “La justicia por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él...Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es Cristo Jesús” (Romanos 3:22,24). El Espíritu te convence, de que tú por medio de la fe en Jesucristo, sin prestación alguna de tu parte, sino gratuitamente Dios te ha perdonado todos tus pecados mediante la sangre de Su Hijo, de tal manera que Dios te ve vestido con la justicia de Cristo. Por eso el Espíritu con la Palabra nos alienta diciendo: “Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:23-24).
- c. **De juicio:** Este juicio se celebró en la cruz de Cristo triunfando sobre las potestades de las tinieblas (Colosenses 2:15). El veredicto está claramente confirmado y reza así: “El que cree en Cristo, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado” (Juan 3:18).

Llama la atención en este veredicto que en la causa de condena, no se hace referencia a las malas obras o buenas, ni a los pecados u omisiones, sino que se dice: “Porque no han creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). No sería escandaloso decir, según esto, que Dios nunca te condenará por tus pecados, sino por tu incredulidad, porque no has creído en Su Hijo Unigénito Jesucristo. No nos llamemos a engaño, sin el Espíritu de Verdad, nos sucederá lo mismo que a los discípulos, todas estas cosas “no las podremos sobrellevar” (v. 12).

“Pero cuando venga el Espíritu de Verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir” (v. 13).

El Señor Jesús hace notar a sus discípulos, que como hombres naturales sin la guía del Espíritu no alcanzarían a comprender y a vivir Su obra salvadora. Por eso el Espíritu es el único a quien el Padre por medio de Cristo, le ha encomendado el guiar a toda la verdad a los que son de la fe de Jesucristo, para que se haga en ellos realidad la obra salvífica de Cristo.

El Espíritu, pues, nunca nos propondrá un conjunto de noticias novedosas como algunos pretenden, sino que alumbrará el entendimiento del creyente para que sepa y acepte en plena certidumbre de fe lo que Dios le ha dado en Su Hijo Jesucristo: perdón de pecados y herencia entre los santificados.

Tampoco el Espíritu está vinculado a un determinado magisterio eclesiástico, que pretenda hacer hablar al Espíritu para su propia cuenta doctrinal. El Espíritu no habla nunca por su propia cuenta, ni a cuenta de ningún magisterio, sino que **“mora y está”** en el creyente (Juan 14:17), “para que sepa lo que Dios le ha concedido” (1 Corintios 2:12). Y el Espíritu siempre habla lo que Cristo ha dicho, y nos lo recuerda una y mil veces, confirmando en nosotros su vida y en nuestro corazón la esperanza cierta en sus promesas. Cuando un hombre, como el Papa, se arroga una asistencia especial del Espíritu por razón de su oficio, está intentando que el Espíritu glorifique al hombre y no a Cristo, que dice: “El Espíritu me glorificará; porque tomará de lo Mío y os lo hará saber” (v. 14). No dice que se lo hará saber a uno en un determinado oficio, como el Papado, sino que el Espíritu hace saber a todo el que cree en Cristo, lo que Jesús es para él; y lo que ha hecho y hace en su vida diaria, hasta hacerle coheredero con Cristo (Romanos 8:17). Si alguien se atreve a decir que el Espíritu le ha guiado a otra “verdad” que no sea Jesucristo, tal persona miente a la Verdad del Espíritu y de Jesús.

“También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (v. 22). El Señor compara el porvenir de los suyos con un nuevo alumbramiento; por un lado hay dolor y angustia, y por otro gozo y perenne alegría. Esto se dio en sus discípulos cuando pasaron de caminar viendo al Señor Jesús, a ser privados de su presencia física para caminar por fe en el poder del Espíritu. Y lo mismo le sucede a todos aquellos que creen en Jesucristo por la palabra de ellos. Y sabed que “nadie os quitará vuestro gozo”.

“Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre”

(v. 29).

Esta no es una partida definitiva, sino que el Señor se adelanta para prepararnos lugar en la casa del Padre (Juan 14:2), después de abrirnos camino nuevo y vivo para ir al Padre (Hebreos 10:20).

El Señor Jesús siempre se había ocupado personalmente de todo lo que necesitaban sus discípulos, incluso el orar por ellos al Padre. Por eso Él les dice: “Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (v. 24). El Señor les revela que el Padre mismo les ama y les dará todo lo que le pidan en Su nombre. Este clima de confianza y seguridad en el Padre parte de Cristo y es fuente de gozo indecible. El mismo apóstol Pedro es anunciador de este gozo diciendo: “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso”(1 Pedro 1:8).

Pero los apóstoles antes de sentir ese gozo inefable y glorioso tuvieron que pasar trances muy amargos; incluso cuando se sienten seguros de su fe por la claridad con la que el Señor les habla, tienen que escuchar de sus labios esta pregunta: ¿Ahora creéis? Esta fe no sufriría la prueba de permanecer junto al Señor, cuando Él tuvo que afrontar su hora final. Él proféticamente les dice: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (v. 32).

La grandeza del amor del Señor hacia los suyos se muestra en esta situación con toda nitidez. Jesús no les dice todo esto a sus discípulos para reprocharles su poca fe, ni que le dejen solo en esa hora crucial. Él sabía muy bien que sin el poder de lo alto, que recibirían por el Espíritu, no podían soportar esta prueba, ni ninguna otra. La razón por la cual el Señor les dice todo esto, lo aclara diciendo: “Estas cosas os he hablado para que en Mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (v. 33). Y, sin embargo, ellos dejan solo a Jesús, su fortaleza de paz, y corren cada uno por su lado a la aflicción del mundo; dejan solo al Vencedor del mundo y corren a ocultarse en el vencido mundo.

¿Y tú que haces? No lo dudes. Confía en Jesús, en Él tendrás Paz.

ES HORA DE CONOCER A CRISTO

Juan 17

“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a Ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (v. 1-2).

El Señor Jesús en su diálogo íntimo con el Padre acepta que la hora de la verdad había llegado para consumir el sacrificio de Sí mismo por el pecado. Jesús refiriéndose, ya antes a que “ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (Juan 12:23-24), nos lo aclara con una comparación: El grano de trigo si “no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”.

Este fruto es el que busca Jesús se dé en todos nosotros para gloria del Padre.

La hora del grano es cuando cae en tierra para morir a sí mismo y llevar mucho fruto; podemos decir que no es enterrado para morir sino para dar nueva vida. Así Jesús nos quiere hacer entender lo que su muerte en la cruz significa para todos los que creemos en Él. Su muerte en la cruz es vida para nosotros, que estábamos muertos en delitos y en pecados.

Este poder vivificador sobre toda carne se lo ha dado el Padre al Hijo, para que “de vida eterna” a todos los que creen en Él. Pues Dios nos “ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Nadie se puede escudar en la debilidad de su propia carne para que Jesús no le dé vida eterna, pues Jesús tiene poder sobre toda carne, sea débil o fuerte, para darle vida eterna.

Sería bueno que te preguntaras con Jesús: ¿Ha llegado la hora para ti? Es hora de que conozcas personalmente a Cristo y en Él al único Dios verdadero; pues en este conocimiento radica la esencia de la vida eterna.

El testimonio de Dios es claro: “Esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12). Solo Jesús tiene esa potestad sobre toda carne, para dar vida eterna a los que en él creen. Porque nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mateo 11:27).

Esta es la gran obra que el Padre le dio que hiciese en la tierra (v.4). Para ello tuvo que despojarse de toda su gloria, tomar forma de siervo, semejante al hombre y en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte en la cruz, cargando con todos nuestros pecados (Filipenses 2:7-8). Por eso Jesús a punto de concluir su obra ora de nuevo al Padre: “Glorifícame Tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (v. 5).

“Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu NOMBRE, para que sean uno, así como nosotros” (v. 11).

Ahora el Señor Jesús también ora por sus discípulos que el Padre le dio. Hasta este momento Él mismo les había revelado las palabras que el Padre le había dado, y les

había guardado en Su nombre. Pero ha llegado el momento de dejar este mundo. Siente tan cercano ese momento, que dice: “Ya no estoy en el mundo” (v. 11). Esto no quiere decir que Él se desentienda de sus discípulos, pero éstos ya no iban a poder utilizar sus ojos para verlo, sino que comenzaba el tiempo de andar por fe. Así en Mateo 28:20 dice: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Pero Jesús, hoy como entonces, vive siempre para interceder por los que creen en Él, “y puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25).

“Yo les he dado tu Palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo: No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (v. 14-16).

Jesús presenta ante el Padre la situación en que se encuentran sus discípulos. El mundo los aborrece porque son portadores del mensaje de salvación de Cristo. De la misma manera que Jesús no es del mundo, tampoco sus discípulos lo son, porque Él los eligió del mundo. Este mundo como esclavo de satanás odia a todos los nacidos de Dios por la fe en Jesucristo. Por eso el Señor ruega al Padre que los guarde del mal, en medio de un mundo que los odia y aborrece.

Todo esto es una gran llamada de atención para no dejarse intimidar por el odio que puedas sentir, cuando día a día luchas por permanecer en la fe de Jesucristo, alentado por Su Palabra en el poder del Espíritu. Esta Palabra es la verdad de Dios, con la cual siempre nos tenemos que ver identificados, al cumplirse en nosotros sus promesas, que nos santifican como propiedad de Dios en Cristo Jesús.

El hombre piensa que, desde la proclamación de sus derechos humanos, puede “estar y ser” de este mundo, aunque por todas partes estén en guerras y sean enemigos los unos de los otros. Lo malo es que muchos llamados “cristianos” participan de esta manera de pensar, no teniendo para nada en cuenta lo que el Maestro dice: “Están en el mundo, pero no son del mundo”. La explicación nos la da la misma Palabra de Dios: “Sabemos que somos de Dios (por la fe en Jesucristo), y no somos del mundo, porque el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19).

Si hay “cristianos” que dicen que el mensaje de Cristo no es suficiente para hacer al hombre perfecto, y tienen que echar mano de otros mensajes humanos, entonces esos “cristianos” no tienen el conocimiento del que es Verdadero, Jesucristo.

Más no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como Tú, oh Padre, en Mí, y Yo en Ti, que también ellos sean uno en NOSOTROS; para que el mundo crea que Tú me has enviado” (v. 20-21).

El Señor no sólo tenía presente en su oración aquellos discípulos que estaban con Él, sino a todos los que creyesen en Su Palabra en todos los tiempos.

Esa Palabra no iba a ser diferente de la que habían oído los discípulos y ellos mismos anunciaban. Por eso la misma Palabra nos dice: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20). Esta es la verdadera apostolicidad de una iglesia: vivir en comunión con la misma Palabra que ellos con el Espíritu de Cristo anunciaron y creyeron, sin añadir ni quitar.

Hablar de una comunión entre creyentes o de un “ecumenismo” sin tener en cuenta una auténtica comunión con la Palabra de Dios es traicionar el espíritu apostólico, y fundamentarse sobre otra piedra angular que no es Cristo, sino el anticristo.

La unidad ecuménica de las iglesias no se basa en sus estructuras, ni en sus líderes, ni en sus formas de culto, sino sola y únicamente en CRISTO. Y aquellos que están en Cristo y Él en ellos forman el auténtico ecumenismo espiritual de la iglesia, al margen de cualquier “ecumenismo religioso” que puedan buscar algunas iglesias, acercando dogmas, modificando estructuras y colocando a sus líderes en un determinado grado de honra y gloria.

Este “ecumenismo religioso” no se fundamenta en la fe de Jesucristo, sino en la similitud de sus dogmas y estructuras eclesiales.

Pero no olvidemos que Jesús no ora por los que creen en este “ecumenismo religioso”, **sino por los que creen en Él conforme a la Palabra de los apóstoles y profetas**. Jesús ora que “sean uno en NOSOTROS, como Tú, oh Padre, en Mí, y Yo en Ti”. Esta **unidad** nace en Dios, y es una consecuencia de la comunión en espíritu y verdad con el Hijo y con el Padre, alumbrada siempre por la sola Palabra de Dios bajo la guía del Espíritu Santo.

Cuando los hombres religiosos intentan fabricar esa “unidad ecuménica” se están olvidando de la esencia misma de la unidad por la que Jesús ora al Padre. Esta unidad no la fabrica el hombre, nace en el Hijo y en el Padre, y se da en todo aquel que es nacido de Dios por la fe de Jesucristo.

Por eso la palabra nos dice: “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (1 Juan 3:15).

El núcleo de la unidad entre los cristianos es Dios mismo por medio de la fe en Jesucristo. Esa unidad entre ellos es una expresión de su vivencia en Cristo por la fe. La clave de esta unidad en Dios, como ora Cristo, está en la común perseverancia en la Palabra de Dios. Así se nos advierte: “El que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo...el que no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios” (2 Juan 9).

Nosotros nos preguntamos: Y si no tienen a Dios, por no perseverar en Su Palabra, ¿cómo van a tener la unidad que pide Cristo al Padre, que “sean uno en NOSOTROS”?

Pero lo que más nos asombra, es que algunos no sienten el menor escrúpulo en dejar a un lado la Palabra de Dios, para así hacer posible ese “ecumenismo religioso” con aquellos, que ya hace mucho tiempo no tienen la Palabra de Dios como apelación suprema en cualquier situación. Y han antepuesto su propio magisterio de hombres religiosos a la Palabra de Dios. Esta es la causa de tanta división entre cristianos, y escándalo “para que el mundo crea que Tú me enviaste” (v. 21).

Si alguien quiere luchar por un auténtico ecumenismo, predique la sana Palabra de Dios y persevere en Ella; y en él se dará la **unidad** que pide Cristo, porque “ése sí tiene al Padre y al Hijo”, y vivirá en comunión con todo aquel que es de la fe de Jesucristo, esté donde esté, o viva en cualquier rincón del mundo.

Dicho con palabras del Maestro: “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en **unidad, para que el mundo conozca que Tu me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado**” (v. 23)

¿LLAMADA AL ECUMENISMO?!

El Papa dice: Los elementos de salvación se dan “juntos en plenitud” en la Iglesia Católica (Encl. Ut Unum Sint).

El testimonio de Dios dice:

“Esta vida está en su Hijo, el que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12).

El Papa dice:

Las fórmulas dogmáticas de mi Magisterio son aptas para comunicar la verdad revelada, para quienes la interpretan rectamente.

La oración de Jesús:

Jesús ora por los que íbamos a creer en Él por la Palabra de los apóstoles, no por las fórmulas dogmáticas del magisterio papal. Por eso nos dice la Escritura: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 3:4).

El Papa dice:

“La comunión con la Iglesia de Roma es un requisito esencial, en el designio de Dios” (Encl. Ut Unum Sint).

Según la Palabra de Dios:

- a:** El único requisito esencial que nos pide Dios para tener comunión con Él, es que creamos en Su Hijo Jesucristo.
- b:** La unidad por la que ora Cristo, nace en Él y en el Padre, y se da en todo aquel que es nacido de Dios por la fe en Jesucristo.
- c:** El auténtico ecumenismo espiritual de la Iglesia lo forman aquellos que están en Cristo, y Cristo en ellos, al margen de cualquier “ecumenismo religioso”.

JESÚS ANTE LA MUERTE DICE: YO SOY: LA VIDA

Juan 18

La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (v. 11).

Jesús se encuentra con dos grandes tropiezos entre sus discípulos, que de modo distinto quieren hacer que no beba “la copa que el Padre le ha dado”.

Uno de estos discípulos es Judas Iscariote, quien de acuerdo con los principales sacerdotes y fariseos hacen lo imposible para que Jesús no sea el Cordero de Dios, que se ofrece voluntariamente para quitar el pecado del mundo. Cuando es de noche le buscan para prenderlo “en el huerto al otro lado del torrente Cedrón” (v. 1).

“Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis?” (v. 4). La iniciativa en la salvación no la tiene el hombre, sino Jesús mismo como el Cordero de Dios. Por eso sus acusadores cuando escuchan de su boca: “YO SOY”, retrocedieron y cayeron a tierra. No eran ellos los que sacrificaban al cordero de Dios, sino que Jesús se ofrecía voluntariamente sin mancha a Dios.

Pedro es otro de los discípulos, que tampoco entiende ese entregarse de Jesús por los pecados de todos. Por eso tira de espada para impedir que tal cosa suceda. Pensando servir a Jesús, está siendo tropiezo a Su obra de salvación. Esto es así, porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. Y esto es válido para Pedro y también para nosotros.

Poco valió que Jesús le advirtiera a Pedro - “no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces” - cuando con toda decisión había afirmado: “Mi vida pondré por Tí”.

Pedro también se equivocó, porque era Jesús quien ponía la vida por Pedro, y lo hacía voluntariamente, por eso sobra toda espada o propósito humano.

Pedro con toda su “buena voluntad” no quería que Jesús bebiese la copa que el Padre le había dado. ¡Cuántas veces nosotros mismos con nuestra “buena voluntad” también somos tropiezo a otros, para que beban la copa que el Señor pone en sus manos.

“¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? Dijo Pedro: No lo soy” (v. 17).

¡Qué diferencia tan grande hay entre la respuesta de Jesús: **YO SOY**, Jesús Nazareno; y la respuesta de Pedro: **No soy**, discípulo de Jesús Nazareno. Y tú, ¿no eres también de los discípulos de ese Jesús? Qué hay en tu vida que te haga decir: No lo soy. A veces muchos confunden el interés religioso con una actitud de fe. A Pedro no se le puede negar su interés por ver en que terminaría el apresamiento de Jesús por las autoridades religiosas de su pueblo. Esto le lleva a mezclarse con los siervos y alguaciles en el patio del sumo sacerdote, buscando un poco de calor junto al fuego que éstos habían encendido. Pero Pedro había metido su espada en la vaina, y era el único recurso que él creía tener frente a los que se oponían a sus planes. Ahora estaba desarmado, ya sólo echaba mano de la negación, y no de la fe en Aquel que no quiso, le defendiera con la espada, sino que dice querer beber la “copa que el Padre me ha dado”.

Ese absurdo celo religioso puede llevar al hombre a dar una bofetada al mismo Hijo de Dios. Cuando Jesús respondía al sumo sacerdote diciendo: “nada he hablado en oculto” (v. 20), “pregunta a los que me han oído”; uno de los alguaciles, sin el menor escrúpulo, le dio una bofetada (v. 22). Hasta este punto puede llegar el hombre, cuando se guía de su propia opinión y sabiduría: abofetear la sabiduría de Dios.

El tribunal que juzgaba a Jesús de antemano le había condenado, ya que el hombre que lo presidía, el sumo sacerdote, Caifás, había dicho: “conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (v. 14; Juan 11:50).

Ante este principio, todo vale, incluso que sus alguaciles abofeteeen al reo inocente, demostrando un celo interesado pero totalmente falto de amor a la verdad.

Como este tribunal que representaba la ley de Moisés, ya había pronunciado su veredicto, “llevaron a Jesús de la casa de Caifás a Pilato, para que ejecutase la sentencia que ellos pedían: muerte en la cruz.

Cuando Pilato pregunta: “¿Que acusación traéis contra este hombre?”(v. 29). Para sus acusadores poca importancia tenía lo que Jesús había dicho o hecho; lo que tenía valor era la opinión de sus acusadores, y para estos era un malhechor, así dicen: “Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado” (v. 30).

Esta actitud mental de falso celo religioso es la que a través de los siglos ha continuado llevando a hombres y mujeres al sufrimiento y a la muerte. Sin embargo este falso celo religioso queda al descubierto, incluso, ante el tribunal del derecho romano que representaba Pilato, al decir: “yo no hallo en Él **ningún** delito” (v. 38). A pesar de todo, Pilato le hace una pregunta sorprendente: “¿Eres Tú el Rey de los judíos?”(v. 33). Pero no menos sorprendente es la respuesta interrogante de Jesús: “¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?” (v. 34).

Esta pregunta también es importante para nosotros, los que nos llamamos creyentes. Pues es necesario saber, si uno habla de Jesús por lo que el Espíritu te muestra personalmente desde la fe, o hablas de Jesús por lo que te han dicho otros.

Pilato es contundente en su respuesta: yo no soy judío para tener ese conocimiento personal; mi información la recibo de los sacerdotes. Quizás tú sólo sepas de Jesús por lo que te hayan dicho los sacerdotes o los líderes religiosos; ¿pero tú conoces personalmente a Jesús mediante la fe por el convencimiento del Espíritu? ¿Lo ves en tu vida como tu único y perfecto Salvador?

Si tú hasta el día de hoy sólo has oído lo que te dicen los sacerdotes, eso no quiere decir que hayas oído a Jesús, pues Él dice: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (v. 37). En otro lugar Jesús dice: “Mis ovejas oyen mi voz” (Juan 10:27).

Ser de la verdad, es ser de Dios y del buen Pastor, Jesucristo. Así dice: “Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las más me conocen” (Juan 10:14). Para Jesús es esencial ese mutuo conocimiento entre Él y el creyente, y a la vez el oír su voz o escuchar la Palabra de Dios, es un don que le es dado a los que son de la fe de Jesucristo. Jesús da testimonio de la verdad: “Pues la ley por Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17). Israel con sus sacerdotes a la cabeza se había quedado en la ley de Moisés, olvidándose de la advertencia de Moisés, que dice: “Profeta de en medio de ti...te levantará Yavé tu Dios; a Él oiréis” (Deuteronomio 18:15). El rechazo a la gracia y a la verdad de Dios en Jesucristo queda confirmada en la sentencia de un juez gentil, como Pilato, al decir: “Yo no hallo

en Él ningún delito” (v. 38).

Pero Jesús, que “no hizo pecado ni se halló engaño en Su boca”, vino para pagar por nuestros delitos y pecados, trayéndonos la gracia y la verdad para que vivamos a la justicia.

¿DÓNDE TE ENCUENTRAS TÚ?

- a.** En el grupo de los que, como Judas, traicionas lo que conoces del Maestro por la avaricia de tu corazón engañoso y perverso. Olvidas todo lo que has visto y oído de Jesús, por las treinta monedas que te ofrece el mundo. El lema de este grupo es: la traición.
- b.** En el grupo de los que, como Pedro, echan mano de sus propios medios para marcar su camino de salvación, en contra de lo dispuesto por Dios conforme a las Escrituras: la muerte de Su Hijo por el pecado de todos. El lema de este grupo es: la negación.
- c.** En el grupo de los que, como el sumo sacerdote, condenó a Jesús a la muerte sin juicio alguno, siendo inocente. Este grupo es el que quiere ocupar el lugar de Dios en la obra de la salvación, intentando reducir a Jesús al ostracismo, para imponer sus propios medios de salvación y sus propios mediadores entre Dios y los hombres. Piensan que pueden decidir a su antojo sobre la relación entre Dios y el hombre. El lema de este grupo es: El hombre vicario de Cristo.
- d.** En el grupo de los que, como Jesús, son de la verdad, y oyen la voz de Jesús, porque tienen el Espíritu de verdad. No se dejan seducir por la traición de la avaricia; ni se apoyan en sus propias fuerzas para no caer en negación; ni buscan fuera de Jesús camino de salvación.

CRISTO: NUESTRA PASCUA

Juan 19

“¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucifícadle; porque yo no hallo delito en Él” (v. 6).

Pilato, como juez del Emperador romano, no halló en Jesús delito alguno. Procura por todos los medios apartar a Jesús de la muerte de cruz. Intenta acallar a sus acusadores presentando a Jesús azotado, con una corona de espinas, y con un manto de púrpura (v. 1-3). Es sorprendente la justicia del hombre; por un lado, ve que no hay ningún delito en Jesús, pero al mismo tiempo, para convencer a sus acusadores: se azota al inocente, se le corona de espinas, se le escarnece dándole de bofetadas y se le ridiculiza colocando un manto rojo sobre sus hombros, con el saludo : “¡Salve, Rey de los judíos!” (v. 3).

Todo esto no acalla las voces ni los gritos de los que pedían: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! De poco vale que Pilato no halle delito en Jesús. Ellos se apoyan en su ley, “y según nuestra ley debe morir” (v. 7). Este es uno de los grandes peligros que corren todos aquellos que hacen de la ley de Dios, “su propia ley”; pues así son jueces tiranos de la ley, pero nunca hacedores (cumplidores) de la ley. Estos son los que siempre usan la ley para muerte, su grito es: “¡Según nuestra ley debe morir!

¿Cómo es posible, que con la ley de Dios, siendo espiritual, justa y santa, se pueda condenar a muerte al mismo Hijo de Dios?

Los acusadores de Jesús habían oído de los labios de Jesús esa afirmación, y lo tuvieron como una blasfemia. Por eso dice Jesús: “¿Al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” (Juan 10:36). Para Pilato esa ley no tenía valor, pues él era juez romano. Pero según su mitología, le intriga que sea “hijo de un dios”, de ahí su miedo (v. 9); él no quería estar a mal con ningún dios. Por eso trata de averiguar la procedencia de Jesús: “¿De dónde eres Tú?” (v. 9).

“Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra Mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (v. 11).

El apóstol Pablo dice también a los creyentes de Roma: “Porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Romanos 13:1).

Pilato se sabe poseedor de autoridad para crucificar o no crucificar a Jesús. Pero ignora por completo el origen de esa autoridad, que le es dada de arriba; de donde es Jesús como le dice a los judíos: “Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo” (Juan 8:23).

Por eso los judíos a quienes les fue entregada la ley de arriba, tienen mayor pecado que Pilato; porque los judíos con esa ley condenaron al que venía de arriba, a Jesús; sin embargo Pilato sin esa ley le tuvo por inocente. Pero tanto Pilato sin la ley de arriba como los judíos con la ley: todos son pecadores ante el Juez de vivos y muertos. Esta era la causa que llevó a Jesús a la cruz: El pecado de todos nosotros, como el de Pilato y el de los judíos.

“Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta” (v. 14).

La palabra hebrea “Pesach” significa: pasar por alto, omitir, perdonar. Cuando la Pascua se celebró por primera vez en Egipto, cada padre de familia debía tomar un cordero de un año sin defecto y degollarlo al atardecer, y con su sangre marcar los postes y el dintel de la puerta de su casa (Éxodo 12).

Pero en esta Pascua, Jesús Mismo era el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). Entre las dos luces como era costumbre, el Cordero de Dios fue sacrificado. Como dice Pablo: “Nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). El tiempo de la realidad que simbolizaba el cordero pascual tenía cumplimiento en Cristo, nuestra Pascua, porque Dios pasó por alto los pecados de todos nosotros por medio de la fe en su sangre (Romanos 3:25).

“Y Él cargando su cruz, salió al lugar llamado Gólgota, y allí le crucificaron” (v. 17-18).

Jesús carga con la cruz de todos nuestros pecados como su propia cruz; y “llevó el mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Y con Él también clavó en la cruz el acta de los decretos que había contra nosotros (Colosenses 2:14), declarándonos libres de toda culpa y de toda pena por el pecado.

“Cuando hubo tomado el vinagre, dijo: CONSUMADO ES. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (v. 30).

Se había cumplido todo lo que estaba profetizado de Él hasta en los más mínimos detalles. Incluso los soldados que le crucificaron repartieron entre sí sus vestidos y sobre su túnica echaron suertes. Así se cumplió lo que estaba profetizado en las Escrituras, Salmo 22.18; y también el Salmo 69:21, dice: “En mi sed me dieron a beber vinagre”. Todos los pecadores podemos escuchar de los mismos labios de Jesús, que el sacrificio total y pleno por el perdón de nuestros pecados ha sido consumado. Aquí vemos a Jesús que se ofreció a Sí Mismo sin mancha a Dios y se presentó una vez para siempre en este sacrificio de Sí Mismo para quitar de en medio el pecado (Hebreos 9:26).

Jesús nos dice que el sacrificio por el pecado ha sido consumado en Sí Mismo para remisión de los pecados, por tanto “no hay más ofrenda por el pecado” (Hebreos 10:18).

Consumado es. No hay más repetición de este sacrificio, ni de forma cruenta con derramamiento de sangre, ni de forma incruenta sin derramamiento de sangre como dice la iglesia católica en su misa. Esto sería negar que Cristo ha consumado en Sí Mismo de una vez y para siempre, un solo sacrificio por los pecados de todos. Así lo escribe Pablo: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándole en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19).

La Santa Cena no es un sacrificio sino un memorial de que el sacrificio de Cristo en la cruz del Gólgota tiene, hoy como entonces, el mismo poder de reconciliación y de perdón de los pecados. Porque “Cristo puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Cuando se dice que la “misa” es un sacrificio incruento de Cristo, realizado por mediación del sacerdote, se contradice a Cristo y a las Escrituras; y también se apar-

ta a Cristo como único Mediador y en su lugar se pone el hombre sacerdote. Según la “misa romana” Cristo no ha dicho: Consumado es; sino que el sacerdote lo consumará cada día sobre el altar de una manera incruenta. Pero si hay alguno que aún tenga dudas, la Escritura dice: “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Y eso lo hizo Jesús en la cruz del Gólgota una vez para siempre: “Consumado es”.

“Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (v. 34).

Los judíos para que en el día de reposo los cuerpos no estuviesen en la cruz rogaron a Pilato les cortasen las piernas. Eso hicieron con los otros dos crucificados, pero al ver que Jesús ya había muerto, un soldado le traspasó el costado con una lanza, para que no hubiese duda de su muerte. Pero con eso se cumplían dos profecías sobre el Mesías: “Mirarán a Mí, a Quien traspasaron” (Zacarías 12:10); y como el verdadero Cordero de Dios: “no quebraréis hueso Suyo” (Éxodo 12:46; Salmos 34:20). Todo esto nos confirma la verdad de los hechos acaecidos para que creamos con firmeza, y así seamos partícipes de este sacrificio consumado en Cristo para nuestra personal salvación.

José de Arimatea y Nicodemo “tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos” (v. 40).

Estos dos hombres, ricos e importantes entre el pueblo, eran discípulos de Jesús, pero secretamente por miedo a sus paisanos. Cuando vieron lo sucedido a su Maestro, no tuvieron reparo en ir a Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Ya no le importa lo que puedan decir o pensar los otros judíos. Ellos como discípulos de Jesús van a cumplir una misión sin miedo alguno a las consecuencias. Ellos pudieron comprobar en el cuerpo de Jesús que había sido consecuente con lo que había dicho hasta la muerte en la cruz. Fueron los primeros que palparon y vieron la consumación del sacrificio de Jesús en su propio cuerpo. También comprenderían la carga de perdón eterno que soportaba ese cuerpo inerte, hecho por nosotros maldición, para redimirnos de la maldición de la ley y para que en Él, la bendición de Abraham nos alcanzase también a nosotros los gentiles (Gálatas 3:13-14).

Nuestra salvación completa fue realizada por Cristo Jesús, una vez y para siempre; nosotros vivimos esa salvación en Cristo todos los días por medio de la fe, permaneciendo en Su Palabra.

COMO CATÓLICO PREGUNTO:

¿Si aceptásemos a Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, nos atreveríamos a celebrar la Semana Santa (La Pascua) con tanto colorido de procesiones e imagería?

Todas esas procesiones y desfiles de las distintas imágenes es una constatación, año tras año, de que la Iglesia Católica ha hecho la más fastuosa idolatría de la Pascua del Señor. Al desviar la atención de los fieles hacia sus imágenes y sus propias penitencias, ocultando el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

¿La Semana Santa no es más un hacer teatro de la historia, que una aceptación del hecho salvífico que un día tuvo lugar dentro de la historia de la salvación?

Estamos totalmente de acuerdo con esta apreciación. Porque la Iglesia Católica rememora los hechos externos de la historia de la pasión de Cristo. Pero se olvida del verdadero significado salvífico que tiene para todo aquel, que acepta a Cristo como su único y perfecto Salvador.

¿La Misa como sacrificio incruento no es una negación de ese sacrificio en la cruz, consumado por Cristo una vez y para siempre, por los pecados del hombre?

La Iglesia Católica con esta actitud se ha apartado de la realidad misma de la salvación y ha caído en las sombras de su imaginación. Como le sucedía al pueblo de Israel cuando estaba bajo la ley. Año tras año celebraba los sacrificios por los pecados, que nunca podían hacer perfectos a los que los ofrecían; “de otra manera dejarían de ofrecerse, pues..limpios una vez, no tendrían más conciencia de pecado”.

Por eso las Escrituras nos dicen: “Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados”; pero Cristo “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados;...mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”;...y **Cristo no ofrece su propio cuerpo por medio de ningún sacerdote**: “Él Mismo mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí Mismo sin mancha a Dios” para limpiar nuestras conciencias de obras muertas, y poder servir al Dios vivo (Hebreos 9:14 y 10:1-18).

EL INCRÉDULO TOMÁS TAMBIÉN METIÓ NUESTROS DEDOS Y NUESTRAS MANOS EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Juan 20

“Ve a mis hermanos y díles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios” (v. 17).

Este mensaje tan íntimo se lo envía el Señor a sus discípulos por boca de una mujer, María Magdalena.

Esta había ido muy de mañana, “siendo aún oscuro”(v. 1), al sepulcro del Señor. La sorpresa fue grande, cuando no encuentra en el sepulcro lo que ella esperaba encontrar. Ante tan sorprendente hecho, sólo tiene fuerzas para correr junto a Pedro y Juan, para decirles: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto” (v. 2). Desde su sentimiento natural de mujer no veía otra posibilidad. La esperanza de resurrección no entraba dentro del afecto y agradecimiento que ella mostraba hacia el Maestro. Pero el Señor siempre va por delante de nuestro afecto y agradecimiento, y aún de nuestra propia fe.

María Magdalena, “no había entendido la Escritura, que era necesario que Él resucitase de los muertos” (v. 9). Esto mismo les sucedió a Pedro y a Juan, por eso corrían como desesperados hasta llegar al sepulcro. Allí constataron, con sus propios ojos, que el sepulcro estaba vacío. Juan dice que entonces: “vio y creyó” (v. 8). Y también entendió lo que decían las Escrituras, y que el mismo Jesús reiteradamente les había confirmado: “Era necesario que Él resucitase de los muertos”.

María llorosa seguía sin ver, buscando entre los muertos al Resucitado. El Señor en su infinita misericordia le pregunta: “Mujer, ¿por qué lloras?” (v. 13). Ella lloraba por la imaginación de su pensamiento, que no concordaba con la realidad que deseaba, ni mucho menos con la realidad gloriosa de Jesús resucitado. Guiada por su afecto e imaginación, pero falta de fe, llegó a confundir a Jesús con un hortelano. “Jesús le dijo: Mujer. ¿a quién buscas?” (v. 15). Esta puede ser muchas veces la lamentable situación de tantos y tantos, que desde el afecto religioso y la propia imaginación lloran por Cristo y le buscan dónde no está. Y puede ser que, al no coincidir lo que nos dice Su Palabra con la propia imaginación, lo confundamos con otro que no es el Cristo de las Escrituras.

María estaba decidida a encontrar a Jesús, y la voz del mismo Jesús hace que la luz brille en sus ojos y su corazón lleno de afecto cese de buscar entre los muertos al que vive por los siglos de los siglos. No hay nadie que pronuncie tu nombre como el Señor, y cuando por su gracia escuchas de sus labios tu propio nombre, sientes Su amor y Su perdón eterno, que hace le reconozcas siempre a Él como fiel y eterno Salvador, permaneciendo tú pecador.

María, a partir de ese encuentro, no se lamenta por sus lágrimas, ni por su incrédula equivocación de buscarle entre los muertos, ni mucho menos trae a la memoria los siete demonios que Jesús había echado de ella (Marcos 16:9). Nada de toda su vida le estorbó para escuchar su nombre limpio en los labios de Jesús: “¡María! Volviéndose ella le dijo: Maestro” (v. 16).

Jesús, por medio de ella, le envía a sus discípulos un mensaje de resurrección y vida. El Señor no tiene en cuenta todas las dudas, negaciones e incredulidades de sus discípulos. Él se identifica con ellos como hermanos, que tienen un mismo Padre y un mismo Dios. Así dice a María: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios” (v. 17).

Para María Magdalena, portadora de este mensaje, las palabras del maestro no tienen un sentido universal, sino muy concreto; por eso ella va a los discípulos de Jesús a darles la buena nueva de que había visto a Jesús, y que Él le había dicho: “Subo a Mi Padre y a vuestro Padre” (v. 18). Hacer, pues, interpretaciones de la Palabra de Dios contrarias a la interpretación que le dieron aquellos que la escucharon de labios de Jesús, es un grave error.

“Como me envió el Padre, así Yo también os envío” (v. 21).

El Señor aquella misma noche, cuando los discípulos estaban reunidos y con las puertas cerradas por miedo a los judíos, vino, y después de saludarlos, “les mostró las manos y los pies” (v. 20). Los discípulos podían ver, así, con sus propios ojos que Jesús había resucitado de entre los muertos, y que en Él se había cumplido todo lo que estaba profetizado sobre el Mesías.

Jesús había concluido la misión que el Padre le había encomendado. Ahora le tocaba el turno a sus discípulos. Ellos serían los nuevos enviados del Señor para anunciar a los hombres: “Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19), y como dice Pablo: “nos encargó a nosotros la Palabra de la reconciliación”. El Señor sabe que este “ministerio de la reconciliación” no lo podrían desempeñar sin el poder del Espíritu, por eso: “sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (v. 22).

Los apóstoles no interpretaron las palabras de Jesús -“a quienes les remitiereis los pecados, les son remitidos” - como un poder de perdonar los pecados, a la manera como lo interpreta la teología católica, atribuyendo poder de perdonar los pecados a sus sacerdotes. Los apóstoles nunca dieron a estas palabras de Jesús otro sentido que el de anunciar al mundo, que en el Nombre de Jesús tenían perdón de pecados. Así el apóstol Pablo añade: “Como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: **Reconciliaos con Dios**” (2 Corintios 5:20). Pablo no dice: Os perdonamos, sino **os rogamos: Reconciliaos con Dios.**

“Jesús dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (v. 27).

Tomás había puesto el mismo esa condición para borrar su incredulidad. Así se había expresado delante de los otros discípulos, sin tener en cuenta que el Señor conoce los pensamientos del corazón del hombre.

Tomás no esperaba que el Señor Jesús le tomase en serio sus palabras, pero tuvo que comprobar por sí mismo la realidad irrefutable y palpable de Jesús resucitado.

Tomás con su acto de incredulidad se hace un testigo palpante de la resurrección de Cristo, de tal manera que **ha metido nuestros propios dedos y nuestras propias manos en la evidencia de la resurrección de Cristo.**

Se ha hecho un tópico la incredulidad de Tomás, cuando se dice: “Yo como Tomás, si

no veo, no creo”. Pero esta actitud no es la que el Señor aprueba, pues le dice a Tomás: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (v. 29).

Tomás al comprobar que el Señor había resucitado, hace una confesión de fe total, diciendo: “**¡Señor mío, y Dios mío!**” (v. 28).

Esto mismo es lo que desea, el autor del cuarto Evangelio, que hagamos sus lectores: que como Tomás digamos ante Jesús: Señor mío y Dios mío.

Esta, y no otra fue la intención con la que se escribieron todas estas cosas, para que: **Creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en Su NOMBRE**” (v. 31).

Sacar de este Evangelio otras conclusiones distintas a éstas, es hacer mentiroso a Dios y engañar a los hombres.

Pregunta:

¿Qué tienen que ver las representaciones teatrales de la llamada “Semana Santa” con las conclusiones de este Evangelio?

Nada en absoluto. Porque el Evangelio nos invita a creer que Jesús es el Hijo de Dios, para que tengamos vida en Su Nombre.

Las representaciones de “Semana Santa” ocultan bajo una confusa idolatría una conmemoración histórica vacía de toda vida real en Cristo.

Los pasos de la “Semana Santa” son una caricatura burlesca de la copa de sufrimiento y amargura que el Padre le dio a Su Hijo a beber por todos nuestros pecados. Dios en parte alguna nos ha pedido que hagamos representación de la obra de Cristo, sino que creamos en Él para que tengamos vida eterna.

Es desobedecer a Dios y despreciar a Cristo, representar por medio de imágenes de madera o de escayola, lo que Cristo mismo sufrió en su propia carne por todos nosotros, como amor infinito de Dios para perdón de nuestros propios pecados.

Jesús no vino para que le imagines o le hagas imagen, sino para que creas en Él, y así vivas en Él, por Él y para Él.

EL AMOR DE DIOS = AGAPE

El amar del hombre = fileo

EN EL CONTEXTO DE LAS PALABRAS BÍBLICAS

Texto, Juan 21:15-17: “Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me **amas (agapas)** más que éstos? Le respondió Pedro: Sí, Señor; tú sabes que te **amo (filo)**. Él le dijo: apacienta mis corderos.

Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me **amas (agapas)**? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te **amo (filo)**. Le dijo: Pastorea mis ovejas.

Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me **amas (fileis)**? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te **amo (filo)**. Apacienta mis ovejas” (Juan 21:15-17).

Como todos ustedes saben, el Nuevo Testamento ha sido escrito en el idioma griego. Este idioma tiene tres palabras que se refieren al amor:

Erao= estar enamorado, amar apasionadamente, que no se usa nunca en el Nuevo Testamento.

Fileo= amar con afecto de amistad, querer como amigo etc. Se encuentra veintiuna veces en el N.T., pero sólo un par de veces se usa para expresar el amor según el concepto bíblico.

Agapao= amar, querer, acoger, tratar con cariño, complacerse etc. Esta palabra apenas era usada por los griegos para referirse al amor. Los traductores de la Septuaginta que hicieron la traducción de toda la Biblia al griego, usaron las palabras **agapao y agape** para referirse al amor según lo entiende la Biblia. La concordancia griega del N.T. dedica seis columnas y media a estas palabras: **agapao y agape**.

Todo esto nos puede conducir a comprender un poco, por qué Jesús utilizó en la pregunta a Pedro una palabra distinta de la que Pedro usó en su respuesta. ¿Comprendía Pedro lo que Jesús le preguntaba? ¿Era esa la respuesta que Jesús buscaba en Pedro? Si comparamos el lenguaje, veremos que no hablan del mismo amor. Ni lo que Pedro confiesa es el amor que las Escrituras proclaman. Estas son cosas que nuestro propio lenguaje nos puede ocultar, privándonos de una interpretación más nítida del mensaje bíblico.

El fundamento del amor (agape) en el N.T.

El amor de Dios es ese amor, que es “en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:39). Pablo no conoce otro amor de Dios que éste. El amar de Dios es un acto de Dios que se realiza en el sacrificio de Su Hijo (Romanos 8:32). El amor de Dios está inseparablemente unido con su plan de salvación. Todo el plan de salvación se verifica desde el amor de Dios y por el poder de Su amor se lleva a feliz término. Nadie por muy poderoso que sea puede romper este plan de salvación (Romanos 8:7-39). Si Dios ha entregado aun a Su propio Hijo, ¿cómo puede haber algo que estorbe llegar a ese amor hasta el final? Por eso la salvación es plenamente segura. Ya que Dios es por nosotros (Romanos 8:31). Jesús es el precio de todo esto.

Por eso el apóstol Juan hace hincapié en que nadie puede tener parte en el **amor (agape)** del Padre sino es en Jesucristo. Sólo el que ve a Jesús, ve al Padre (Juan 14:9), y nadie va al Padre sino es por Jesús (Juan 14:6). En Jesús se ha manifestado el amor de Dios al mundo (Juan 3:16).

Este **amor (agape)** tiene su origen en Dios. No surge del hombre, sino que es derramado en su corazón (Romanos 5:5), es un fruto del Espíritu (Gálatas 5:22).

Esto nos puede llevar a comprender las preguntas de Jesús a Pedro. Este no le podía ofrecer más que un amar (fileo) de hombre, pero nunca desde sí mismo un **amor (agape)** de Dios. Pedro no se daba cuenta que ese amor de hombre le había llevado a la negación de Jesús, que era la manifestación palpable del **amor** de Dios. Pedro desde su propio amor había negado al **AMOR**.

¿Dónde demuestra Pedro que su amor no va más allá de sí mismo? Jesús se lo dice implícitamente cuando le pregunta si le ama más que sus discípulos, pues esa era su afirmación: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré...aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré” (Mateo 26:33-35). Pedro tenía tanta confianza en su amor hacia Jesús, que se veía más fuerte que todos los otros. Con ello estaba menospreciando a sus compañeros, o lo que es lo mismo se creía más que ellos, y eso está fuera del **amor (agape) de Dios**. Porque el **amor (agape)**: “el amor (**agape**) no es jactancioso, no se envanece.. todo lo sufre... todo lo soporta...el **amor** nunca deja de ser” (1 Corintios 13:8). Está claro que aquí se nos está hablando del amor de Dios derramado por el Espíritu en el corazón del creyente. Por eso el **amor (agape)** nunca deja de ser, porque el **amor (agape)** es de Dios, y Dios es **Amor**.

Así comprenderemos también que la palabra **agape** diese nombre al partimiento del pan de los cristianos en comunión. De ahí que la expresión más fiel del **agape** es la Santa Cena como memorial. Ya que en la Santa Cena anunciamos la muerte y la resurrección del Señor, expresión suprema del **AMOR (agape)** de Dios para salvación del hombre en Jesucristo. Cuando en la Santa Cena comemos el pan y bebemos de la copa participamos por la fe en el sumo **AGAPE de Dios en Jesucristo**, realizado una vez y para siempre en la cruz del Gólgota.

¿Pero qué dice Roma sobre estos textos?

Roma dice que este es un texto donde se demuestra que Jesús le dio a Pedro el primado de su iglesia. Así en el Nuevo Catecismo (881-882) leemos: “El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente a él, la piedra de su iglesia. Le entregó las llaves de ella (cf. Mateo 16, 18-19); lo instituyó pastor de todo el rebaño (cf. Juan 21, 15-17). El Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles (LG 23). El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad (LG 22; cf. CD. 2;9).

Lo que buscaban los papas en estos textos no era la interpretación fiel de las Escrituras, sino el poder ejercer siempre con entera libertad: **una potestad plena**,

suprema y universal que, ni reyes, ni príncipes, ni jueces, ni hombre alguno pudiera eludir.

El primero que debía darse por enterado de lo que el Señor Jesús dijo a Pedro sería el mismo Pedro.

Pues bien, Pedro dice que la piedra angular y principal, escogida y preciosa para Dios es Jesucristo (Hechos 4:11; 1 Pedro 2:4-8), pero los papas dicen que es Pedro.

Jesús dice que Él es el Buen Pastor (Juan 10). Pedro dice que Jesús es el Pastor y Príncipe de los pastores (1 Pedro 2:25; 5:4). Pedro no se siente más pastor que los otros, ni más presbítero que los otros, ni mucho menos con una potestad plena, suprema y universal.

Si Pedro hiciese alarde de una tal potestad, jamás Pablo podía haber dicho: “Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar... vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio..” (Gálatas 2:11-14).

Para Pablo, el gran Pastor de las ovejas es el Señor Jesucristo, porque Él fue el que derramó Su preciosa sangre por todos nosotros por pacto eterno (Hebreos 13:20). “Y el Mismo Jesús constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12); pero nunca para que tuviesen una potestad plena, suprema y universal sobre el cuerpo de Cristo, como dicen los papas y sus teólogos.

Hoy como ayer, es necesario seguir el consejo apostólico, si queremos estar en la verdadera apostolicidad: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29).

